
Rendida a mi jefe
DIABÓLICO
AVA AVERY

# RENDIDA A MI JEFE DIABÓLICO

# EL MULTIMILLONARIO PROHIBIDO

AVA AVERY



Primera edición en español: abril 2026
Copyright © Ava Avery

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser copiada, de manera física o digital, sin el permiso de la autora. En ningún caso se entenderá que se confiere el derecho de duplicación, traducción, distribución o acceso público.

Esta novela es una obra de ficción. Los sucesos y personajes que aparecen en ella son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

**Consigue tu capítulo GRATIS:**

HAGA CLIC AQUÍ

**Social Media:**

**Instagram:** avaavery.autorin
**Facebook:** avaavery.autorin
**Ava en TikTok**: @avaavery.books

# ÍNDICE

Gratis Para Ti

Prólogo - Lauren

1. Raffaele
2. Lauren
3. Raffaele
4. Lauren
5. Raffaele
6. Lauren
7. Raffaele
8. Lauren
9. Raffaele
10. Lauren
11. Raffaele
12. Lauren
13. Raffaele
14. Lauren
15. Raffaele
16. Lauren
17. Raffaele
18. Raffaele
19. Lauren
20. Raffaele
21. Lauren
22. Lauren
23. Raffaele
24. Lauren
25. Raffaele
26. Lauren
27. Raffaele
28. Lauren
29. Raffaele

30. Lauren
Epílogo

Mis novelas de un vistazo
Libro y Capítulo Gratis
Antes de partir

GRATIS PARA TI

Consigue ahora tu **capítulo extra exclusivo y gratuito** de esta historia.

**Empieza a leer ahora:**

HAGA CLIC AQUÍ

o escanea este **código QR:**

# PRÓLOGO - LAUREN




El tiempo está de nuestra parte esta tarde de sábado en abril. El sol brilla desde el cielo y compite en alegría con las personas que pululan por este evento tan elitista.

El encuentro semestral de becarios de la Fundación Grimaldi tiene lugar esta vez en una bodega de primera clase en el Valle de Napa, aproximadamente a una hora al norte de Berkeley. Y como siempre, Raffaele Grimaldi, el fundador de la fundación y graduado de la Universidad de California en Berkeley, no escatima en gastos ni esfuerzos para dar que hablar, incluso cuando ni siquiera está presente.

En realidad, casi nunca lo está.

Raffaele Grimaldi no solo se cuenta entre los empresarios más exitosos de América, sino también entre los más ocupados.

Por supuesto, no lo sé de primera mano, pero fuentes bien informadas me lo han confirmado.

Me refiero a internet, los periódicos y los canales de televisión de este país. Y sí, lo admito, aunque no estoy orgullosa de ello: acoso a Raffaele Grimaldi.

Bueno, quizás la palabra *acosar* no sea la más adecuada, porque en realidad lo que hago es informarme concienzudamente sobre él con regularidad. Esto no tiene absolutamente nada que ver con que

el tipo sea increíblemente atractivo y apetecible, sino más bien con que es una especie de modelo a seguir para mí.

Él encarna lo que deseo para mí misma. Lo que persigo. Todo lo que Raffaele toca se convierte en oro. Es un visionario aclamado, un jugador de sangre fría y un negociador despiadado.

Encarna el poder, la riqueza y el éxito.

Nadie en el mundo irradia estas cualidades más que el primogénito de la dinastía Grimaldi.

Por un lado, lamento que no esté presente hoy, pero por otro lado, me alegro inmensamente, porque en su presencia siempre me pongo terriblemente nerviosa y tímida. Dos características que normalmente me son completamente ajenas.

Raffaele Grimaldi es un hombre bastante intimidante. Cuando su mirada de acero, con esas pupilas casi negras, se posa en mí, mis piernas comienzan a temblar incontrolablemente y mi cerebro se despide entrando en modo *hibernación*.

Además, su expresión facial pétrea nunca revela lo que está pensando o lo que le pasa por dentro, excepto que no es nada bueno.

Las malas lenguas afirman que Raffaele hizo un pacto con el diablo, cambiando su sonrisa por su superior sentido para los negocios.

Por muy descabellado que suene, lo considero bastante posible porque que este hombre trata con el diablo y entra y sale del infierno es tan seguro como el amén en la iglesia.

En el sector de la construcción e inmobiliario no se sobrevive siendo un santo.

Quien quiere ganar dinero debe pecar.

Quien quiere ganar mucho dinero debe pasar por encima de cadáveres.

Y el jefe del imperio Grimaldi, estoy segura, hace exactamente eso.

Desgraciadamente, esta aterradora revelación no disminuye mi interés por él, sino que consigue exactamente lo contrario.

Sí, lo sé. Soy una persona terrible con inclinaciones extrañas.

Quizás por eso fui admitida en su fundación, porque, después de todo, Raffaele participó en el proceso de selección hace poco más de dos años y condujo la entrevista final conmigo.

Sin embargo, desde entonces apenas le he visto u oído.

Se ha pasado por uno que otro evento de la fundación en los últimos años, pero o ha olvidado mi cara, o me ignora.

Sea lo que sea: para él soy invisible.

Probablemente sea mejor así. Si creemos lo que dice la gente en los círculos económicos y políticos, uno no quiere necesariamente aparecer en el radar de Raffaele Grimaldi, ya que de lo contrario se corre el peligro constante de ser derribado por él.

—Lauren, aquí está. La estaba buscando.

Aflojo el agarre de la copa de vino a la que me he aferrado mientras pensaba en mi secreto y prohibido amor platónico, y levanto la mirada.

Frente a mí, vestida con un pulcro traje Chanel de color pastel, está Lydia Perkins, mi mentora de la fundación.

—Hola, Lydia —la saludo—. Me he escabullido para ver la bodega. Es preciosa.

—Sí —sonríe—. Raffaele tiene un gusto excelente. Esta adquisición de su portafolio lo demuestra una vez más de manera impresionante.

Parpadeo. En realidad no debería sorprenderme, sin embargo, me pilla desprevenida.

—¿El señor Grimaldi *posee* esta bodega?

—Sí, así es —me aclara Lydia—. La compró y renovó hace dos años. Ahora se encuentra entre las mejores direcciones del Valle.

Sin duda. Por supuesto que lo es. Él no se habría conformado con menos que lo mejor.

—¿Estará presente hoy para admirar su obra? —pregunto con tono casual y esbozando una sonrisa neutral.

No quiero que Lydia note lo mucho que lo deseo en secreto y a la vez lo terriblemente que lo temo.

—No. Está en Europa, supervisando una fusión empresarial —destroza mi esperanza.

Siento cómo sus palabras provocan una sensación sorda y plomiza de decepción que se expande en mi estómago. En secreto, había esperado volver a ver a Raffaele hoy y poder admirarlo en silencio desde una distancia segura.

Pero eso no va a suceder. Otra vez. Lo que, a la inversa, significa que ya estoy deseando que llegue el próximo evento de la fundación, que también será mi último evento como becaria. Al final de este semestre obtendré mi máster y luego seré liberada al mundo laboral como graduada.

En otras palabras: mis días como estudiante están contados. Lydia también lo sabe, y ahora saca el tema a colación.

—¿Ya tiene alguna perspectiva laboral, señorita Adams? Sabe que muchos de los becarios solicitan empleo en Grimaldi Industries y que usted también tendría muy buenas oportunidades de conseguir un puesto allí. Sin embargo, el plazo de solicitud se acaba pronto, por lo que se requiere prisa.

Asiento con la cabeza y cambio mi copa de vino por un vaso de zumo de naranja con uno de los camareros. Cuando se trata de mi futuro profesional, quiero estar completamente sobria. Al fin y al cabo, es un tema serio.

—Para ser sincera, no tengo intención de solicitar trabajo en Grimaldi Industries —confieso—. De hecho, no planeo solicitar empleo en *ninguna* empresa. Lo que realmente quiero es fundar mi propia compañía. Ese ha sido siempre mi sueño y si no encuentro el valor para hacerlo realidad ahora, posiblemente nunca lo haga. Estoy trabajando en un plan de negocio, para asegurar la financiación necesaria para este proyecto.

Lydia Perkins me observa pensativa.

—Entiendo. Recuerdo que ya expresó este deseo durante su proceso de admisión, lo cual es admirable considerando que, en comparación con un puesto bien remunerado en Grimaldi Industries, es definitivamente el camino más duro y pedregoso. Ven —toma mi brazo y me guía suavemente—, caminemos un poco.

Abandonamos el patio empedrado de la bodega y nos dirigimos hacia la casa principal de aspecto histórico. Mientras atravesamos el

vestíbulo con sus altos arcos de medio punto y los pesados muros de piedra color arenisca, miro a mi alrededor con asombro.

Me siento como si estuviera en la Toscana. No es que haya estado allí antes. Pero he visto fotos. Y reportajes. Además de mis investigaciones sobre Raffaele Grimaldi, Italia es mi segunda pasión.

Algún día viajaré a Italia y pasaré un verano allí. Me lo he prometido firmemente. Algún día, cuando haya alcanzado y cumplido mis objetivos profesionales, me recompensaré con este viaje.

Pero hasta entonces, todavía me queda un largo camino por recorrer. Si alguna vez llegará a su destino, en este momento es absolutamente cuestionable.

Lydia Perkins nos conduce a una habitación inundada de luz en el lado derecho de la casa principal, donde no hay nadie más que nosotras.

Toma asiento en una de las mesas y me indica que me siente con ella.

—Bueno —comienza, juntando las manos sobre la superficie de madera de la mesa—. Cuénteme sobre su plan de negocio. ¿Qué hará la empresa que quiere poner en marcha?

Me muevo incómoda en mi silla porque hasta ahora no he compartido mi idea con nadie. Hasta este momento solo existe en mi cabeza y en mi ordenador. Expresarlo en voz alta y hablar sobre ello es algo completamente diferente. Lo hace de alguna manera... real, y tengo la sensación de que aún no estoy preparada para hablar de ello. Por otro lado: con el plan de negocio probablemente ocurre lo mismo que con tener hijos. Nunca se está realmente preparada hasta que una misma se da un empujón y salta al agua fría.

¿A qué estoy esperando entonces? Lydia de todos modos no me dejará en paz hasta que consiga lo que quiere. De lo contrario, no sería una confidente tan cercana de Raffaele Grimaldi.

Respiro hondo, clavo las uñas en las palmas de mis manos y me doy ánimos.

—He observado lo que es importante para la gente hoy en día. Aquello a lo que no quieren renunciar en su vida cotidiana bajo ningún concepto —digo y me aclaro la garganta.

—Desde el punto de vista empresarial, es un buen enfoque —responde Lydia—. Lo primero que se me ocurriría sería el smartphone, pero para entrar en *ese* mercado es un poco tarde.

Sonrío porque Lydia es una genio aliviando situaciones tensas con su sentido del humor. Ha formulado su comentario de manera neutral, pero me ha guiñado un ojo sonriendo, lo que sugiere que ha reconocido mi nerviosismo y quiere quitármelo.

—Sí, efectivamente —le doy la razón—. Los smartphones y los metales y tierras raras que contienen serían un negocio multimillonario. Pero ese tren ya ha partido hace tiempo para los recién llegados.

—Entonces, si no son smartphones, ¿qué necesita la gente? ¿De qué no quieren prescindir en su día a día? Solo se me ocurre la comida, la bebida y la ropa —reflexiona Lydia.

—Amor —suelto de repente—. La gente desea amor.

—¿Perdón? —pregunta Lydia frunciendo el ceño—. ¿Qué quiere decir con eso? Acaso —se inclina hacia mí y baja la voz de manera conspiradora—... ¿juguetes sexuales?

Tengo que contener una sonrisa y aprieto enérgicamente los labios. Los ojos de Lydia brillan con picardía y puedo ver que le gustaría esa idea.

—No, no son juguetes sexuales —digo, apretando los puños en mi regazo para reunir valor para mi explicación—. Es que hoy en día, después de la universidad, la formación profesional o fuera de la propia empresa, conocer a alguien y salir de manera —hago el gesto de comillas en el aire con mis dedos— *normal*, es prácticamente imposible. El mundo gira tan rápido que la humanidad se queda en el camino. Estamos todos tan estresados y corriendo de una cita a otra que ya no tenemos tiempo para percibir a las personas que están a nuestro lado.

Lydia asiente en señal de aprobación. Evidentemente sabe de lo que hablo.

—Pasamos más tiempo con nuestro smartphone que con nuestros semejantes. ¿Ha estado últimamente en un restaurante y ha mirado conscientemente a su alrededor? Si es así, ¿cuántas

personas estaban realmente hablando entre sí y cuántas estaban ocupadas con sus móviles?

—Es alarmante —admite Lydia.

—Le apuesto a que muchas de esas personas estaban en aplicaciones de citas con la esperanza de encontrar allí a su pareja para toda la vida. La verdad es que estas aplicaciones son absolutamente superficiales y allí todo se basa principalmente en el aspecto físico. Tomemos Tinder, por ejemplo. Te muestran fotos de personas cercanas a ti y luego, dependiendo de si te gustan físicamente o no, deslizas a la izquierda o a la derecha. Los usuarios a menudo deciden en un segundo si le dan una oportunidad a una persona o no. Y al hacerlo, generalmente se guían únicamente por la apariencia. ¿Ve el error?

Lydia asiente de nuevo.

—Los valores internos se dejan de lado.

—Exacto —digo con énfasis—. Y eso está perfectamente bien si se trata de encontrar a un hombre o una mujer para una noche. ¿Pero para toda una vida? Difícilmente. Para encontrar a la pareja de tu vida, tienes que hablar con ella. Tienes que intercambiar ideas. Desarrollar un sentimiento mutuo. Mirarse a los ojos. Reír juntos. Discutir. Reconciliarse. Un abdomen marcado por sí solo no hace a un marido. En resumen: hay que mirar *más allá* de la fachada exterior.

—Pero eso es perfectamente posible en plataformas como Tinder —señala Lydia—. Las personas pueden escribirse cuando hay un match y si notan que la química parece funcionar, también pueden concertar un encuentro.

—Correcto —asiento—. Pero en la mayoría de los casos, la preselección para que siquiera se produzca tal conversación y el consiguiente encuentro se basa puramente en lo exterior. Y ahí radica el error de pensamiento: no sólo es decisivo el aspecto físico, sino también el carácter. En este punto es donde entra mi idea.

—Continúe —me anima Lydia, cuya voz denota un serio interés.

—Quiero hacer que las citas sean más tangibles y humanas de nuevo, quitándoles ese regusto a consumismo. No se trata de pasarse horas haciendo clic superficialmente a través de perfiles de

personas con corazón y alma, como si estuviéramos buscando una falda para las próximas vacaciones de verano en un catálogo de ropa online. Con la ayuda de psicólogos formados, quiero crear perfiles basados tanto en características físicas como en valores internos. A través de estos perfiles, se hará una preselección de personas que encajan visual y caracterialmente, y estas personas se conocerán en un evento organizado por mi agencia. Este evento estará adaptado a las personalidades de los participantes. Para los entusiastas del aire libre, por ejemplo, se podría organizar una caminata seguida de una sesión de escalada y una fogata para terminar. Para las personas apasionadas por la literatura, una especie de club de lectura donde cada uno trae un libro que le haya impresionado recientemente.

—Ya veo —murmura Lydia pensativa—. Así que usted quiere ser el enlace entre las citas offline y online.

—Exacto. Me aseguro de que las personas que encajan entre sí estén en el mismo lugar al mismo tiempo y tengan la oportunidad de conocerse en un entorno en el que se sientan cómodas. Dado que todos los presentes asisten al evento por el mismo motivo, el amor, no habrá inhibiciones para hablarse e iniciar una conversación.

—¿Y qué hay de la escalabilidad? —quiere saber Lydia.

Me encojo de hombros.

—Posibilidades ilimitadas. No quiero luchar contra un dragón con armas ineficaces, porque eso no funcionaría. Así que me adaptaré a mi entorno como un camaleón. Crearé una aplicación donde la gente se registre y realice su evaluación psicológica de manera entretenida. Utilizaremos el poder y la influencia del smartphone para nuestros propósitos y nos adaptaremos a los hábitos de las personas. Al menos en la fase uno. Sin embargo, para que no se pueda engañar al sistema, las respuestas a muchas preguntas en la aplicación serán todo menos obvias. Por supuesto, haremos preguntas como: *¿cuáles son tus aficiones?*, pero la mayoría de las preguntas serán mucho más profundas y detalladas, y llevarán tiempo. Así que quien solo busque una aventura rápida se sentirá disuadido. Eso y el hecho de que la aplicación no será gratuita.

—¿Y qué sigue después?

—La evaluación se realiza en segundo plano a través de un programa informático diseñado por psicólogos capacitados, que desarrollamos continuamente y alimentamos con información. Basándose en la evaluación, los suscriptores se asignan a grupos y se les sugieren eventos correspondientes a los que pueden inscribirse. Por la participación en dicho evento, se cobra una pequeña tarifa que cubre los costes y proporciona un margen de beneficio.

Lydia vuelve a asentir.

—Casi como la entrada a una lectura en una librería. O como comprar una entrada de cine, solo que un poco más cara.

—Correcto. Por supuesto, depende del tipo de evento, pero como habrá suficiente variedad de actividades, no debería ser un obstáculo insuperable para nadie. Además, los participantes asumen los costes adicionales, que ellos mismos controlan. Es decir: si el club de lectura tiene lugar en una cafetería, pagan una entrada correspondiente para poder participar. Adicionalmente, su consumo de café y tarta, sobre el cual deciden libremente. Así que, en cuanto a sensación y esfuerzo financiero, es como pasar una tarde o una noche con amigos. Solo que las posibilidades de encontrar a la pareja para toda la vida, o al menos de formar grandes amistades en estos eventos, son significativamente mayores que si se pasa el rato en cualquier bar o merodea por una biblioteca.

Lydia se reclina y me dirige una sonrisa.

—Me gusta la idea. El amor es algo de lo que la gente nunca puede tener suficiente. Todos lo buscamos. Todos queremos amar y ser amados. Y muchos de nosotros nos desesperamos porque no sabemos cómo ni dónde conocer a nuestra alma gemela.

—Tiene razón en todo. La idea de negocio, por tanto, puede extenderse a todo el mundo, aunque por supuesto debemos contar con la competencia correspondiente si la idea y su implementación dan fruto. Pero incluso entonces, seguiríamos teniendo la ventaja tecnológica, que no es desdeñable.

—¿Cómo se financia su concepto?

—Los ingresos provienen de la cuota de membresía, los eventos, así como la publicidad offline y online.

—¿Y cuál es su objetivo, Lauren? ¿Qué quiere lograr con su empresa? —pregunta Lydia, mirándome con más atención que antes.

Afortunadamente, la respuesta a esta pregunta me resulta fácil. Porque fue la primera pregunta que me hice cuando pensé en tener mi propia empresa.

*¿Qué quiero lograr? ¿Cuál es mi objetivo? ¿Qué represento?*

—Quiero ganar dinero y construir un imperio, pero al mismo tiempo crear un valor añadido para la sociedad. No quiero explotar ni engañar a la gente, sino asegurarme de que puedan completar su felicidad y llevar una vida plena. Eso es lo que todos anhelamos, ¿verdad? Queremos llegar. Juntos. Queremos agarrar la felicidad con ambas manos y no soltarla nunca.

—Así que vende sueños —intenta resumir Lydia.

—Hago que se hagan realidad —la corrijo—. Esa es la diferencia crucial.

Una sonrisa de admiración cruza el rostro de Lydia, y se fortalece en mí la sensación de que le gusta mi idea. Aparentemente, mi concepto de negocio realmente tiene potencial. Me tranquiliza enormemente que no solo yo lo crea, sino que aparentemente también Lydia.

—Informaré a Raffaele sobre sus planes y estoy muy interesada en conocer su opinión —me revela, y con esta declaración aparentemente inocua casi me caigo de la silla.

—¿Raffaele? ¿Cómo... qué quiere decir?

—Él ha preguntado por usted, Lauren. Me ha pedido que le pregunte qué planes tiene para su futuro profesional, ya que pronto terminará sus estudios y aún no ha solicitado empleo en Grimaldi Industries.

—Él... —mi voz tiembla y mi lengua se siente entumecida, como si acabara de salir de un tratamiento de conducto de varias horas en el dentista con anestesia local—. ¿Él sabe quién soy?

A Lydia se le escapa una risa incrédula.

—Por supuesto que lo sabe, querida. Raffaele Grimaldi conoce a todos sus becarios. Al fin y al cabo, todos han sido seleccionados personalmente. ¿Me permite recordarle que solo los mejores de los

mejores reciben el apoyo de la Fundación Grimaldi? Y como usted sabe, Raffaele es un hombre de negocios. No hace nada sin segundas intenciones. Naturalmente, le preocupa apoyar a estudiantes desfavorecidos económicamente pero de alto potencial en Berkeley y ofrecerles así una oportunidad de igualdad, pero usted sabe tan bien como yo que con esta inversión también espera conseguir talentos jóvenes, dotados y motivados para su empresa.

—Sí, claro —suspiro sin aliento—. Tiene mucho sentido.

Que sepa quién soy se debe únicamente a su interés profesional. Qué estúpida e ingenua he sido al suponer otra cosa y esperar por un momento que pudiera interesarse en mí como persona.

Ya sé que Raffaele juega en una liga completamente diferente y es inalcanzable para mujeres como yo.

—¿Cree que estará decepcionado con mi decisión?

Decepcionar a Raffaele Grimaldi, o incluso enfadarle, definitivamente no es mi intención.

—Creo que querrá que presente su idea al comité de Grimaldi Capital. Ya sabe... ¿la empresa de capital riesgo de Grimaldi Industries?

Para cualquiera que conozca un poco el panorama empresarial estadounidense, el nombre de Grimaldi Capital es conocido.

Es la firma de inversión multimillonaria de la familia Grimaldi, que invierte en empresas prometedoras y, a cambio, se asegura participaciones en ellas y, por tanto, beneficios considerables.

En el fondo, es muy sencillo: alguien tiene una idea de negocio revolucionaria, pero necesita dinero para implementarla. Mucho dinero. Los bancos tradicionales no son una opción para algo así. Les faltan garantías, por no hablar del enorme riesgo que no pueden evaluar. Así que aquí es donde entran en juego las llamadas empresas de capital riesgo. Actúan prácticamente como un banco y toman como garantía una parte del pastel. Si la empresa fracasa o no genera beneficios, las empresas de capital riesgo asumen las pérdidas. Pero si obtienen ganancias, las cajas registradoras suenan.

Muchas de las empresas tecnológicas multimillonarias han financiado así sus inicios y, como no tengo ahorros ni tampoco millones por ahí tirados que se necesitan para implementar mi plan

de negocio, también tendré que presentar mi idea a exactamente este tipo de empresas.

Con eso contaba.

Con lo que *no* contaba es con que Grimaldi Capital fuera una de ellas.

Ahora parece que Raffaele Grimaldi también desempeñará un papel importante en el siguiente capítulo de mi vida.

Siempre y cuando no destroce mi idea por completo. Pero desgraciadamente, su reputación en ese aspecto le precede a kilómetros.

# 1

## RAFFAELE




—Señor Grimaldi, su cita de las dos está aquí —me informa mi asistente.

—Hágala pasar —respondo sin levantar la mirada mientras termino de leer el informe sobre el crecimiento trimestral de los rendimientos inmobiliarios en el Upper East Side.

—Raffaele, ¿molesto? —oigo la voz de Lydia, como siempre demasiado alegre. ¿Cómo puede uno irradiar constantemente tan buen humor? Es terriblemente agotador e irritante. ¿O no?

—Si alguien molesta o no, no depende del momento, sino de la persona que lo hace. Así que no. Siéntate. ¿Qué tienes que contarme?

Señalo la silla frente a mí y espero impacientemente hasta que toma asiento. Me ahorro las cortesías y la pregunta sobre si desea algo de beber. Lo primero solo cuesta tiempo y no ofrece ninguna ventaja financiera. Lo segundo ya lo habrá resuelto mi asistente. Al menos le pago para eso. Así que espero por su bien que cumpla con sus obligaciones al respecto.

Lydia trabaja para mí desde hace más de diez años. Conoce cómo funciono y sabe lidiar con ello. Una razón más por la que la

valoro tanto.

Así que tampoco esta vez se deja desconcertar por mi franqueza, sino que va directamente al grano. Exactamente como me gusta.

—El evento fue todo un éxito. Los becarios y becarias pueden presumir de logros impresionantes y están más ambiciosos que nunca. La mayoría ya ha solicitado empleo en Grimaldi Industries o lo hará en breve. Así que calculo que tu inversión se amortizará dos y tres veces también este año. Además, ya he elaborado una lista de en cuáles de tus empresas podemos colocar a los solicitantes. Sobre todo en Silicon Valley deberíamos reforzar nuestra presencia para controlar mejor las empresas en las que inviertes allí.

—¿*La mayoría* de ellos? —gruño y dirijo a Lydia una mirada penetrante. Ignoro deliberadamente el resto de su declaración—. ¿Qué significa eso?

Lydia sostiene mi mirada y sonríe. Es una de las pocas personas que no se deja intimidar fácilmente por mí. Un hecho que, aunque me impresiona, a veces también me irrita.

Con sus 55 años me recuerda a mi madre, que avanza por la vida con la misma determinación e imperturbabilidad que la directora de proyectos de mi fundación.

—Lauren Adams tiene otros planes —me informa, sin que su sonrisa se desplace ni un milímetro, sabiendo bien que esta noticia me va a disgustar enormemente.

—¿Qué planes son esos? —ladro, y mi humor, ya de por sí malo, cae a un punto absolutamente bajo.

Lauren Adams es una de mis becarias más prometedoras. No solo es inteligente y talentosa, sino también notablemente trabajadora, ambiciosa, sensata y prudente. Definitivamente quiero tenerla en mi empresa, y el hecho de que obviamente tenga otros planes para su futuro me enfurece.

¿Qué demonios podría ser mejor que un trabajo absurdamente sobrepagado con perspectivas de carrera vertiginosas en Grimaldi Industries?

Definitivamente no se me ocurre nada. Posiblemente porque no *existe* nada mejor.

—Quiere trabajar por su cuenta. Fundar su propia empresa —me pone al tanto Lydia.

¿Una empresa propia? ¿Recién salida de la universidad?

Valiente. Pero también estúpido.

—¿Y a qué se dedicará esta maravillosa empresa, si se puede saber?

—Al amor —responde Lydia simplemente, lo que me hace hervir de rabia.

—¿Podrías ser *algo* más específica y, si es posible, hoy mismo?

—Quiere revolucionar las citas. Humanizarlas. Quiere dar a la gente lo que anhela: la pareja para toda la vida.

En los minutos siguientes, Lydia me explica la idea de negocio de Lauren y no se detiene ni siquiera cuando las arrugas de mi frente se hacen cada vez más profundas y mi mirada se va oscureciendo visiblemente.

—No creo en ese concepto del amor que la sociedad ha fantaseado. Es una construcción cursi de Hollywood que induce a la gente a hacer tonterías y a hacer el ridículo. Si acaso, el amor es una enfermedad, pero ciertamente no una bendición —gruño cuando Lydia finalmente termina su monólogo.

—¿Esa es tu opinión personal o tu opinión empresarial? Porque, si no recuerdo mal, siempre dices que no se trata de lo que a uno le gusta, sino de lo que le gusta al *mercado*. Es el que hace sonar las cajas registradoras. Así que si millones de personas han caído presas de esta cursi construcción hollywoodiense, son millones de clientes que pagan y que te harán aún más rico de lo que ya eres.

Emito un sonido indefinible, poco entusiasta, y reflexiono sobre las palabras de Lydia.

—El potencial de mercado es enorme, Raffaele. Fíjate en los tiempos terribles en los que vivimos. Por todos lados solo se oyen cosas horribles. Guerras, crisis económicas, catástrofes medioambientales, el cambio climático... el mundo está en declive y la gente se refugia en un mundo ficticio intacto en el que se sienten seguros. Anhelan amor. Seguridad. Ternura. Un nido compartido. Y están dispuestos a rascarse el bolsillo de verdad por ello —continúa Lydia—. La idea de Lauren tiene realmente potencial. Y ella está

entusiasmada con ella. No solo es una empresaria talentosa y ambiciosa, sino también una persona realmente buena. No solo le importa el dinero, sino también la responsabilidad de las empresas hacia la sociedad. Opina que la riqueza que generamos no solo debe invertirse en inversiones y crecimiento, sino que también debe utilizarse específicamente para sentar las bases de una comunidad mejor en la que podamos coexistir pacíficamente y felices.

—Qué poético —me río, sin poder reprimir el sarcasmo en mi voz mientras meneo la cabeza con incredulidad—. ¿En qué mundo vives, Lydia? ¿*Coexistencia pacífica*? ¿Has visto las noticias últimamente? El mundo es un auténtico nido de tiburones donde solo sobrevive el más fuerte entre los fuertes. Nadie duda en clavarte un cuchillo por la espalda en un momento de descuido y apartarte del camino a sangre fría si tu muerte le proporciona aunque sea una mínima ventaja.

—Tú sabrás —dice Lydia, aludiendo a mi dudosa reputación, que cultivo conscientemente porque asegura que la gente mantenga la distancia de respeto necesaria y no se interponga en mi camino.

A lo que me refiero son las conexiones con la mafia italiana que se me atribuyen. Aunque nunca me he pronunciado públicamente al respecto, los rumores persisten. Probablemente también porque son ciertos y yo los difundo y alimento deliberadamente con regularidad.

—Entonces, ¿puedo interpretar tu aversión hacia la idea de negocio de Lauren como un rechazo? La animé a presentar la idea a Grimaldi Capital para asegurarse la financiación. Por tu cara, parece que no quieres saber nada de ello. Así que le diré que no estamos interesados y que busque inversores en otra parte, ¿de acuerdo?

—No —siseo furioso—. No he dicho eso.

—Pero tampoco has dado saltos de alegría precisamente —contraataca Lydia, y un destello triunfante brilla en sus ojos.

—Porque no tiendo a ponerme en ridículo con actuaciones emocionalmente exageradas.

—Bien. Entonces, ¿qué le digo a Lauren Adams?

Rechino los dientes y escupo las palabras como si fueran comida incomible que me quema la boca y me provoca arcadas.

—Que nos la presente.

# 2

## LAUREN




*3 MESES DESPUÉS*

Por lo que parece la centésima vez, me limpio las palmas sudorosas en mi vestido negro de tubo, lo que solo alivia el problema durante unos segundos antes de que el sudor del miedo vuelva a extenderse por mi piel.

Mis axilas son un auténtico lago y agradezco que el vestido sea sin mangas y tenga un corte amplio bajo los brazos, evitando que queden manchas delatoras de sudor en la tela.

Mi pulso se acelera y un grueso nudo bloquea mi garganta, lo que me obliga a aclararme la voz constantemente y, aun así, sueno como un ratoncillo.

Tengo los dedos de los pies fríos y rígidos y... ah sí, mi estómago retumba más fuerte que durante una tormenta violenta.

En resumen: estoy casi muriendo de nervios.

Porque en unos minutos presentaré mi plan de negocio a Grimaldi Capital.

Desde que Lydia me informó hace tres meses que Raffaele Grimaldi estaba interesado en mi idea y que debería presentársela

personalmente, he trabajado día y noche perfeccionando mi concepto.

Ya ni siquiera puedo distinguir la luz de la luna de la luz del sol, porque estos últimos meses me he encerrado literalmente en mi pequeño piso para elaborar un plan de negocio que pueda superar el escrutinio de Raffaele Grimaldi.

Si digo que lo he revisado y ensayado mil veces, me quedo corta.

Sería más exacto decir que lo domino. Por dentro y por fuera. Que sé dónde está cada palabra. Que conozco cada cifra hasta la quinta decimal y estoy preparada para cualquier pregunta que pudiera hacerme. En otras palabras: he considerado todas las posibilidades.

Al menos eso espero.

Raffaele Grimaldi no perdona errores. Y odia perder el tiempo.

He llegado una hora completa antes de mi cita al imponente rascacielos en el Distrito Financiero de Manhattan, porque de ninguna manera quería llegar tarde ni aparecer completamente sudada con el calor veraniego que hace fuera.

Gracias a mi temprana llegada, tuve tiempo suficiente para orientarme, registrarme y refrescarme en el aseo de señoras.

Aun así estoy sudando. Pero no por el calor, porque aquí dentro el aire acondicionado está al máximo, sino por los nervios.

Si solo fueran algunos ejecutivos de traje de Grimaldi Capital a quienes tuviera que contarles hoy mi idea de negocio, mis nervios serían manejables. Pero el hecho de que Raffaele Grimaldi estará presente en persona hace que casi me desmaye de ansiedad.

Se supone que como aspirante a empresaria debería mostrarme serena, segura y relajada.

Lamentablemente, nada está más lejos de la realidad.

No soy nada de eso.

—Lauren —suena una voz detrás de mí.

Me giro sobresaltada y veo a Lydia, que se acerca a mí con su sonrisa cautivadora.

Es tremendamente reconfortante ver un rostro familiar y amable, y me encantaría haberme lanzado a abrazarla, pero sería poco profesional e inapropiado. Así que simplemente devuelvo su sonrisa

y agarro con mis manos temblorosas las asas de mi maletín de documentos, que contiene, además de mi portátil, seis copias de mi plan de negocio.

—Quería desearle mucho éxito y reafirmarle una vez más en su idea. Estoy segura de que ha trabajado duro y espero que hoy pueda recoger los frutos de ese trabajo —dice mientras aprieta de manera alentadora mi antebrazo desnudo.

—Gracias —respondo, y aunque es solo una palabra, en ella vibran todas las emociones que han tomado posesión de mi cuerpo y mi mente desde esta mañana.

Lydia me guiña un ojo con complicidad.

—Está nerviosa.

—¿Tan obvio es? —pregunto ligeramente pánica, ganándome una risa simpática de Lydia.

—Su postura está tensa. Sus pupilas están dilatadas. Y su cara está blanca como la cal. Así que sí, es bastante obvio. Pero eso es completamente normal. Al fin y al cabo, se trata de su futuro profesional. Es lógico estar nerviosa. Simplemente mantenga la cabeza fría ahí dentro y véndales su idea como lo hizo conmigo. Entonces nada puede salir mal.

—Ojalá tenga razón —murmuro, esperando fervientemente que así sea.

—Llámeme después de la presentación, cuando haya tenido tiempo de respirar y calmarse, ¿de acuerdo?

Asiento.

—Sí, con gusto. Gracias por venir.

—No hay de qué. Mucha suerte, Lauren.

Lydia aprieta mi brazo una vez más y luego se aleja con paso elegante. Poco después desaparece en uno de los ascensores y vuelvo a quedarme sola.

Sin embargo, apenas tengo tiempo para respirar y reorganizarme, porque no pasan ni dos minutos antes de que un hombre pulcramente vestido de mi edad venga a recogerme y me acompañe también hacia los ascensores.

Subimos a la planta 30, donde se encuentran las oficinas de Grimaldi Capital, y nos dirigimos directamente a las salas de

conferencias.

En el camino, los empleados de la oficina abierta me observan con curiosidad, por lo que rápidamente bajo la mirada y repaso mentalmente una vez más los puntos más importantes de mi presentación.

Estoy tan absorta en mis pensamientos que no me doy cuenta de que el joven, que se ha presentado como Trevor Cleveland, gira a la derecha hacia una de las salas.

En lugar de eso, sigo caminando recto. No llego muy lejos hasta que choco bruscamente contra una dura pared de hormigón.

Con mis tacones altos, más elegantes que funcionales, pierdo inmediatamente el equilibrio y caigo tambaleándome al suelo.

—Mierda —susurro profundamente avergonzada mientras me froto la mano dolorida con la que he intentado amortiguar mi caída.

—Debería tener más cuidado por donde camina —me llega una voz reprobatoria desde arriba.

Una voz reprobatoria que conozco perfectamente y que suena extremadamente irritada.

Me quedo paralizada.

Únicamente mis ojos son capaces de moverse. Y precisamente estos divisan en este momento un par de zapatos italianos extremadamente caros que no dejan lugar a dudas sobre la identidad del hombre que los lleva: Raffaele Grimaldi.

Trago saliva, me llevo la mano al corazón y levanto la mirada hacia él.

Y efectivamente. Ahí está. Tan irresistible y peligroso como siempre.

Lleva un traje gris hecho a medida que, como todo en él, procede de la casa italiana. Sus ojos oscuros, casi negros, me observan fijamente y uno de sus mechones negros le cae despreocupadamente sobre la frente, ya que ha inclinado la cabeza hacia mí.

No estoy segura de si este hombre encarna a Dios o al diablo. Pero una cosa es cierta: no es humano.

Su efecto es demasiado intenso para eso. Demasiado dominante. Demasiado avasallador.

—¿Le gusta estar ahí abajo en el suelo o piensa levantarse en algún momento? —quiere saber con impaciencia, siendo imposible no percibir el enfado que aún resuena en su voz.

—Lo... lo siento —balbuceo, apartando mi mirada fascinada de él y poniéndome torpemente en pie—. Estaba distraída y no le he visto.

—Eso era bastante evidente —responde Raffaele con frialdad—. Espero por su bien que durante su presentación esté más atenta, señorita Adams. De lo contrario, estaremos todos perdiendo un tiempo valioso.

—Por supuesto —me apresuro a decir—. Daré lo mejor de mí para no decepcionarle.

Asiente y señala con la barbilla detrás de mí.

—Es lo mínimo. Y ahora, vamos. Después de usted.

Clavo mis manos en las asas de mi bolso, como si fuera mi salvavidas en un océano embravecido lleno de olas gigantescas y tiburones con sus fauces abiertas, y me giro con toda la elegancia que puedo.

Con piernas temblorosas, me dirijo a la sala de conferencias por la que acabo de pasar y en cuyo marco de la puerta Trevor espera nuestra llegada con expresión impenetrable.

Soy tan consciente de la mirada de Raffaele en mi espalda como si me estuviera tocando con ella. La piel de gallina se extiende por mis hombros y un agradable hormigueo sube por mi cuello.

El hecho de que mi evidente debilidad por este hombre tremendamente atractivo se manifieste justo ahora no contribuye precisamente a que me sienta más cómoda en mi piel, por no hablar de que acabo de hacer el ridículo completamente ante él y todo el equipo reunido.

El premio a la patosa más torpe del año es claramente para mí.

Ahora tengo que desterrar esto de mi sistema rápidamente.

Cuando entro en la sala antes que Raffaele, ya hay sentados cuatro hombres y una mujer que conozco por las fotos de la web de Grimaldi Capital.

Se trata de la jefa del departamento financiero y varios expertos del sector cuya opinión Raffaele valora.

Cuando notan a Raffaele detrás de mí, un espasmo recorre sus cuerpos y sus conversaciones cesan al instante.

Es inconfundible que el jefe acaba de entrar en la sala y la domina aparentemente sin esfuerzo.

—Puede conectar el portátil allí —me informa Trevor y me entrega un cable con cuya ayuda puedo hacer visible el contenido de mi portátil en el monitor exorbitantemente grande que hay detrás de mí.

Mientras me pongo manos a la obra con dedos temblorosos, Raffaele toma asiento en la silla libre en el centro de los directivos presentes y tamborilea impaciente con los dedos sobre la mesa.

Me esfuerzo por no dejarme alterar, pero mi corazón late salvajemente contra mi pecho y en mi escote, que afortunadamente queda cubierto por el vestido de tubo de cuello alto, se acumula el calor.

—¿Está lista, señorita Adams? —pregunta Raffaele tras menos de treinta segundos, poniéndome considerablemente bajo presión.

Sin embargo, consigo hacerle frente y cinco segundos después logro que mi presentación sea visible en el monitor XXL del televisor de alta tecnología.

—Sí, lo estoy. Para que puedan seguirme mejor, he traído una copia de mi presentación para cada uno de ustedes —digo y busco en mi bolso para sacar los dossieres.

—No es necesario. Todo lo que necesitamos saber nos lo contará hoy, señorita Adams. Para eso está usted aquí. Si hubiéramos querido leerlo, no la habríamos hecho volar especialmente en clase business desde California, sino que habríamos solicitado los documentos por correo electrónico.

Las cortantes palabras de Raffaele me hacen estremecer por dentro.

Había leído que era brusco y directo, pero leerlo es algo completamente diferente a experimentarlo en carne propia.

—Vale... sí... por supuesto —digo entrecortadamente e intento no dejar entrever mi desconcierto—. Entonces... pues entonces empezaremos con mi presentación.

—Se lo ruego —suspira Raffaele manteniéndome firmemente en su mirada. Sus ojos de apariencia mística me atraviesan literalmente y tengo la sensación de que pudieran ver dentro de mí y leer mis pensamientos.

Mi nerviosismo aumenta y cuando empiezo a hablar, mi voz no es firme y segura, sino delgada y quebradiza.

Esta circunstancia me desconcierta aún más y con cada frase que tengo que arrancar de mí, crece la decepción conmigo misma.

He trabajado durante meses para este momento. Lo he dado todo. Incluso he descuidado mis estudios por ello. Ahora estoy aquí, sobre piernas temblorosas, y apenas puedo articular palabra.

Todo esto solo porque la presencia de Raffaele Grimaldi me desconcierta por completo.

Cuando finalmente termino mi presentación y doy a los presentes la oportunidad de hacerme preguntas, estoy convencida de haberlo estropeado todo. Es cierto que soy mi crítica más dura y que las exigencias que me impongo a veces amenazan con asfixiarme. Esta actuación queda tan lejos de mis propias expectativas que ya ni siquiera puedo verlas por el retrovisor.

—Solo tengo una pregunta —toma la palabra Raffaele.

—¿Sí?

—¿Tiene intención de dirigir esta empresa?

Trago saliva y me coloco detrás de la oreja un mechón de pelo inexistente. Un gesto que demuestra una vez más lo nerviosa que estoy.

—Sí. Sí, esa es mi intención.

—¿Por qué?

—Porque es mi bebé. Es mi sueño. Y quiero hacerlo realidad.

—¿Es usted consciente de que *querer* y *poder* no son lo mismo, señorita Adams? —pregunta Raffaele con su estilo frío e impasible.

—Por supuesto.

—Bien. Entonces preguntaré de otra manera: ¿considera que usted sería apropiada como directora ejecutiva de la empresa que nos ha presentado?

Me quedo perpleja. ¿Qué clase de pregunta es esa? Por supuesto que lo soy. ¿Estaría aquí presentándole mi plan de negocio si no

fuera así?

Que me haga esta pregunta sólo puede significar una cosa.

Al darme cuenta, el corazón se me hunde hasta la punta de los pies y mis hombros caen desanimados.

No confía en mí.

No me considera lo suficientemente competente.

Y sinceramente, después de esta pésima presentación esta conclusión ni siquiera resulta sorprendente.

No he cumplido con las expectativas. Y ahora estoy pagando por ello.

Sin embargo... independientemente de cómo me haya desenvuelto hoy: sé que soy la adecuada para este proyecto. Sé que puedo hacerlo. Sé que está dentro de mí.

Solo necesito una oportunidad para demostrarlo.

Pero también sé que tuve esa oportunidad hoy y no la aproveché. Y que un hombre como Raffaele Grimaldi no concede segundas oportunidades, es algo que se da por sentado.

—Confío en mi capacidad para dirigir la empresa, sí —digo no obstante, porque de todas formas ya no puedo perder más de lo que he perdido en la última media hora.

—¿Y cómo llega a esa conclusión, señorita Adams? —insiste Raffaele implacablemente.

—Conozco la empresa mejor que nadie.

—¿Se refiere a la empresa que aún no existe? —me interrumpe.

—El concepto. La idea. El plan detrás de ella y su prevista implementación —me corrijo.

Raffaele alza la ceja derecha en señal de reproche.

—Debe trabajar urgentemente en su retórica, señorita Adams. Las afirmaciones imprecisas conducen a malentendidos y pérdidas financieras.

—Lo siento. No volverá a ocurrir, señor Grimaldi.

—Segunda lección: no prometa lo que no puede cumplir. Así que resumo: usted piensa que podría dirigir la empresa que nos ha presentado hoy porque tiene más conocimiento sobre ella que cualquier otra persona. ¿Es correcto?

—Correcto.

Raffaele se levanta y se alisa la chaqueta.

—Yo... —comienzo, porque quiero exponer más argumentos que hablan a favor de mi nombramiento como directora ejecutiva, pero Raffaele me corta la palabra de nuevo.

—Eso no me basta. Es simplemente demasiado poco, señorita Adams. Entregue los dossieres que ha traído a mis empleados y responda a sus preguntas, si las hubiera. Por mi parte, he oído suficiente.

Asiente bruscamente a los directivos de Grimaldi Capital presentes a modo de despedida y luego abandona la sala sin dignarse a mirarme.

Atónita y al borde de las lágrimas, observo cómo desaparece con pasos decididos en dirección a los ascensores, irradiando un poder tan oscuro e intimidante que nadie se atreve siquiera a acercarse a él.

Ahora es oficial: he fracasado.

Raffaele Grimaldi difícilmente podría haberme dado un rechazo más claro.

# 3

## RAFFAELE




—¿Y estás seguro de que no volverás a cancelar porque se te cruza algún negocio importante? —me pregunta Jonah Kent mientras regresamos a la Torre Grimaldi después de nuestro almuerzo, donde en pocos minutos asistiremos a una reunión con representantes del gobierno.

Jonah y yo nos conocemos desde nuestros días en Berkeley. En realidad, somos un cuarteto: Jonah, Alex, Cole y yo.

Jonah Kent, conocido en Estados Unidos como el *ángel sexy de la basura*, tuvo que librar una considerable batalla para tomar el control de la empresa familiar tras la muerte accidental de sus padres. Esto supuso un desafío principalmente porque era muy joven e inexperto en aquel entonces. Sin embargo, actualmente la empresa es líder del mercado en el sector de gestión de residuos y reciclaje. Una industria sucia, pero extremadamente rentable con facturaciones de millones, incluso miles de millones de dólares.

Aunque a Jonah le importa menos el dinero y más, por ridículo que suene, salvar el mundo. Es el buenazo entre nosotros. Lo que a mí me falta en empatía y apertura hacia el mundo, él lo compensa

sobradamente con su compromiso con la protección del medio ambiente.

Alex Channing es la mente creativa de nuestro grupo. Es el CEO de Channing Records, un exitoso sello discográfico, y conquista los corazones de todos los seres femeninos con su sonrisa arrolladora.

Y luego está Cole Lewis, el que abandonó el sistema.

En su día dirigía una empresa de coches de lujo de alquiler con servicio de limusinas y chófer. Pero como no le llenaba, vendió el negocio por varios millones y con su parte compró un campo de golf en los Hamptons, que en los últimos años ha transformado en un auténtico templo del lujo.

Juntos dominamos la universidad en nuestra juventud y hoy la economía americana, y aunque a veces no podríamos ser más diferentes, quizás eso es precisamente lo que define nuestra amistad: nos complementamos y formamos un gran conjunto.

Jonah me involucra ocasionalmente en temas de negocios porque sabe que la gente me muestra el respeto necesario y no se atreverían a mentirme. Y porque aprecia que puedo sondearlos sin que me lo tomen a mal, ya que mi reputación en este aspecto me precede.

Como hoy. Se trata de un contrato gubernamental por el que está decidido a conseguir la adjudicación y que también representa una enorme oportunidad de negocio para mí.

Jonah me ha ofrecido cerrar el trato juntos y repartir los beneficios entre nosotros.

Como me gusta trabajar con personas en las que confío —aunque realmente no confío en nadie— he aceptado su oferta.

Durante nuestra comida, repasamos los detalles una vez más y nos pusimos al día mutuamente.

Ahora, de camino de vuelta a mi oficina, hablamos sobre nuestros planes para el próximo fin de semana.

Jonah opina que una partida de golf es más que necesaria, y para mi vergüenza, debo admitir que no le falta razón.

Las últimas veces me vi obligado a cancelar, por lo que ahora insiste con más firmeza para convencerme de que me reserve este fin de semana a toda costa para él y los chicos.

—Intentaré ir —respondo a su pregunta, lo que le hace fruncir el ceño con enfado. Pero ese es el mejor compromiso que obtendrá de mí.

—El negocio es importante, ya lo sé. Pero las amistades también lo son —me advierte—. En la universidad nos juramos que nunca nos dejaríamos en la estacada.

—No lo he olvidado, no te preocupes —gruño. ¿De dónde saca esta tendencia al dramatismo? ¿Alguien le ha dicho alguna vez que resulta tremendamente molesto?

Me contengo de hacer un comentario al respecto mientras atravesamos el vestíbulo de la hiper-moderna caja de cristal y cuento mentalmente los pasos hasta el ascensor.

Me caen bien mis chicos. De verdad. Pero me gusta aún más estar solo. La calma y el silencio que lo acompañan son simplemente impagables.

—¿Señor Grimaldi? —oigo en ese momento una voz clara e inocente detrás de mí.

Una voz que reconocería entre miles porque su melodioso timbre altera mi cuerpo y mi alma cada vez de nuevo.

Posiblemente porque me recuerda al canto de los coros celestiales y, por tanto, contrasta brutalmente con el oscuro barítono del infierno donde yo estoy en casa.

—Alguien te llama —dice Jonah, mirando alrededor y ralentizando su paso.

—Tenemos una cita importante con el gobierno en pocos minutos. Quien sea que quiera algo de mí, que pida cita como es debido —respondo y sigo caminando imperturbable, con la esperanza de que Jonah me siga.

Con Lauren Adams realmente no contaba. No después de haberla presionado tanto hace unas horas. Suponía que ya estaría de camino de vuelta a California.

Que apareciera aquí y quisiera hablar conmigo no se me pasó por la cabeza en ningún momento.

En consecuencia, estoy descolocado por su aparición. Y, en consecuencia, no estoy preparado para volver a verla aquí y ahora.

Maldigo en voz baja cuando Jonah se detiene, obligándome a hacer lo mismo.

¿Por qué tiene que ser siempre tan educado? La relación coste-beneficio de tal comportamiento suele ser absolutamente poco rentable. O dicho de otro modo: los buenos rara vez ganan contra aquellos que no siguen las reglas del juego, sino que establecen las suyas propias. Como yo.

Me doy la vuelta con una expresión sombría en el rostro que refleja perfectamente lo que pienso de esta inoportuna interrupción, y como recompensa recibo inmediatamente un ataque físico.

Con un fuerte golpe algo cae al suelo delante de mí. Directamente sobre mi pie.

Me cuesta toda mi fuerza de voluntad no inmutarme ante el punzante dolor y, en su lugar, bajar la mirada impasible hacia lo sucedido.

Veo un bolso que cubre mi pie izquierdo. El bolso de Lauren. O bien es de granito, o guarda piedras dentro. Sea como sea: esa porquería barata le ha asestado un buen golpe a mi pie.

Al instante, mi humor desciende a un punto absolutamente bajo. Una vez más.

Y eso no solo se debe a ese monstruo que está enterrando mis zapatos italianos de diseño, sino también a la mujer que yace en el suelo justo detrás del bolso, torpe, con los ojos muy abiertos y las mejillas sonrojadas, mirándome asustada.

¿Por qué demonios hace eso?

¿Acaso sabe lo que me está haciendo? ¿Y ya por enésima vez en un mismo día?

Siento cómo algo vuelve a agitarse en mis pantalones y mis pensamientos se desvían hacia una dirección sumamente indecente.

En mi mente veo a la tímida y dulce Lauren arrodillada ante mí, abriendo con reverencia la cremallera de mis pantalones, sacando mi polla y metiéndola profundamente en su garganta. Hundo mis manos en su largo cabello rubio angelical y me deleito con sus inocentes ojos azul cielo, que me miran confiados mientras chupa devotamente mi polla hinchada, gimiendo con placer.

¡Joder!

Apresuradamente cambio mi peso para ocultar el creciente bulto en mis pantalones de ella, de Jonah y de las docenas de personas presentes en el vestíbulo.

¿Qué tiene esta mujer que consigue desconcentrarme tanto?

Basta una mirada tímida. Una sonrisa pudorosa. Una palabra vacilante. Y ya me pone prohibitivamente duro y cachondo.

Y eso que soy un hombre que separa estrictamente el trabajo de la vida privada.

Cuando trabajo, me concentro exclusivamente en ello.

Cuando después del trabajo me apetece un polvo, me lo concedo. Pero entre ambas cosas hay un límite claro que nunca traspaso.

Excepto con Lauren.

Por eso estoy luchando tanto conmigo mismo sobre invertir en su startup.

Es una idea brillante y la considero extremadamente competente y talentosa. Pero es tan joven e inexperta que necesitaría un coaching y mentoring intensivo. De mí.

Y no sé si puedo decidirme a hacerlo. No porque tema compartir los conocimientos necesarios, sino porque no me fío de mí mismo con Lauren.

No puedo garantizar que no la incline sobre mi escritorio y me la folle bien duro, porque me pone tremendamente cachondo.

Lo estoy desde que la vi por primera vez en las entrevistas de selección para la fundación hace más de dos años.

Me cautivó inmediatamente con su delicada apariencia y su aura confiada. Casi como si yo fuera una polilla y ella la luz en medio de la oscuridad. Es una sirena y yo la víctima de su seductor y engañoso canto, que me atrae directamente a mi perdición.

Y la única posibilidad que veo para defenderme y ocultar mis sentimientos ante ella es tratarla con desdén y frialdad.

—Señorita Adams. Si no puede caminar con sus zapatos sin caerse constantemente, quizás debería reconsiderar su elección de calzado. Representa un peligro para usted y para los demás —digo sin hacer ademán alguno de ayudarla a levantarse o a recoger su bolso, cuyo contenido se derrama por el suelo.

Esta parte la asume Jonah, todo un noble caballero de brillante armadura, por mí.

Se arrodilla, sonríe a Lauren de manera alentadora y la ayuda a recoger el contenido de su bolso y a guardarlo.

—No pasa nada. Esto le puede ocurrir a cualquiera —la consuela.

—Pero a ella le ocurre por segunda vez en un día. Eso es un poco exagerado, por no decir ridículo —echo leña al fuego, porque Jonah se está acercando demasiado a Lauren para mi gusto.

Si no se distancia pronto, tendré que agarrarlo del cuello y apartarlo de Lauren.

Finalmente se levanta y le tiende galantemente la mano a Lauren. Ella la toma y se deja levantar hasta sus largas y esbeltas piernas, que asoman bajo su conservador vestido tubo de cuello alto.

—Bueno, señorita Adams. ¿Qué puedo hacer por usted? —pregunto con una mirada demostrativa a mi Rolex.

—Quería hablar una vez más con usted sobre mi plan de negocio —responde ligeramente sin aliento, provocando que se me erice el vello de la nuca.

¿Sonaría así su voz también cuando la embistiera rápido y fuerte con mi polla y la poseyera con mi cuerpo? ¿Susurraría mi nombre también así, sin aliento y sumisa?

¡Dios me libre!

Si no me largo de aquí rápidamente, tendré que llevar a esta mujer a mi oficina y servirme de ella con todas las reglas del arte para poder volver a pensar con claridad.

—Ya está todo dicho, señorita Adams. Tuvo su tiempo.

—Pero quería asegurarle una vez más que...

—No se ha hecho ningún favor apareciendo aquí. Parece débil. Y necesitada. Como una mendiga. Y si alguna vez ha leído aunque sea un artículo sobre mí, sabrá que no puedo soportar eso en absoluto. Aparece aquí, desperdicia mi valioso tiempo, hace que llegue tarde a una reunión importante y no tiene ninguna información nueva que ofrecer. Creo que no tengo que explicarle lo que pienso de eso, ¿verdad?

—Yo... —comienza Lauren, pero la interrumpo bruscamente.

—Era una pregunta retórica, señorita Adams. Si me disculpa ahora, tengo trabajo que hacer. Adiós. La puerta está allí delante.

Con estas palabras, giro sobre mis talones y me marcho a grandes zancadas. Me da igual si Jonah me sigue o no. Él sabe dónde está mi oficina. Me encontrará. Y si no, es su problema.

Entro en el ascensor y estoy a punto de pulsar el botón del último piso cuando Jonah se une a mí. Justo a tiempo, antes de que se cierren las puertas.

Evito mirar hacia fuera y quizás presenciar lo herida y conmocionada que está Lauren por mis duras palabras.

Normalmente no me importa destruir personas, sus existencias y sus sueños. Pero con Lauren es diferente.

Cuando le hago daño, también me hago daño a mí mismo. Es casi como si hubiera una conexión invisible entre nosotros que me hace sentir lo que ella siente.

Y haría cualquier maldita cosa para cortar esta conexión. Pero no lo consigo. Al contrario. Con cada encuentro que tengo con Lauren Adams, parece fortalecerse.

El que mis dedos ahora tiemblen ligeramente y tenga que meterlos en los bolsillos de mis pantalones es la mejor prueba de ello.

—¿Por qué has sido tan cruel con ella? —quiere saber Jonah—. Quiero decir... todos sabemos que no eres precisamente un rayo de sol. Pero lo de ahora ha sido realmente despiadado incluso para tus estándares.

—No soy cruel ni despiadado. Soy como el negocio y el mundo en el que vivimos: duro, despiadado e implacable. Lauren Adams quiere fundar una empresa. Quiere dirigirla. Y no tiene ni idea de dónde se está metiendo. Es una chica inocente, crédula y novata que cree que con una sonrisa y unas cuantas palabras amables y honestas puede alcanzar su objetivo. Mejor que aprenda antes que después que no es así.

—¿Así que te has propuesto convertirte en su maestro en las asignaturas de frialdad emocional y despiadado?

—¿Conoces a alguien que sea más adecuado para ello? —gruño.

Jonah sonríe y se gira hacia las puertas del ascensor.

—No. Definitivamente no.

# 4

## LAUREN




Me quedo paralizada, viendo cómo Raffaele Grimaldi se aleja después de haberme dejado plantada con total frialdad.

—Me disculpo en nombre de mi amigo. No lo hace con mala intención. Simplemente es su forma de ser —dice el hombre bien parecido y llamativamente elegante que me ha ayudado a levantarme, mientras Raffaele solo me miraba con furia desde arriba, igual que en nuestro primer encuentro hace unas horas—. No se deje intimidar por eso —intenta animarme y luego se despide apresuradamente, antes de salir corriendo tras Raffaele, que ya ha llegado a los ascensores.

Aunque debería darme la vuelta e irme, me quedo como clavada en el suelo sin apartar la mirada de Raffaele.

No sé por qué lo hago. Ni qué espero conseguir con ello. ¿Quizás que nuestras miradas se crucen una vez más y pueda leer en la suya por qué me trata de manera tan despectiva y desalmada? ¿Que sus ojos me den alguna pista sobre qué le he hecho para merecer este trato?

¿O simplemente soy demasiado sensible y me falta la dureza necesaria para imponerme en el mundo de los gigantes?

Probablemente sea esto último, como ahora debo reconocer. Porque no hay razón alguna por la que Raffaele Grimaldi debería estar enfadado conmigo. Ninguna, excepto que no he cumplido sus expectativas y he desperdiciado su tiempo.

En realidad, pensé que era buena idea interceptarlo y mostrarle una vez más cuánto me importa mi negocio y cuánto me esfuerzo por él. Quería presentarle de nuevo los puntos más importantes. Esta vez con seguridad, confianza y de manera poco convencional.

En lugar de eso, con mi aparición me he puesto en ridículo y he sofocado de raíz la última chispa de esperanza de que Grimaldi Capital invierta en mi empresa.

Las puertas del ascensor se cierran sin que Raffaele vuelva a mirar hacia mí.

Pero, ¿qué esperaba?

Para él soy una molestia. Alguien que solo le cuesta nervios.

Primero choco con él porque estaba absorta en mis pensamientos en lugar de concentrarme en la reunión. Luego estropeo mi presentación, desperdiciando su tiempo. Y para rematar, pierdo el equilibrio por segunda vez en el día sobre el resbaladizo suelo de mármol del vestíbulo y dejo caer mi bolso con el portátil sobre su pie.

No es de extrañar que quiera deshacerse de mí. Es más bien un milagro que no haya hecho que su personal de seguridad me escoltara fuera.

Aunque el ascensor hace tiempo que ha subido a los pisos superiores, sigo todavía como clavada en el mismo sitio, mientras la vida pasa a mi alrededor y continúa simplemente sin mí.

La gente pasa junto a mí sin reparar en mi presencia. No les intereso. No soy importante para ellos. Una don nadie.

Y así es exactamente como me siento: como una don nadie.

Pequeña. Insignificante. Inútil. E infinitamente sola.

Si estuviera ahora en Berkeley, podría acurrucarme en el pequeño nido al que llamo hogar y aislarme del mundo.

Pero no estoy en Berkeley. Me encuentro a miles de kilómetros de distancia, en Nueva York. Si puedes triunfar aquí, puedes triunfar en cualquier parte.

Pero, ¿y si no?

¿Qué pasa si, como yo, no lo consigues en Nueva York?

¿Significa que no lo conseguirás en ninguna parte?

Un hombre trajeado que habla por teléfono y me empuja al pasar, provocando que casi me caiga por tercera vez en el día, me saca de mi estado de shock y me devuelve a la realidad.

Me froto la mano dolorida con la que me he sujetado antes al caer y maldigo los tacones altos, que aunque lucen bonitos, son un desastre desde el punto de vista funcional.

Admito que no es justo culpar de mi fracaso a mis zapatos, pero al menos me hace sentir un poco mejor y, estrictamente hablando, tienen al menos parte de la culpa.

La comprensión de que he fracasado estrepitosamente me golpea de manera completamente inesperada. Es como si mi mente solo me dejara asimilar la realidad a pequeñas dosis, por miedo a sobrecargarme con la contundencia de los hechos desnudos.

Y probablemente sea así. Porque ya siento cómo lágrimas calientes suben a mis ojos y un nudo se forma en mi garganta.

Debería irme. Hacer las maletas. Desaparecer de aquí. De la Torre Grimaldi. De Manhattan. De Nueva York.

Es hora de volver a casa y buscar un plan B.

Pero antes de hacerlo, necesito urgentemente algo de distancia. Durante los últimos meses solo he tenido en mente mi plan de negocio y la meticulosa, casi obsesiva preparación para el día de hoy.

Ahora que ha terminado, debo recuperar mi vida. Tomarme un pequeño descanso. Terminar mis estudios con éxito. Y procesar lo vivido para dejarlo atrás.

Solo cuando haya logrado todo esto, encontraré la fuerza y el valor para mirar hacia adelante y seguir adelante. Pero por el momento estoy cansada. Cansada y agotada.

Y está bien.

Aunque hoy haya fracasado, puedo decir que he dado lo mejor de mí. Pero a veces lo mejor simplemente no es suficiente. Y por doloroso que sea saberlo: lo superaré. De alguna manera. Y en algún momento. Solo que no hoy, aquí y ahora.

Hoy puedo estar triste. Meter la cabeza en la arena. Lamerme las heridas. Y puedo llorar. Puedo mostrar mis sentimientos y ceder a mis emociones. Está bien.

*Está bien*, repito mentalmente mientras salgo del frío edificio con los hombros caídos y entro en el bochorno de la tarde.

El sol me deslumbra y, aunque normalmente me alegra verlo, hoy no consigue levantar mi ánimo.

Rebusco mis gafas de sol en el bolso y me las pongo para que la gente a mi alrededor no note las lágrimas que ruedan por mis mejillas.

No es que aquí en Nueva York a alguien le interesen sus semejantes. Para eso están demasiado ocupados consigo mismos. Pero aun así tengo el impulso de ocultarme de ellos de esta manera.

Cruzo la calle y dos manzanas más adelante tomo el metro hacia mi hotel.

Si me doy prisa, todavía tendré tiempo suficiente para una ducha rápida antes de tener que hacer el check-out y dirigirme al aeropuerto.

Esta circunstancia es quizás el único rayo de esperanza en este día: en aproximadamente diez horas estaré de nuevo en casa y esta noche podré dormir en mi propia cama.

La idea me tranquiliza y me da el impulso necesario para subir al metro y ponerme en marcha.

# 5

## RAFFAELE




—Señor Grimaldi, disculpe la interrupción, pero la señorita Perkins está aquí y desea hablar con usted —me informa mi asistente casi en un susurro, porque teme que esta interrupción pueda molestarme.

—Hágala pasar —digo mientras cierro mi bandeja de correo electrónico.

Como de todos modos tengo que hablar con Lydia, es conveniente que se haya adelantado.

—Raffaele —me saluda con su inquebrantable sonrisa, siempre con ese gesto pícaro, como si se estuviera burlando de mí.

Es la única persona a quien se lo permito, porque para mí es una socia de igual a igual que ha demostrado su valía varias veces en situaciones extremadamente complicadas.

—¿Qué te trae por aquí? —pregunto, sin molestarme en ofrecerle asiento por cortesía, ya que de todos modos ella se toma esa libertad.

—Lauren Adams.

Dos palabras que bastan para que cada músculo de mi cuerpo se tense y mis mandíbulas choquen con tanta fuerza que crujen bajo la

presión acumulada.

—¿Qué pasa con ella? —siseo entre dientes apretados, intentando que no se note mi tensión.

—Han pasado más de dos semanas desde su presentación en Grimaldi Capital.

—¿Y?

Lydia se recuesta en su silla y cruza los brazos sobre el pecho. Se toma su tiempo para responder, lo que me hace rechinar los dientes de nuevo. Odio que me hagan esperar. Sobre todo cuando se trata de cierto ángel rubio con grandes ojos azules de inocencia.

—Aún no has tomado una decisión. Eso es inusual en ti. Por lo general, emites una respuesta afirmativa o negativa como máximo 48 horas después del final de la presentación. ¿Por qué dejas pasar tanto tiempo con Lauren? ¿No te convenció su idea de negocio?

—Sí, sí me convenció. Pero Lauren no me ha convencido —respondo mientras me levanto.

Me acerco a los ventanales que llegan hasta el suelo y miro hacia fuera, al río Hudson, que los rayos del sol de la tarde bañan con una luz dorada.

—¿En qué sentido? —insiste Lydia.

—Es demasiado buena y amable para dirigir una empresa. Le falta experiencia y dureza.

—¿Crees eso porque estaba tan nerviosa durante su presentación? Y antes de que preguntes, he sonsacado a Hillary. Por eso lo sé.

Hillary es la directora financiera de Grimaldi Capital y una amiga íntima de Lydia. Que ambas intercambien información no es nada nuevo, aunque en principio no deberían hacerlo. Pero como solo hablan de estos asuntos internos *entre ellas*, tolero la indiscreción hasta cierto punto.

—Creo eso porque llevo más de dos años vigilando a Lauren Adams. Como sabes, me informo sobre todos mis becarios para asegurarme de que siguen cumpliendo con los requisitos de la fundación durante sus estudios.

No menciono que mi interés por Lauren Adams va mucho más allá de lo meramente profesional y que no me conformo con recabar

la información habitual sobre ella, como hago con los demás becarios de la fundación.

No, se podría decir perfectamente que acoso a Lauren Adams.

Lo sé todo sobre ella.

Sé dónde vive. Dónde compra. Qué hace en su tiempo libre, aunque en los últimos meses no se ha permitido nada de eso porque ha estado trabajando día y noche en su presentación. Sé que está soltera. Incluso sé cómo toma el maldito café y conozco sus flores favoritas.

Sí, es una locura, pero desgraciadamente no puedo dejar de recopilar información sobre esta mujer. Estoy obsesionado con ella. Y aunque encuentro su carácter cordial, amable y cálido extremadamente ingenuo e inútil, son precisamente estas cualidades las que me atraen de ella.

Su resplandor. Su risa. Y el brillo en sus ojos.

Lauren Adams no solo es hermosa por fuera. También lo es por dentro. Su alma es un reflejo de su cuerpo y viceversa.

Nunca antes me había encontrado con una persona como ella.

Tan pura. Tan inocente. Tan buena. Al mismo tiempo tan inteligente. Tan decidida. Tan ambiciosa. Tan disciplinada. Y tan increíblemente atractiva.

Lauren Adams es probablemente la única mujer que puede ponerme de rodillas. Y eso la hace tan peligrosa para mí.

—Si es así, interpreto tu evaluación como un rechazo hacia ella. Entonces seguramente no te importará si te digo que Grant Ventures ha puesto sus ojos en ella y quiere invertir en su startup. Con ella como directora general.

Las palabras de Lydia me hacen girar hacia ella.

—¿Qué acabas de decir? —pregunto con voz gélida, sin conseguir ocultar mi ira ante ella.

—Me has entendido perfectamente. De lo contrario, no estarías tan alterado —responde con total tranquilidad—. Garret me ha llamado porque sabe que yo asesoro a Lauren. Me ha preguntado si tendrías algún inconveniente en que invirtiera en su empresa. Le he dicho que lo consultaría contigo y que le respondería después. Por eso estoy aquí.

Garret Grant es el jefe de Grant Ventures, una empresa de capital riesgo valorada en millones con sede en Silicon Valley. No me sorprende que quiera hacerse con la empresa de Lauren. El tipo tiene un olfato fino para los negocios rentables. De lo contrario, no habría construido de la nada una compañía de inversión multimillonaria en diez años. Pero el tipo no solo tiene un agudo sentido para los buenos negocios, sino también sentido común. Por eso no es tan tonto como para intentar quedarse con Lauren sin pedirme permiso primero. Un permiso que, por supuesto, no voy a concederle. Lauren me pertenece. Y maldita sea, eso no va a cambiar.

—¿Cómo sabe él de esto? —gruño irritado y me apoyo con las palmas sobre mi escritorio.

Como una amenazante nube de tormenta, me cierño sobre Lydia, quien no se deja intimidar en absoluto.

—Lauren se lo presentó.

—¿Perdona, qué? —Mi voz es ahora tan alta que la serenidad de Lydia es reemplazada por un sobresalto—. ¿Por qué demonios haría algo tan estúpido?

Me dirige una mirada reprobatoria. No puedo decir si es porque mi reacción la ha asustado o por cómo me he comportado con Lauren.

—Posiblemente porque no consideraste necesario informar a Lauren sobre el resultado de su solicitud en Grimaldi Capital. Que yo sepa, la dejaste en la sala de conferencias diciéndole que lo que había presentado no era lo suficientemente bueno, y desde entonces no has dado señales de vida. De eso hace ya más de dos semanas. Cualquiera que no te conozca bien lo interpretaría como un rechazo y, consecuentemente, buscaría otras opciones.

Esto no puede ser verdad.

—¿Por qué no preguntó?

Lydia arquea una ceja divertida.

—¿Hablas en serio? Todo el mundo en el sector sabe que eres una persona de palabras claras. Tu falta de respuesta fue para ella una declaración inequívoca de que tienes tan poco interés en ella y su idea que ni siquiera consideraste necesario comunicárselo.

La declaración de Lydia me hace estar alerta.

—Suena como si hubieras hablado con ella.

—Así es. Justo después de la llamada de Garret. Al fin y al cabo, quería asegurarme de que no me estuviera contando tonterías antes de venir a informarte. Entonces, ¿qué vas a hacer ahora? ¿Puedo decirle a Garret que puede darle el visto bueno a Lauren, o quieres financiar tú su empresa? La idea es demasiado buena como para dejarla pasar, Raffaele. Tú lo sabes y yo también.

—Sí —gruño sombríamente—. Puede ser. Pero eso no cambia el hecho de que Lauren aún no está preparada para esta tarea.

—Crecerá con el desafío —dice Lydia con plena convicción, lo que me arranca un resoplido despectivo.

—Eso puede aplicarse a una jefa de departamento que acaba de ser ascendida, pero ciertamente no a la directora de una startup de varios millones de dólares, donde se trata de imponerse a la competencia en una carrera contra el tiempo. No hay margen para errores. Y no hay espacio para aprender. O puedes hacerlo, o lo arruinas.

—Vale, tú sabrás —cede Lydia—. Al fin y al cabo, eres el hombre de negocios más exitoso que conozco. Pero eso no responde a mi pregunta.

—¿Cuál exactamente?

—Qué piensas hacer ahora. Estás obligado a moverte, Raffaele. Tendrás que decidirte. Y pronto. Incluso si Garret rechaza a Lauren, no será el final, porque Lauren no es una mujer que se rinda fácilmente. Lo seguirá intentando. Irá a presentarse a otras empresas de capital riesgo. Y cuantas más empresas conozcan su idea, mayor será el peligro de que se la roben y la implementen por su cuenta. Ya sabes cómo funciona esto.

—Sí —respondo irritado—. Sé cómo funciona. Y precisamente por eso voy a resolver este asunto sin demora.

—¿Cómo? —quiere saber Lydia.

—Eso es irrelevante y no es asunto de nadie excepto mío. ¿Hay algo más que quieras discutir conmigo? Si no, discúlpame por favor. Tengo cosas que hacer.

# 6

## LAUREN




Las bolsas de la compra que llevo en los brazos me impiden ver la puerta de mi casa. Me contorsiono intentando sacar la llave del piso de mi bolso, mientras con el otro brazo equilibro las dos bolsas de papel que contienen mi compra semanal.

—¿Por qué se presentó en Grant Ventures? —suena amenazadoramente a mis espaldas, justo cuando por fin he logrado palpar la llave de casa.

Asustada de muerte, dejo caer las bolsas con un grito y doy un salto hacia un lado.

No esperaba que alguien me estuviera acechando frente a mi piso. Y menos *él*. Raffaele Grimaldi.

Lentamente, casi a cámara lenta, me giro hacia la voz a mi espalda para convencerme de que no estoy alucinando. Porque es totalmente posible.

Que Raffaele Grimaldi aparezca en mi casa es, por decirlo suavemente, completamente absurdo.

¿Por qué haría algo así?

Yo no soy nadie para él. Una molestia. Una decepción. Una completa pérdida de tiempo.

El cabeza de la familia Grimaldi tiene, a mi parecer, un millón de cosas mejores que hacer que esperar frente a mi piso para pedirme explicaciones.

Y sin embargo, es exactamente lo que está haciendo, como compruebo ahora que mi respiración se ha calmado, mis ojos se enfocan y me recupero lentamente del susto.

Ante mí está, sin duda, el jefe de la dinastía Grimaldi. Alto, atlético, perfectamente vestido. Su pelo negro, brillante como la seda, enmarca su rostro tenso y enojado, y sus ojos oscuros me miran penetrantes.

—¿Qué hace usted aquí? —pregunto, sin lograr ocultar mi perplejidad ante él.

—Hacerle una simple pregunta que no voy a repetir. ¿Y bien? Estoy escuchando.

Rebusco en mi mente su pregunta, que ha caído víctima del susto que me ha provocado.

Los segundos pasan y Raffaele se vuelve cada vez más impaciente.

Pero no cambia el resultado: simplemente no lo recuerdo.

*Vamos, Lauren*, me susurro mentalmente. *Recuerda. Vamos ya. No debes darle otra razón para dudar de tu cordura.*

*Grant Ventures*, me viene de repente a la mente de la nada. *Correcto. Me ha preguntado por Grant Ventures.*

—Le presenté la misma idea que le expuse a usted, porque supuse que no estaría interesado.

—¿Por qué? —pregunta afilado como un cuchillo, de modo que puedo sentir prácticamente el corte de la hoja letal sobre mi piel desnuda.

—¿Por qué pensé que no estaba interesado? —replico sin comprender y perpleja a la vez.

¿Habla en serio? Me dejó plantada fríamente bajo la lluvia. No puede haber un rechazo más claro que ese.

—Nunca dije que no estuviera interesado.

—Sí —contradigo contra todo sentido común—. Sí lo hizo. Dijo textualmente: *esto no me basta. Es simplemente demasiado poco,*

*señorita Adams.* Lo siento, pero para mí eso suena claramente a un rechazo.

—Esa afirmación no se refería a su idea de negocio, sino a su cualificación como directora. Y su malinterpretación es solo una prueba más de que tengo toda la razón —responde con altanería y una frialdad glacial que me hace estremecer, pero también despierta mi ira.

Furiosa, pongo las manos en las caderas.

¿Quién se cree que es este hombre?

Primero me trata como una basura, luego me hace sufrir y me hace sentir que no valgo nada. Y ahora tiene el descaro de aparecer sin avisar y hacerme reproches.

No. No tengo por qué aguantar esto. De nadie.

—Escuche, señor Grimaldi: lamento que lo vea así, pero mi opinión difiere significativamente de la suya en este asunto y no voy a cambiar mi postura porque me conozco mejor que usted. Sé lo que puedo y no puedo hacer.

—¿Es así? —gruñe con un tono acechante y dirige su mirada dura y penetrante hacia mí, en la que arden las llamas negras del infierno.

Está alterado. Y sin embargo... ¿es esa una sonrisa que juguetea en sus labios carnosos, o me lo estoy imaginando en mi rabia?

Que encima parezca estar burlándose de mí es la gota que colma el vaso.

—Sí, es así —disparo de vuelta, porque de repente toda la ira y decepción acumuladas en mí se liberan y pugnan por salir.

Es cierto que arruiné la presentación debido a mis nervios y ansiedad. La culpa de eso debo buscarla sólo en mí. Pero eso no justifica en absoluto la manera en que Raffaele Grimaldi me ha tratado.

La arrogancia, el narcisismo y el desdén que muestra este hombre están más allá de cualquier escala. Y como no tolero tal comportamiento, ahora es el momento perfecto para desahogar mi disgusto.

—Usted me ha hecho sentir a todos los niveles posibles que no cree en mí ni en mi idea. Y me ha herido con ello, pero no tanto

como para destruir mi sueño. Voy a fundar esta empresa. Y voy a levantarla. Con o sin su apoyo. Para eso no necesito ni su permiso ni su bendición. Sé que puedo hacerlo. Que está dentro de mí.

Raffaele me examina con los ojos entrecerrados. Me es imposible saber lo que piensa. El tipo tiene una cara de póker que le ayudaría a ganar incluso con la peor mano.

Aprovecho el momento de silencio entre nosotros para dejar que mi mirada se deslice disimuladamente sobre él.

Lleva un traje a medida, como siempre. Cada uno de sus músculos cincelados en piedra es halagado por la cara tela y perfectamente realzado. No cabe la menor duda de que el cuerpo de Raffaele Grimaldi es un templo de placer.

Y aunque sigo extremadamente enfadada con él, al verlo, la excitación ardiente se mezcla con mi ira igualmente ardiente. Estas dos emociones incontrolables se combinan en un cóctel altamente explosivo de pasión que hace que me humedezca y que mis pezones se endurezcan.

Esto no sería un problema si llevara sujetador y unas de mis bragas funcionales.

Pero debido a la enorme ola de calor que actualmente tiene a California firmemente agarrada, no llevo sujetador ni bragas debajo de mi fino vestido de verano.

Por eso no puedo ocultar a Raffaele ni mis pezones endurecidos ni la humedad que se desliza por mis muslos.

El rubor me sube al rostro cuando la mirada de Raffaele cae sobre mi escote y un destello cruza sus ojos negros como el carbón.

Lo ha visto. Sin duda alguna.

Dios, qué vergüenza.

Como si no fuera suficiente haberme puesto en ridículo hasta los huesos ante él en Nueva York, ahora tengo que repetirlo de la manera más humillante posible.

Rápidamente me pongo en cuclillas y comienzo con movimientos nerviosos a recoger la compra esparcida por el suelo.

Al menos así puedo ocultar mi entrepierna húmeda de Raffaele y conservar un último ápice de dignidad. Además, recoger los

alimentos me distrae del rugido de mi sangre y de las mariposas en mi estómago, ayudándome a mantener la cabeza fría.

Sin embargo, este estado no dura mucho. Para mi sorpresa, poco después las puntas de unos elegantes zapatos de cuero entran en mi campo de visión y Raffaele, suspirando, se pone en cuclillas hasta quedar a la altura de mis ojos.

Me tiende una manzana sin decir palabra y yo la acepto en silencio. Nuestros dedos se rozan durante una fracción de segundo. Un parpadeo, pero lo suficiente como para acelerar mi respiración y hacer que mi corazón se desboque.

No tengo ni idea de por qué reacciono de manera tan intensa ante este hombre. Solo sé que no puedo dirigirlo ni controlarlo. Y eso me pone nerviosa. Más nerviosa de lo que ya estoy.

—Continuemos nuestra conversación dentro, señorita Adams —dice Raffaele cuando todas mis compras están de nuevo guardadas con seguridad y nos incorporamos. No es una petición. Ni tampoco una sugerencia. El énfasis de su afirmación es inequívoco. Es una orden. Y si algo he aprendido en mis investigaciones sobre Raffaele Grimaldi, es que nunca hay que oponerse a él.

Este hombre consigue lo que exige.

Siempre.

Y sin excepción.

Esa es una parte de la oscura e irresistible magia que lo rodea como un aura negra e impenetrable, robando la vista y los sentidos a las personas de su entorno.

# 7

## RAFFAELE




No lo vi venir ni lo esperaba.

Que el ángel dulce y gentil también tenga garras y no tema usarlas es algo nuevo.

Conozco muy pocas personas que tengan el valor de enfrentarse a mí y gritarme como ella acaba de hacerlo. La mayoría de las personas temen demasiado las consecuencias que podría acarrear rebelarse contra mí. Así que, en lugar de eso, se callan y no cuestionan ni a mí ni el juicio que tengo de ellos.

El hecho de que Lauren haga exactamente lo contrario provoca algo en mí.

Al principio pensé que era enfado. Ira. Rabia. Pero es algo muy diferente lo que provoca su reacción en mí.

Excitación.

Su rebeldía y su valentía me excitan. Me provocan. Y hacen que me ponga duro.

Al parecer, ella siente lo mismo. Lauren tampoco queda indiferente ante nuestra discusión. No encuentro otra explicación a sus seductores pezones, que se marcan a través de la tela de su ligero vestido de verano.

En mi fantasía, empujo a Lauren contra la pared de la casa y rodeo sus pezones erectos con mi boca. Caliente y hambriento, chupo sus pechos a través de la tela de su vestido mientras libero mi polla de mis pantalones, le bajo el vestido por los muslos y la follo sin inhibiciones, apoyada contra la pared.

Me entrego a mi tentador sueño despierto mientras observo cómo Lauren se agacha y, con la cara roja, empieza a recoger los alimentos esparcidos por el suelo.

Eso solo empeora las cosas. Porque la imagen recurrente de ella haciéndome una mamada entregada desplaza de mi mente el polvo salvaje y sucio contra la pared y se graba de nuevo en mi cerebro.

Si no queremos que mi imaginación se desborde aquí y ahora, deberíamos continuar nuestra conversación a puerta cerrada.

Veo una manzana que ha rodado hasta mis pies y me agacho para dársela a Lauren.

No parece darse cuenta de que tiene un talento extraordinario para arrodillarse delante de mí y volverme loco.

Yo, en cambio, sí que me doy cuenta. Aunque intento con todas mis fuerzas reprimirlo.

Estoy aquí para hablar con Lauren de negocios y nada más.

Lauren es un peón en mi reino y tiene que moverse como yo le ordeno.

Si le ordeno que salte, tiene que saltar. Y sin cuestionar mis órdenes.

No puedo tolerar que ahora no lo haga, sino que tenga el descaro de discutir conmigo. Sobre todo cuando me saca de quicio y nubla mi mente con su lengua afilada y sus pezones duros.

—Sigamos hablando dentro, señorita Adams —digo con tono siniestro y sin admitir réplica.

Mi petición no surte efecto.

Lauren traga saliva y sus ojos se agrandan con un atisbo de miedo y nerviosismo.

Me levanto y le tiendo la mano para ayudarla.

Normalmente no hago cosas así. Pero tampoco suelo arrodillarme en el suelo para recoger manzanas y peras.

Sin embargo, no es el momento adecuado para cuestionar mis actos, así que lo dejo para más tarde y me concentro en el motivo de mi visita: el acuerdo comercial y los millones de beneficios que conlleva.

—¿Vamos? —pregunto con impaciencia, señalando mi mano extendida.

Para mi sorpresa, Lauren no la coge.

Ignora mi gesto y se levanta sin que yo haga nada, protegiendo sus bolsas de la compra como si quisiera ocultarme lo que ya he visto hace rato.

Sin mirarme, se da la vuelta y se dirige a la puerta del piso, donde forcejea torpemente con la llave.

Me coloco detrás de ella y observo en silencio lo que ocurre durante cinco segundos, hasta que se me agota la paciencia.

—Dámela —gruño y le agarro la mano, que está intentando abrir la cerradura. Al hacerlo, mi brazo roza accidentalmente la parte lateral de su pecho, lo que hace que Lauren inhale bruscamente y se le caiga la llave.

—Maldita sea —emito un sonido de desaprobación y no puedo ocultarle mi enfado por su nerviosismo.

—Lo siento —susurra avergonzada y sin aliento. Hace ademán de dejar las compras y agacharse, pero le indico que no lo haga.

Con su destreza, el contenido de las bolsas de papel marrón vuelve a caer al asfalto y no me apetece recogerlo todo otra vez.

Malhumorado, me agacho para recoger la llave que yace a sus pies. Al hacerlo, mi mirada se posa inesperadamente en la entrepierna de Lauren.

La visión erótica prohibida hace que ahora sea *yo* quien deja caer la llave de la mano.

Trago saliva y fijo la mirada en ese punto bajo su vestido ajustado.

Está desnuda. Lauren está desnuda. Bajo el ajustado vestido gris de algodón de verano, que se ciñe como una segunda piel a sus delicadas curvas y termina en la mitad de sus muslos, no lleva bragas.

Como tiene las piernas ligeramente abiertas, puedo ver cómo brillan los interiores de sus muslos sedosos. Por la humedad. Por el deseo. Por... el ansia.

—Estás mojada —susurro con voz ronca y siento cómo el deseo ardiente se apodera de mí—. Tienes los pezones duros y estás mojada. ¿Qué significa eso? —gruño y la miro con la mirada nublada por el deseo.

Los labios de Lauren están ligeramente abiertos. Su pecho sube y baja con sospechosa rapidez.

Los dos sabemos lo que eso significa.

Está caliente. Caliente por mí.

Ya me lo habían delatado sus pezones erectos. Pero su entrepierna húmeda y desnuda despeja cualquier duda.

—Te he hecho una pregunta y espero una respuesta —digo amenazante, mientras sigo agachado delante de ella. La visión de su deseo traicionero justo delante de mis ojos es demasiado seductora como para poder apartar la mirada.

—Yo… —susurra avergonzada y parpadea—. Hace calor y solo quería ir rápido al supermercado. Así que... yo... yo...

—¿Qué has hecho?

—No me he puesto bragas. Y como hace tanto calor... como hace tanto calor... estoy sudando.

Mis cejas se arquean en señal de reproche y mi mirada se vuelve dura. Al menos tan dura como mi polla, que se presiona dolorosamente contra la cremallera.

Está mintiendo. Y por si fuera poco, también es imprudente. No puedo dejarla pasar eso. Nada de eso.

—¿Me estás diciendo que una mujer tan guapa y atractiva como tú sale a la calle sin bragas? Deberías saber que eso es peligroso.

—¿Por qué? —susurra.

—¿Por qué? ¿Quieres saber por qué? Porque hay hombres malos que podrían aprovecharse de eso.

Agarro el dobladillo de su vestido y lo subo provocativamente.

—Hay hombres que no dudarían en lamerte el coño mojado en plena calle, a plena luz del día —murmuro, dejando al descubierto su

centro húmedo. Tan deliciosamente húmedo y perfumado, sería un desperdicio no comerlo como si fuera un helado.

Esto es una idea realmente estúpida. Porque en cualquier momento podrían pillarnos haciendo lo que estamos haciendo.

Aunque Lauren vive en una tranquila calle lateral de Berkeley, con una entrada a la casa rodeada de arbustos y protegida de la calle, los transeúntes nos descubrirían si miraran con atención.

Pero ahora mismo me da igual. Hace tiempo que dejé de pensar racionalmente. Ahora solo soy una cosa: un ser impulsado por la codicia y la lujuria.

—No te atrevas a soltar otra vez la compra, Lauren. ¿Estamos de acuerdo? —le ordeno, echando la cabeza hacia atrás para mirarla a los ojos.

La mirada de Lauren es vidriosa. Está tan excitada que es incapaz de responderme. También me lo delata el intenso aroma de su deseo, que fluye desde su entrepierna directamente a mi nariz y me vuelve loco de lujuria.

Es hora de saciar mi hambre.

Sin esperar su respuesta, sumerjo mi cara entre sus piernas y me pongo su vestido sobre la cabeza, de modo que su coño, que ahora palpo con la lengua, queda oculto a la vista de todos.

Lauren abre las piernas y me dice que continúe. Baja el coño hacia mí y me suplica que le recorra el coño con la lengua.

Lento y con deleite, le lamo el coño y disfruto del sabor dulce y ácido que su jugo deja en mi boca.

Chupo su perla y meto dos dedos en su agujero tembloroso y húmedo. Lauren está tan estrecha que mis dedos solo avanzan milímetros y la idea de lo apretado que estaría mi polla dura en su interior me hace estremecer.

Un gemido de tormento llega a mis oídos y hace que entierre aún más mi cara en el coño de Lauren.

El aroma de su deseo inunda mis sentidos y es como una droga que me embriaga y me hace volar.

—Te gusta, ¿verdad? —le digo con voz ronca—. Necesitas esto. Estás completamente hambrienta y ni siquiera te avergüenza suplicarme que te folle.

Cuanto más fuerte y desenfrenado se vuelve su gemido sobre mí, más intensamente la lamo.

Al principio solo era un beso de mariposa, cauteloso y vacilante. Pero ahora mi boca se abalanza sobre ella sin piedad, como si su coño me perteneciera solo a mí.

Su jugo fluye por las comisuras de mi boca, corre por mi barbilla y gotea como una cremosa salsa de vainilla sobre mi chaqueta.

No me importa. O más aún: me pone muy caliente.

Lauren se derrite de éxtasis en mi boca y *yo* soy la persona que la lleva allí. La obligo a entregarse a mí y a dejarse llevar. Y es *mi* lengua la que la toma y la hace derretirse.

Cada gemido, cada jadeo, cada grito... todo me pertenece.

—Raffele... yo... me corro —susurra Lauren sobre mí, y el hecho de que me llame por mi nombre y la desesperación con la que lo hace casi me hace correrme.

Presiono mi boca contra su pubis y la atormento con mi lengua. Mis manos se aferran a sus nalgas desnudas y aprietan su entrepierna con tanta fuerza contra mi cara que Lauren, que se retuerce sobre mí gimiendo, no puede escapar de mí hasta que la última ola de su orgasmo la inunda.

# 8

## LAUREN




Abro los ojos parpadeando y vuelvo lentamente a la realidad.

El trino de los pájaros, el zumbido de los coches que pasan a cierta distancia y el calor abrasador se abren paso hasta mi consciencia, que hasta ahora había estado únicamente ocupada con lo que sucedía entre mis muslos.

Con el regreso a la realidad, mi mente vuelve a funcionar y me doy cuenta de lo que acaba de ocurrir.

Incapaz de moverme, me quedo petrificada. Lo único que aún se mueve en mi cuerpo es mi corazón.

Late salvaje y rápido, completamente fuera de control en mi pecho.

Raffaele se incorpora, me baja el vestido sobre los muslos y lo arregla con cuidado.

Me examina de manera evaluadora y con tanto desinterés que cualquiera pensaría que me he imaginado su rostro entre mis piernas.

—Es imprudente salir de casa sin ropa interior, señorita Adams.

Extiende su mano hacia mí y roza con su pulgar mi pezón izquierdo, que se marca a través de la tela de mi vestido y se

endurece aún más bajo su contacto.

—Hay hombres que podrían tener malas ideas y servirse de usted a su antojo.

*Como tú*, pienso, pero no me atrevo a decirlo en voz alta, porque ya no estoy segura de si lo que acaba de ocurrir ha pasado realmente, o si mi imaginación me ha jugado una broma extraordinariamente convincente.

¿De verdad Raffaele Grimaldi, uno de los empresarios más poderosos del país, se arrodilló entre mis piernas y me lamió deliberadamente hasta el orgasmo en plena calle, a plena luz del día?

No puede ser.

Esto... esto es imposible.

Completamente descartado.

*Tengo* que habérmelo imaginado.

Al parecer, mi deseo por él, debido al calor persistente que reina actualmente en Berkeley, ha tomado el control y me ha provocado alucinaciones.

No puedo explicármelo de otra manera.

Pero entonces estas alucinaciones serían tan reales que me habrían hecho llegar al clímax. Porque siento la reconfortante relajación y la completa satisfacción dentro de mí, que recorren mi cuerpo y lo ablandan por completo, hasta los dedos pequeños de mis pies.

Este orgasmo... fue real. Sin duda.

Raffaele mira su reluciente Rolex y frunce el ceño.

Nada en él indica que hace menos de dos minutos me haya saboreado de la manera más indecente con su lengua y su boca.

Nada excepto... entrecierro los ojos. ¿Esas manchas en su chaqueta son mías?

Sacudo la cabeza y dudo seriamente de mi cordura. Pero entonces Raffaele toma la palabra y así me salva de declararme loca.

—Esto es lo que va a ocurrir: después de su graduación, trabajará durante un año como mi gestora de proyectos personal. Durante este tiempo, adquirirá experiencia y establecerá contactos valiosos. Si completa el año a mi satisfacción, invertiré en su start-up

y la nombraré directora ejecutiva. Si me decepciona, se acabó su gran sueño. ¿Nos hemos entendido?

Miro a Raffaele Grimaldi perpleja y me siento bastante inferior con las bolsas de la compra, que sigo agarrando con fuerza y que están empezando a adormecer mis brazos.

—Yo... usted... ¿quiere que *trabaje* para usted?

—¿Qué parte de mi declaración no ha entendido? —gruñe Raffaele irritado.

—¿Debo mudarme a Nueva York?

Raffaele arquea una ceja y me mira con fastidio, como diciendo: *¿a dónde si no?*

—Ya está todo organizado.

Saca un sobre de su chaqueta ligeramente arrugada y lo coloca junto con la llave de mi casa encima de una de mis bolsas de la compra.

—Ahí encontrará todos los detalles. Nos veremos en dos semanas. Sea puntual y... —se acerca a mí un paso, de modo que su boca queda justo encima de mi oído—. Si le cuenta a alguien sobre su orgasmo, se cancela el trato. Yo separo lo profesional de lo personal. Siempre y sin excepción. Y como a partir del mes que viene será mi empleada, esto ha sido algo único que no se repetirá. ¿Está claro?

Su voz es baja, casi un susurro, y sin embargo la amenaza que contiene es tan inconfundible como si me estuviera gritando.

Pero es mucho más que eso: es la confirmación de que no estoy loca. De que no me he imaginado lo que ha pasado.

Raffaele Grimaldi realmente me ha dado placer con su boca. Fue *su* lengua la que me lamió hasta el clímax. Su lenguaje sucio el que me excitó. Y sus manos las que se hundieron en mis nalgas.

Estoy parada como si me hubiera caído un rayo y aunque tengo mil preguntas, ni una sola logra salir de mis labios.

En lugar de eso, miro al vacío y solo percibo cómo Raffaele se aleja enérgicamente por el sonido de sus pasos alejándose.

No tengo ni idea de cuánto tiempo permanezco allí, delante de mi puerta, intentando en vano comprender lo que acaba de ocurrir.

Me parece una eternidad, pero probablemente solo sean minutos.

En algún momento, cuando las bolsas se vuelven demasiado pesadas para seguir sosteniéndolas, salgo de mi estado de shock, dejo la compra en el suelo y abro la puerta de casa.

Me refugio en el interior y voy al baño, donde me echo agua fría en la cara e intento calmarme.

Con ojos vidriosos y mejillas sonrojadas, contemplo mi reflejo en el espejo. Es la imagen de una mujer satisfecha.

Pervertida y acalorada.

Aturdida y feliz.

Exhausta y relajada.

Mi mano derecha se desliza hacia mi muslo y bajo el borde del vestido, hacia mi centro.

Está húmedo, hinchado y sensible.

De Raffaele.

De su lengua, que me acarició, que me provocó y que me masajeó.

No importa cuántas veces intente asimilarlo... simplemente no puedo creerlo. No puedo creer que esto realmente haya sucedido. Que el mismísimo Raffaele Grimaldi haya aparecido aquí. En mi casa. Que esté interesado en mi idea de negocio. Que quiera que trabaje para él. Y... que hayamos tenido un momento íntimo.

No sé qué parte de todo esto es más absurda. Cualquiera de estos hechos por sí solo bastaría para hacerme creer que estoy soñando y que simplemente me lo he imaginado todo. Pero todos juntos... es más de lo que mi mente puede procesar y asimilar.

¿Por qué Raffaele se tomaría la molestia de volar desde Nueva York a California solo para ofrecerme un trabajo?

¿O quizás ya estaba por la zona?

Pero incluso si fuera así... ¿por qué no envió a alguien de su equipo, o me escribió un correo electrónico? ¿Por qué apareció él en persona?

¿Y de dónde viene su repentino interés por mi idea de negocio?

Estaba completamente convencida de que la consideraba horrible, y su silencio me lo había confirmado.

Y luego está el hecho de que me haya regalado un orgasmo, a pesar de que no correspondo en absoluto a su tipo de mujer.

No cumplo ni con el ideal de una actriz, ni con el de una supermodelo. Compro mi ropa en tiendas normales, no me importa la moda y solo he visto un salón de belleza desde fuera.

¿Por qué demonios un multimillonario tan impresionante y exitoso como Raffaele Grimaldi tendría interés sexual en mí?

¿Y eso después de haberme tratado siempre con tanto desdén y distancia?

Repaso mentalmente nuestro encuentro una vez más e intento darle sentido, pero no lo consigo.

Es un misterio. Raffaele Grimaldi es un maestro del disimulo y el engaño.

Primero me trata como basura, luego se arrodilla ante mí y me regala un orgasmo desinteresado, sin buscar nada para sí mismo. Y después vuelve a convertirse en ese témpano distante sin corazón.

Respiro profundamente y me recompongo. Luego regreso a la cocina y abro el sobre que me ha dado.

Con el corazón acelerado, examino rápidamente las líneas, y con cada palabra que leo, me quedo más sin habla.

En el sobre de tamaño A4 hay un contrato de trabajo, fechado hoy. Tal como Raffaele me anunció, a partir del próximo día uno trabajaré como directora de proyectos para Grimaldi Industries en Nueva York. Mi superior directo: Raffaele Grimaldi.

Tengo que frotarme los ojos ante el sueldo que me ofrece. Aunque, considerando que con mi firma acepto trabajar todas las horas y días de la semana que Raffaele considere necesarios, supongo que es justo.

En la carta adjunta al contrato también indica que una empresa de logística se encargará de mi mudanza, así que no tendré que hacer nada más que preparar una maleta con lo esencial y subir al avión hacia Nueva York, donde el departamento de recursos humanos ya me ha alquilado un piso y ha pagado tres meses por adelantado. Como bonificación de bienvenida.

Y el trato también ha quedado establecido tal como me lo describió Raffaele.

Acepto trabajar para él durante un año y a cambio, si su veredicto final es positivo, obtendré la financiación y la dirección de mi empresa.

Con un resoplido de incredulidad, bajo los papeles.

No tengo ni idea de lo que está pasando aquí ni de cómo mi vida ha podido cambiar tan fundamentalmente en una hora.

Solo sé una cosa: voy a aprovechar esta oportunidad porque me ofrece la posibilidad de hacer realidad mi sueño.

Y no sería yo si no tuviera el valor de al menos intentarlo.

De una cosa estoy segura: Raffaele no permitirá que nadie más financie mi idea. Su visita aquí lo ha demostrado de manera impresionante. Así que si quiero seguir adelante con la fundación de mi empresa, no me queda más remedio que aceptar el trato de Raffaele y hacer todo lo posible por no decepcionarle.

Esto también implica olvidar lo ocurrido hoy y enterrar mi debilidad por él. Porque por muy increíble que se haya sentido su boca y por mucho que anhele su miembro dentro de mí, me ha dado a entender inequívocamente que eso no es una opción. Como no quiero poner en peligro mi sueño bajo ninguna circunstancia, mi relación con Raffaele Grimaldi tendrá que limitarse a lo estrictamente profesional.

Aunque todavía no sé cómo lo conseguiré, como no tengo otra opción, me veré obligada a idear algo.

Hasta entonces es hora de hacer las maletas. Dentro de dos semanas comienza mi nueva vida.

# 9

## RAFFAELE




—Sé que me estoy arriesgando, pero, ¿puede ser que hoy no estés del todo concentrado? —pregunta Jonah Kent cuando mi bola de golf falla el hoyo en el que debería haber caído sin esfuerzo.

Es domingo y hemos pasado el día de ayer y hoy en los Hamptons junto con Alex y Cole, donde hemos matado el tiempo jugando al golf, disfrutando de menús gourmet, tratamientos de spa y catas de vino.

Con todos los asuntos de negocios de los que tengo que ocuparme, cada vez olvido lo divertido que es pasar un fin de semana con mis chicos. Aunque no lo demuestre externamente, porque no soy un hombre de emociones, estoy agradecido de poder formar parte de este grupo tan unido.

La verdadera amistad es escasa. Aún más escasa cuando tienes más dinero del que podrías gastar en diez vidas.

—Solo quería darte la oportunidad de conseguir algún acierto, para que tu ego no sufra aún más —respondo con calma mientras observo a Jonah posicionarse en el punto de salida y concentrarse en su próximo golpe.

Es maravillosamente ambicioso en todo lo que hace. Resulta refrescante y divertido a la vez.

Una mirada a Alex y Cole me revela que están inmersos en una conversación y no se han enterado de nuestro pequeño tira y afloja.

Esto me permite perderme un momento en mis pensamientos y centrarme en la razón por la que he fallado mi último golpe y no he conseguido un *birdie*, por lo que ahora vuelvo a estar en *par*. Aunque esto sigue siendo suficiente para mantener mi *hándicap* de cero, está claramente por debajo de mis expectativas.

Todo por ella.

Por Lauren Adams.

Mañana es el día.

Mañana Lauren Adams comienza su puesto como gestora de proyectos en Grimaldi Industries.

Por mi asistente sé que llegó a Nueva York el jueves y se instaló en su piso. Como he ganado mis miles de millones principalmente con inmobiliarias, me resultó fácil organizarle un piso luminoso, moderno y seguro cerca de la empresa. Por supuesto, el precio del alquiler está muy por encima de lo que figura en los papeles. Pero como exigiré mucho a Lauren, me preocupa que pueda disfrutar de sus periodos de descanso sin interrupciones, en lugar de vivir en alguna chabola sobrevalorada y con moho en Chinatown, porque los alquileres en Nueva York han literalmente explotado en los últimos años.

No la he visto ni hablado con ella desde mi visita. ¿Por qué habría de hacerlo? Ya está todo dicho y hecho.

Detrás de su idea de negocio podría esconderse un negocio multimillonario y si logro prepararla en los próximos doce meses a mi lado para dirigir una empresa así y la responsabilidad que conlleva, Lauren hará sonar mi caja registradora considerablemente.

Como no me canso de enfatizar, ella es una pieza de ajedrez en mi reino. Sirve únicamente a un propósito: hacerme aún más rico de lo que ya soy.

No hay nada más. Y no debe haber nada más.

Nunca he roto mi regla de hierro de no involucrarme con una empleada, y no tengo intención de hacerlo en el futuro.

Sería sumamente poco profesional y si hay algo que soy, es profesional.

Ya es bastante que me dejara llevar para lamerla frente a la puerta de su casa en Berkeley. Un momento de debilidad y ya estaba saboreando el coño de una de mis becarias.

No es un logro del que esté orgulloso. Todo lo contrario.

Pero por mucho que me esfuerce en desterrar ese recuerdo de mi cabeza, no lo consigo.

Ni el trabajo, ni el tiempo con mis amigos, ni tampoco el trato con otras mujeres contribuyen con éxito a olvidar el olor de Lauren, su sabor y los sonidos de placer que emitía.

Y ese es un maldito problema que definitivamente tengo que controlar hasta mañana.

—Eh, Raffaele... ¿estás soñando? —grita Alex desde el otro lado del campo.

Levanto la vista y descubro a los demás que están subiéndose al carrito de golf.

—Allí se está formando una tormenta de verano. Vamos a interrumpir —grita Cole señalando las nubes gris-azuladas y bajas en el horizonte—. Vamos a comer algo en el restaurante del club y a terminar la tarde tranquilamente antes de que volváis a Nueva York.

Devuelvo mi *wedge* junto a mis otros palos y me dirijo al segundo carrito, donde Jonah ya me espera con una amplia sonrisa.

—Si Cole y Alex no hubieran tenido la compasión de llamarte, ahora estarías literalmente bajo la lluvia —se ríe—. ¿Dónde tienes la cabeza? Ayer ya estabas raro. Quiero decir... siempre lo eres, pero ahora un poco más.

—Cuidado —siseo lanzándole una mirada de advertencia, ante lo cual él levanta las manos en señal de rendición y arranca.

Podemos ser amigos, pero eso no significa que vaya a permitir que me califique de *raro*. Si alguien aquí es raro, es él.

Aunque siempre actúa como un hombre de negocios serio, ambicioso y bien arreglado, ambos sabemos que solo intenta ocultar al friki que lleva dentro y que preferiría estar en algún laboratorio sin luz natural realizando extraños experimentos, en lugar de dirigir los negocios de su familia.

Pero la realidad es otra.

Conducimos a través del extenso campo del club de golf *Pitch Paradise* y llegamos al restaurante con vistas al verde intenso justo antes de que comience la lluvia.

Siguiendo las indicaciones de Cole, ya nos han reservado una mesa en la terraza protegida del viento y del agua, donde ahora nos sentamos y hacemos nuestro pedido.

—Deberíamos hacer esto más a menudo —dice Jonah estirándose en su silla—. Echo de menos los buenos viejos tiempos en los que siempre estábamos juntos y disfrutábamos de la vida.

—Deberíais hacer como yo: vender vuestro negocio y convertir vuestro hobby en profesión. Yo, por mi parte, disfruto de la vida y del *Pitch Paradise* cada día —sonríe Cole, completamente satisfecho consigo mismo y con el mundo.

Me aparto de la conversación porque no me interesan las charlas triviales y no las considero productivas. Lo mismo ocurre con recrearse en los recuerdos. Porque así es: cuanto más tiempo pasa, más se desvanecen los recuerdos negativos, mientras que los positivos se afianzan aún más.

Eso está incluso científicamente probado.

Además, no hay nada que quiera cambiar.

Disfruto de mi vida tal como es.

No quisiera perderme los años en Berkeley, pero ahora se trata de moldear activamente mi futuro, en lugar de perderme pasivamente en mi pasado.

A veces desearía ser un soñador como Jonah. O tener la despreocupación de Alex. O la serenidad de Cole.

Pero soy como soy y me he resignado a ello.

Ser parte de la familia Grimaldi conlleva expectativas. Altas expectativas. Expectativas que no se pueden cumplir si no te centras en ellas al cien por cien.

Y ya que *yo* fui el elegido para dirigir y continuar con los negocios familiares, es *mi* responsabilidad ejercerlos con éxito y diligencia. Una responsabilidad que pretendo cumplir a toda costa.

# 10

## LAUREN




La última vez que esperé en este vestíbulo, mi estancia terminó en un desastre. Me avergoncé hasta los huesos porque resbalé y me caí en el suelo de mármol pulido con mis zapatos de tacón.

Para que hoy no me vuelva a ocurrir, he optado por zapatos de tacón ancho.

No me he atrevido a presentarme aquí con zapatillas deportivas o incluso con zapatos planos. Porque según todo lo que se lee sobre Grimaldi Industries, Raffaele Grimaldi valora mucho una apariencia pulcra, cuidada e impecable. Y como de su juicio depende si mi sueño se hace realidad o no, no quiero darle ningún motivo para que decida en mi contra.

Son casi las ocho y, como la última vez, he llegado demasiado temprano. Llevo media hora sentada en el vestíbulo esperando que me permitan subir. Pero hasta ahora no ha ocurrido nada. Aunque el recepcionista ha avisado a la asistente de Raffaele de que he llegado, ella aún no ha aparecido.

Como me citaron para las ocho, esto no es sorprendente. Probablemente esté ocupada preparando todo para la llegada de

Raffaele a la oficina, y lo último que le apetece ahora es atenderme y orientarme.

Cruzo las piernas y balanceo el pie mientras intento tragar el nudo que se me ha formado en la garganta.

Qué rápido cambia la vida.

Ayer todavía era estudiante y hoy soy empleada de Grimaldi Industries. Bueno, quizás eso sea una pequeña exageración, ya que mi graduación fue la semana pasada. Pero realmente no he tenido mucho tiempo para acostumbrarme a mi nueva vida y a este nuevo capítulo.

Mientras la mayoría de mis compañeros de clase se toman un mes de descanso y unas largas vacaciones junto al mar, yo he estado ocupada con mi mudanza. Aunque la empresa que me ayudó con la mudanza fue de gran ayuda, aun así hubo mucho que hacer hasta que mi piso en Nueva York pareciera mínimamente habitable, mi nevera cobrara vida y se completaran todos los trámites con las autoridades locales.

Por eso siento que no he tenido ni un minuto para aclimatarme. Aparte del hecho de que estoy bastante cansada y agotada, esto también tiene sus ventajas.

Así al menos no he tenido tiempo de obsesionarme demasiado con Raffaele ni de imaginarme mil escenarios diferentes sobre cómo podría ser nuestro reencuentro.

Eso lo he compensado en la última media hora.

Mi mirada ha ido una y otra vez hacia la entrada, esperando verlo aparecer en cualquier momento a través de las puertas corredizas de cristal de varios metros de altura.

Hasta ahora no ha aparecido y no estoy segura de si debería alegrarme o entristecerme por ello.

—¿Señorita Adams? —llama una mujer corpulenta de unos treinta años que se acerca a mí con una sonrisa cortés en los labios.

Me levanto rápidamente y le extiendo la mano.

—Sí. Sí, soy yo.

La mujer con el pelo castaño a la altura de la barbilla y un llamativo traje pantalón naranja toma mi mano y la estrecha.

—Soy Beatrice, la asistente personal del señor Grimaldi. Encantada de conocerla.

—Igualmente.

Beatrice parece amable, abierta y nada estresada. De alguna manera me había imaginado a la secretaria de Raffaele completamente distinta. Que todavía tenga una sonrisa en los labios a pesar del trabajo diario con él es realmente notable. Sin embargo, me abstengo de hacer este cumplido porque indirectamente estaría insultando a su jefe y no sé cuán leal es Beatrice hacia él.

—Venga. Subamos para que pueda mostrarle todo. Aquí tiene su identificación de empleada.

Me entrega una credencial con foto, nombre y puesto de trabajo, que observo con el ceño fruncido y me cuelgo alrededor del cuello.

*Lauren Adams - Directora de Proyectos*, dice.

Sigo a Beatrice hasta los ascensores y me esfuerzo por no dejar notar lo nerviosa que estoy. Aun así no se le escapa, lo cual no es sorprendente considerando que trabaja para Raffaele y por lo tanto debe tener un ojo entrenado.

—No hay razón para preocuparse. El señor Grimaldi puede parecer duro y despiadado por fuera, pero se puede aprender mucho de él. Es un genio y un visionario. Ha elegido usted al mejor maestro.

Me fuerzo a esbozar una sonrisa y asiento.

—Mire, Lauren, no tiene que caerle bien para aprender de él. Cualquier cosa que haga y diga, o lo que *no* haga y diga: nunca lo tome como algo personal. Intente extraer comentarios constructivos y tomarlos como una oportunidad para mejorar.

—Gracias. Lo intentaré —murmuro avergonzada y suspiro aliviada cuando las puertas del ascensor se abren y revelan el piso ejecutivo de Grimaldi Industries.

Dejamos atrás la zona de recepción y nos dirigimos directamente hacia las oficinas orientadas hacia el río Hudson.

—Esta es la oficina del señor Grimaldi —dice Beatrice y abre una puerta de cristal esmerilado, tras la cual se encuentra una oficina digna de un ático.

Miro dentro asombrada. La oficina de Raffaele es más grande que todo mi piso.

Frente a los amplios ventanales que llegan hasta el suelo está su escritorio con una silla de cuero negro que lleva sus iniciales, y tan grandes que puedo verlas sin problema desde aquí.

Frente a él, al otro lado del escritorio, hay dos sillas para visitantes. A izquierda y derecha en las paredes hay grandes monitores de televisión que muestran las noticias mundiales, la bolsa y un canal deportivo. Una zona de estar adorna el lado derecho y una sala de conferencias separada el lado izquierdo de su oficina. Detrás de una puerta entreabierta puedo ver un baño.

—Perfectamente podría vivir aquí —comento asombrada, lo que provoca una risa divertida de Beatrice.

—Podría. Pero, ¿por qué debería? Tiene propiedades privadas en Nueva York, Beverly Hills, Miami, Boston, Aspen, Dubái, Milán, Roma, Tropea, Londres, París, Tokio, St. Moritz, St. Barth, St. Tropez, Zúrich y Estocolmo. Créame, no tiene necesidad de vivir en su oficina.

Me muerdo el labio inferior y reprimo un gesto de incredulidad ante lo increíblemente rico que es este hombre.

Todavía me cuesta creer que a partir de ahora voy a trabajar para él y con él. A diferencia de él, yo no poseo nada.

Vengo de un entorno humilde. Mis padres solo tienen el título de bachillerato. Mi madre es camarera en un bar y mi padre trabaja como mecánico en un taller de coches.

Les llevó décadas terminar de pagar nuestra pequeña casa en las afueras de Helena, Montana. No sé lo que es ir de vacaciones. Nunca tuvimos dinero para eso. Eso no significa que me haya faltado algo alguna vez. Tuve la suerte de crecer en uno de los estados más hermosos de EE.UU., donde la belleza de la naturaleza es accesible gratuitamente para todos.

Lo pobre y sin recursos que realmente era no lo descubrí hasta mucho más tarde, durante mis solicitudes para la universidad, cuando investigué activamente cuánto costaba realmente estudiar.

Para ahorrar dinero, quería asistir a un Community College en Helena. Así habría podido seguir viviendo en casa y ahorrarme el

coste de un piso propio, pero mi orientadora universitaria me animó a solicitar plaza en las universidades de élite de este país y me habló de becas que podrían ayudarme con la financiación.

De hecho, fui aceptada tanto en Duke como en la Universidad Cornell, y me enfrenté al problema de lujo de tener que elegir entre dos de las mejores universidades de EE. UU.

Al final, Duke me ofreció una beca más alta, por lo que me decidí por ella. Pero desafortunadamente, esa beca no era suficiente para cubrir todos mis gastos, así que tuve que buscar un trabajo a tiempo parcial que requiriera poco tiempo y me proporcionara mucho dinero.

Un sueño, en realidad pero realmente existía, ese trabajo. Solo que desgraciadamente era todo menos presentable. Y si pudiera deshacer mi decisión de entonces, lo haría, aunque no sabría cómo habría podido financiar mis estudios de grado de otra manera.

—¿Señorita Adams? —la voz de Beatrice penetra en mis oscuros recuerdos—. Ahora le mostraré su lugar de trabajo.

—De acuerdo —me apresuro a decir, sacudiendo los pensamientos de aquel entonces. Lo que pasó, pasó. Ya no importa. Ahora estoy aquí. Lo he conseguido. Y he hecho lo que tenía que hacer para lograrlo. No he herido a nadie ni he matado a nadie. Así que no hay razón para seguir aferrándome a eso.

Beatrice me guía por la antesala, donde está su oficina, hasta una pequeña habitación lateral.

—En realidad, esta era mi sala de archivos, pero como no había otra forma de ubicarla cerca del señor Grimaldi, hemos reorganizado y le hemos preparado esta habitación como despacho. Sé que no es precisamente bonita, pero...

—Es perfecta —le aseguro cortésmente—. Tiene una ventana, una fuente de luz natural, un escritorio, una silla y un ordenador. No necesito más.

—Bueno entonces —dice Beatrice, y la incomodidad desaparece de su rostro—. El departamento de informática ya ha configurado su ordenador, así como el portátil correspondiente. El teléfono de la empresa y el móvil de trabajo los encontrará junto al teclado. Allí

también está el primer proyecto que debe revisar. Si por el momento tiene todo lo que necesita...

—¡Beatrice! A mi despacho. Inmediatamente —la interrumpe en mitad de la frase una voz afilada e impaciente.

Sin embargo, parece estar acostumbrada a este tono áspero. A diferencia de mí, ni siquiera pestañea, sino que simplemente responde:

—En seguida, señor Grimaldi. Acabo de mostrarle a la señorita Adams su despacho y...

—¿Qué parte de la palabra *inmediatamente* no entiende, Beatrice? —gruñe Raffaele.

No puedo verlo, solo oírlo, y a juzgar por el volumen decreciente de su pregunta, ya está a medio camino hacia su despacho.

—Lo siento. Tengo que irme —Beatrice señala con pesar con el pulgar por encima del hombro y se apresura a marcharse sin esperar mi respuesta.

Me quedo indecisa un momento, luchando con las emociones que se agitan dentro de mí.

Me ha ignorado. Raffaele. Ha actuado como si yo no estuviera aquí.

Soy consciente de que solo soy una empleada pequeña e insignificante para él, pero teniendo en cuenta el hecho de que a partir de ahora voy a trabajar a su lado e incluso me han alojado en la planta ejecutiva para ello, ¿no sería demasiado pedir al menos rebajarse a un simple *hola*, ¿verdad?

Pero aparentemente Raffaele Grimaldi no lo necesita.

Bien.

Pues nada.

Estoy deseando descubrir cómo va a funcionar una colaboración entre nosotros si me trata como si fuera invisible.

Seguro que va a ser estupendo.

Cierro los ojos, respiro hondo y voy a mi escritorio, donde enciendo el portátil, desbloqueo el móvil y reviso los documentos del proyecto que me han dejado sobre la mesa.

El tiempo vuela y antes de darme cuenta, han pasado dos horas. Dos horas en las que no he bebido ni un solo sorbo de agua.

Busco algo de beber en mi despacho, pero no encuentro nada. Como de todos modos necesito ir al baño, decido matar dos pájaros de un tiro y preguntarle a Beatrice después.

Cuando salgo de mi minúsculo despacho y recorro los pocos pasos hasta su escritorio, no está en su sitio.

Echo un vistazo al despacho de Raffaele, cuya puerta está cerrada. Seguro que no le voy a preguntar por el baño. Ni por la cocina. Sería algo así como saltar desde el tejado de la Torre Grimaldi con la esperanza de aterrizar ilesa sobre los dos pies.

En otras palabras: suicidio garantizado.

Con cautela, salgo del área de la oficina de Raffaele y me encuentro en un pasillo con varias oficinas y antesalas a derecha e izquierda.

Busco una cara amable que no me arranque la cabeza en cuanto interrumpa su trabajo y estoy a punto de girar a la derecha, cuando alguien me da un toque en el hombro desde atrás.

—Hola. ¿Buscas algo en particular?

Me giro hacia la voz masculina desconocida y descubro a un joven simpático de mi edad.

—Soy Corey Norman. El asistente de la directora financiera —me aclara—. ¿Y tú quién eres?

—Lauren. Lauren Adams. Trabajo para el señor Grimaldi. En gestión de proyectos. Hoy es mi primer día —me sale atropelladamente.

Corey sonríe con empatía.

—Pues entonces: si nadie te lo ha dicho aún: bienvenida.

—Gracias —respondo conteniendo una sonrisa—. ¿Podrías decirme dónde están los aseos y la cocina?

—¿Qué? —exclama Corey fingiendo indignación—. ¿Beatrice no te ha enseñado la sala de escape y el centro de supervivencia?

—¿El *qué*? —pregunto sin poder contener más la sonrisa.

Corey parece un tipo divertido. Aunque lleva, como todos aquí, un traje caro, su pelo castaño está alborotado y da una impresión muy accesible y relajada.

—Pues la sala de escape. El aseo. Cuando necesites un descanso, te escapas al váter. Es el único lugar al que no te seguirán. Y para

sobrevivir a todas las horas extra que te exigirán aquí, tienes que saber dónde se encuentra el centro de supervivencia con el oro líquido que mantiene tu cuerpo con vida. Venga, te lo enseño. No quiero ser responsable de tu muerte prematura.

Corey se pone en marcha y le sigo.

Justo cuando llegamos al final del pasillo, Raffaele, acompañado por Beatrice, dobla la esquina. Lleva uno de sus trajes italianos a medida que resalta cada uno de sus músculos esculpidos en piedra. Su pelo negro está peinado estrictamente hacia atrás y su mirada oscura se dirige decidida hacia delante.

No hay duda de que me ha visto. El pasillo es ancho, pero no tanto como para no ver a la persona que viene en dirección contraria.

Sin embargo, no me dedica ni una mirada y pasa junto a mí sin decir palabra. Su caminar es tan enérgico que me golpea una ráfaga de aire cuando nuestros caminos se cruzan y su intenso eau de parfum italiano me inunda la nariz.

Huelo a sándalo y ámbar, con un toque de cuero y tabaco, y me permito, por un breve momento, cerrar los ojos y dejar que mis sentidos se inunden con ese aroma masculino y seguro de sí mismo.

—Ese de antes, por cierto, era tu jefe —comenta Corey guiñando un ojo cuando llegamos a la cocina.

—Sí, lo sé —suspiro—. Al parecer ha decidido ignorarme.

—Deberías alegrarte, Lauren. Es mejor estar fuera del radar de Raffaele Grimaldi que dentro, créeme. Mientras te ignore, estás a salvo de él.

Resoplo entre divertida y perpleja.

—Casi suena como si fuera peligroso y hubiera que tener cuidado con él.

—Bueno... —Corey chasquea la lengua—. Dicen que tiene conexiones con la mafia italiana y si me preguntas a mí —baja la voz con aire conspirativo—, es más que probable. El tipo es frío como el hielo y sin escrúpulos.

—Simplemente es un empresario de éxito que lucha con mano dura.

Corey arquea las cejas sorprendido.

—Vaya. Eres la primera empleada que defiende al gran jefe. A ver cuánto dura eso. Esperemos a que te arranque la bonita cabeza por primera vez y se la desayune. Entonces hablamos otra vez.

—Eso... eso no lo dirás en serio, ¿verdad? —tartamudeo.

—Digamos que todos estamos de acuerdo en que Raffaele Grimaldi es uno de los líderes empresariales más brillantes y geniales de esta generación. Nadie le llega al agua. Es casi inhumano lo talentoso que es. Pero también creemos que, para llegar hasta ahí, debió vender su alma al diablo.

—No es la primera vez que oigo eso —murmuro mientras doy un sorbo al café que Corey me tiende. También hay varios artículos periodísticos que afirman esto sobre Raffaele. Metafóricamente hablando, por supuesto.

Sea como sea, en un punto todos parecen estar de acuerdo: Raffaele Grimaldi une a Dios y al diablo en una sola persona.

# 11

## RAFFAELE




—¿Señor Grimaldi? Si a usted le parece bien, voy a terminar mi jornada —dice Beatrice al entregarme las copias que le había pedido, poco después de las ocho de la tarde.

—Sí, váyase —le respondo absorto en mis pensamientos mientras tomo los documentos de sus manos.

Estoy trabajando con el informe de construcción de un gran hotel en Boston, donde el progreso deja mucho que desear. Esto me irrita enormemente, porque tenemos directrices estrictas que debemos cumplir si no queremos que los inversores nos abandonen.

Enfadado, abro mi correo electrónico y concerto una reunión con el jefe de obra para mañana a las ocho de la mañana. Me da igual si tiene que salir de Boston en mitad de la noche para llegar puntual. El hecho de que me haya ocultado posibles problemas y que solo ahora me entere de esta desafortunada situación es motivo de despido. Sería mejor para él tener buenos argumentos mañana para convencerme de lo contrario.

Durante la siguiente hora, reviso los correos electrónicos preseleccionados que Beatrice me ha reenviado y contesto los más importantes. Finalmente, repaso mi agenda para mañana y le envío

un mensaje de voz a Beatrice informándole de todo lo que necesito. Como siempre llega antes que yo a la oficina, se encargará de ello a primera hora de la mañana.

A las nueve y media apago el ordenador, me levanto, cojo mi chaqueta del respaldo de la silla y salgo de mi despacho.

No estoy de buen humor, lo que se debe por un lado a que odio que me oculten información —como el proyecto problemático en Boston— y por otro, a que hoy es el primer día de Lauren en Grimaldi Industries.

He intentado ignorarlo. He intentado ignorarla a *ella*. Su figura delicada, casi de muñeca. Su largo y tentador cabello rubio. Sus inocentes ojos azules. Pero, como debo admitirme a mí mismo, no lo he conseguido.

Normalmente, después de un fin de semana, estoy productivo, lleno de energía y descansado. Pero este lunes es diferente.

Aunque el fin de semana de golf en los Hamptons me distrajo de pensar en el primer día de Lauren, fue lo último en lo que pensé antes de dormir ayer y lo primero que me vino a la mente al despertar hoy. Y es lo que me ha estado distrayendo constantemente hoy de mis responsabilidades como director general. En los momentos más inoportunos.

Y eso me irrita profundamente.

Siempre tengo mis pensamientos bajo control. *Yo* decido en qué o en quién pienso y cuándo. Solo yo, y no alguna hormona descontrolada dentro de mí que ha decidido salirse de la fila.

Es tremendamente molesto y aunque, desde un punto de vista racional, sé que Lauren no tiene la culpa de mi estado de ánimo desequilibrado, la culpo por ello y la trato en consecuencia.

Pero soy *yo* quien se interpone en mi camino. Aunque Lauren sea el origen de mi miseria.

Ella es un valor añadido para la empresa y tiene un potencial con el que se pueden lograr grandes cosas si se desarrolla adecuadamente. Es un motor del futuro: inteligente, ambiciosa y trabajadora. Aunque esto puede aplicarse a muchas personas, Lauren se encuentra en el extremo superior de la escala y posee ese algo especial que no se puede captar ni expresar con palabras.

O lo tienes o no lo tienes. No se puede aprender y es imposible adquirirlo, sin importar cómo. Naces con ello o nunca lo experimentarás.

Y Lauren lo tiene. Igual que yo lo tengo. Solo que ella no es consciente de ello y no puede recurrir a una familia que lo reconozca y lo fomente, como fue mi caso.

Así que seré su mentor y lo sacaré de ella.

Me convenzo a mí mismo de que lo hago únicamente por el beneficio monetario que puede generar para Grimaldi Industries, pero la verdad es que también lo hago porque siento que es mi deber ayudarla a despertar ese superpoder que aún permanece oculto en ella.

Lo interesante, sin embargo, es el *por qué*. *Por qué* siento que es mi deber hacerlo. Y la respuesta me consterna, me enfurece e inquieta a partes iguales.

Me importa Lauren Adams. Tengo debilidad por ella. Y son precisamente las cualidades con las que no puedo hacer absolutamente nada las que tanto me fascinan de ella.

Su risa radiante, cálida y sincera. Mientras que yo odio reír. La vida es malditamente miserable y cruel. ¿De qué hay que reírse? Además, la mayoría de la gente solo quiere fastidiarte o clavarte un cuchillo por la espalda. Reír es prácticamente lo último que me apetece.

Y luego está su forma de ser amable, acogedora e ingenua, por la que le han puesto el apodo de *Rayito de sol*.

En mi caso, sería más bien *Tormenta del milenio* combinada con *Tsunami monstruoso* y *Ventisca apocalíptica*. Tengo tanto en común con el sol como la lluvia, y sin embargo me siento atraído por ella. Esto no tiene el más mínimo sentido.

Y para colmo, está el hecho de que soy el diablo y fantaseo con follarme a un ángel. Un ángel de pelo largo y rubio, y grandes ojos azules inocentes. Un ángel con labios rojos y dulces para besar, que veneren mi polla y le muestren el respeto necesario.

¡Joder! Solo el pensamiento de Lauren arrodillada ante mí, mirándome con sumisión y dejando que mi erección se deslice profundamente en su garganta, hace que me ponga duro de nuevo.

Emito un gruñido frustrado y salgo de mi despacho con pasos enérgicos. Cuando atravieso la antesala y giro hacia el pasillo, casi choco con el origen de mi mal humor.

Lauren.

Está equilibrando una taza de café en su mano, cuyo contenido ahora, debido a su movimiento brusco, se balancea peligrosamente y amenaza con derramarse.

—¿No puede tener más cuidado? —gruño—. Tiene un talento único para ponerse en el camino de la gente.

Ante mis palabras, el brillo desaparece de la mirada de Lauren y no hay que ser adivino para darse cuenta de que mi comentario la ha herido.

Me odio por tratarla tan fríamente, pero es la única forma de ocultar mis sentimientos hacia ella.

—¿Qué hace todavía aquí a estas horas? ¿Le supera el trabajo que le he encargado? —continúo, ignorando la punzada en mi pecho que se clava en mi corazón como un piolet de hielo cayendo, mientras los ojos azul cielo de Lauren pierden aún más su brillo con mis palabras.

—El trabajo no me supera, señor Grimaldi —responde casi sin voz.

—¿Entonces? —pregunto con brusquedad.

—Quería esperar hasta que se marchara, para asegurarme de que tiene todo lo que necesita. Además...

—Para eso tengo una *asistente personal*, señorita Adams. ¿Acaso no le han explicado sus tareas? ¿O es que no las ha entendido?

Lauren traga saliva y guarda silencio. Estoy a punto de lanzar otro golpe verbal cuando endereza los hombros y una mirada de determinación se extiende en su rostro.

—Sí, me las han explicado. Pero podría ser que quisiera hablar conmigo, ya que hoy no ha intercambiado ni una sola palabra conmigo. Al fin y al cabo, ahora trabajo para usted.

—Si quiero hablar con usted, señorita Adams, la haré llamar. Ya sean las 12 del mediodía o las 12 de la noche. Y si entonces está en casa, se pondrá en camino a la oficina inmediatamente. Igual que cualquier otra persona en esta empresa. Usted no es ni una

excepción ni alguien especial. Así que no hay razón para estar aquí sentada sin hacer nada. Aproveche los momentos de descanso para recuperar fuerzas y no intente impresionarme con horas extras que pasa bebiendo café. Yo juzgo a mis empleados por su rendimiento, no por el número de horas. Calidad, no cantidad, señorita Adams. Buenas noches.

Paso junto a Lauren, que está ahí de pie, atónita, sin saber qué le está pasando. El alegre rayo de sol acaba de ser devorado por despiadadas nubes de tormenta. La luz se ha apagado. Y la oscuridad ha vuelto a vencer.

Solo que esta vez no se siente ni remotamente tan bien como todas las anteriores cuando he destruido a una persona. Es más: se siente como si me acabara de destruir a mí mismo.

# 12

## LAUREN




Con la cabeza gacha, salgo de la Torre Grimaldi poco antes de las diez de la noche, esforzándome por mantener la compostura.

No quiero romper a llorar antes de llegar a casa, aunque difícilmente podría llamar a mi piso mi *hogar*.

Al fin y al cabo, ni siquiera llevo una semana viviendo allí, y muchas cosas en el piso y en el edificio me resultan aún extrañas. Igual que Nueva York. Mi nuevo hogar.

Apenas conozco a nadie aquí. No tengo amigos, y aunque realmente no soy una persona que necesite la compañía de otros para ser feliz, en momentos como este soy dolorosamente consciente de lo sola que estoy en realidad.

El éxito trae soledad. Eso es algo que he tenido que aprender por las malas.

Mientras yo me dedicaba a mis estudios y en mi tiempo libre trabajaba en mi sueño, la mayoría de mis compañeros de universidad salían y disfrutaban plenamente de sus jóvenes y despreocupados años.

Sabían que esa ligereza terminaría con su entrada en la vida laboral y las responsabilidades que conlleva, así que aprovecharon al

máximo su época universitaria.

Al principio todavía me invitaban y me pedían que saliera de fiesta con ellos, pero en algún momento se rindieron y dejaron de preguntar.

Es culpa mía. No suya. Realmente no puedo quejarme, porque siempre fueron amables y corteses conmigo. Pero se limitó precisamente a eso: al intercambio superficial de amabilidades y cortesías.

Nunca se desarrolló una amistad verdaderamente profunda, lo que es únicamente responsabilidad mía. Elegí *mi* carrera *por encima de* una vida social sana.

Y eso siempre me ha funcionado bien. Nunca me ha importado demasiado depender solo de mí misma. Pero desde que Raffaele Grimaldi entró en mi vida, me siento como David en una batalla sin esperanzas contra Goliat.

Sería agradable tener a alguien con quien hablar sobre esto. Sobre el hecho de que no entiendo por qué Raffaele me trata de manera tan despectiva y condescendiente. Sobre que no puedo explicarme cómo puede lamerme con devoción en un momento y luego ignorarme deliberadamente al siguiente.

Y por qué quiere que trabaje tan estrechamente con él y que tenga una oficina en su planta, cuando es tan obvio que me considera una molestia.

Me confunde. Me confunde tanto que me da vueltas la cabeza y ya no sé dónde está arriba y dónde abajo.

Y hoy es solo lunes. Día uno de 365.

¿Cómo demonios voy a soportar todo un año al lado de este hombre, si cada vez que nos encontramos me hace llorar?

Normalmente no soy una persona que llore con facilidad, y romper en lágrimas no es propio de mí. Pero Raffaele puede ser tan hiriente y cruel que sus ataques me llegan directamente al corazón y al alma.

Creo que nunca entenderé cómo una persona puede ser así.

—¡Eh, Lauren! —oigo gritar a Corey no muy lejos de mí.

Levanto la cabeza y miro a mi alrededor desconcertada.

—Aquí —grita y me hace señas.

Corey está de pie frente a la entrada de un bar llamado *Golden Shark* que parece ser el tipo de lugar donde los ejecutivos van a tomar una copa después del trabajo.

Me acerco a él e intento hacer todo lo posible para que no se note mi abatimiento.

—Tu cabeza sigue en su sitio y pareces —aunque cansada— muy viva. Eso hay que celebrarlo. ¿Me acompañas a tomar algo? Así te presento también a nuestros compañeros de sufrimiento.

Le dedico una sonrisa a Corey y lucho internamente conmigo misma. En realidad, no tengo ganas de charlar y estar en compañía. Preferiría acurrucarme en mi sofá y ver alguna película inofensiva donde todos se aprecian y se tratan con respeto.

Pero también recuerdo lo que pensaba hace menos de cinco minutos: que estoy sola.

Y Corey me está ofreciendo una salida que es, al mismo tiempo, una oportunidad para establecer nuevos contactos y adaptarme a Nueva York.

Así que me sobrepongo y asiento agradecida.

—Claro —respondo y espero a que termine de fumar su cigarrillo antes de entrar.

—Estamos sentados allí. En esa mesa de la esquina izquierda —grita para hacerse oír por encima de la música y señala con el brazo hacia las mesas del fondo.

Le sigo y me deslizo entre la multitud de gente que se aglomera aquí. Aparentemente este bar es bastante popular, porque está completamente lleno, incluso a estas horas tardías de un lunes.

—Eh, chicos, escuchad —dice Corey haciéndose oír, tras lo cual siete pares de ojos se vuelven hacia él y las conversaciones en la mesa cesan—. Esta es Lauren. Trabaja para el demoniodiós y ha sobrevivido con éxito a su primer día en el infierno sin morir en el intento. ¿Qué decís? ¿No merece una ronda de aplausos?

Los demás estallan en risas, aplauden y silban con admiración, lo que me resulta terriblemente embarazoso, pero sigo el juego y no dejo que noten mi incomodidad.

—Bueno entonces, vamos a conseguirte una copa y luego hacemos una pequeña ronda de presentaciones —dice Corey y hace

señas a la camarera—. ¿Qué quieres beber?

—Martini —decido espontáneamente, aunque en realidad rara vez bebo alcohol. Pero considerando el día de hoy, un trago de alcohol me parece bastante apropiado para olvidarlo lo antes posible.

—Siéntate con nosotros —me ofrece una morena delgada que se presenta como Amber Willis y junto con Corey se encarga de la ronda de presentaciones.

Así, en poco tiempo, sé que todos los hombres y mujeres sentados a la mesa trabajan para Grimaldi Industries y que, a pesar de las altas expectativas de la dirección, parece que les gusta trabajar allí.

—Se puede decir lo que se quiera del Diablo Divino, pero reconoce y valora el rendimiento de sus empleados —opina Silvan, un junior manager de *Controlling*—. No asciende por simpatía, sino por rendimiento. Quien trabaja duro y con objetivos claros, asciende rápidamente en Grimaldi Industries. Eso es diferente en la mayoría de empresas. Allí sólo importa quién te protege y quién te propone para un ascenso. Se trata de política, no de capacidad. Con Grimaldi es distinto.

—Y además, es aterrador lo bien que nos conoce a todos —añade Sophie, una manager de marketing del equipo de redes sociales—. Uno pensaría que con tantos empleados somos solo números insignificantes para el gran jefe, pero nos tiene a todos controlados. Aunque finja no conocernos, lo sabe todo. No tengo idea de cómo lo consigue. Quizás sea cierto lo que se cuenta: Raffaele Grimaldi ha hecho un pacto con el diablo y por eso posee habilidades sobrehumanas. Un Diablo Divino, vamos.

—Tonterías —ríe Robin, uno de los senior managers del departamento de IT—. Tú y tus cuentos. Deberías leer menos novelas de fantasía y participar más en la vida real.

—Eso no tiene nada que ver —se defiende Sophie—. ¿No te parece extraño que no sepamos prácticamente nada sobre Raffaele Grimaldi, pero él lo sepa todo sobre nosotros?

—Ha formado parte de la empresa desde hace una eternidad, aunque solo se convirtió en nuestro gran jefe tras la repentina

muerte de su padre. Además, simplemente mantiene su vida en privado —dice Robin encogiéndose de hombros—. Puedo entenderlo. Cuando eres tan famoso y rico como él, mantienes tu círculo de confianza lo más reducido posible.

—O quizás tiene algo que ocultar —dice Sophie, mordisqueándose pensativamente el labio inferior.

—No empieces otra vez con la historia de la mafia, Soph —suspira Robin—. Raffaele Grimaldi no es uno de tus novios literarios de novelas románticas de mafiosos.

—¿Cómo sabes lo que es un novio literario? —se pregunta Sophie frunciendo el ceño.

—Tengo una novia apasionada por la lectura —le aclara Robin—. Y me cuenta cada día con qué fantásticos sementales pasa las noches, mientras yo duermo plácidamente a su lado sin sospechar nada.

Una risa generalizada se extiende y yo tampoco puedo evitar sonreír.

Quizás no fue una idea tan tonta animarme y terminar la noche en un bar con mis compañeros de trabajo.

Doy un sorbo a mi martini y decido que no voy a permitir que Raffaele Grimaldi me arruine también la velada.

Por eso dirijo la conversación en otra dirección y pregunto mejor por los restaurantes y cafés de moda actualmente en Nueva York.

Es tarde cuando finalmente llego a casa, me ducho y me meto en la cama, cansada pero feliz. En cuestión de diez segundos me quedo dormida y me despido del mundo real para el resto de la noche.



*—Las manos en la pared. Ni se te ocurra moverte —me susurra Raffaele amenazadoramente al oído, antes de morderme el lóbulo de la oreja para darme una pequeña muestra de lo que me espera si me opongo a él.*

*Sus manos recorren la parte exterior de mis muslos y suben mi vestido por encima de las caderas.*

*Gruñe excitado cuando descubre las medias con liguero que llevo debajo y el tanga transparente cuyo fino cordón desaparece entre mis nalgas.*

*—Voy a follarte ahora y quiero que no emitas ni un solo sonido. ¿Me has entendido? —murmura y presiona su erección contra mi trasero.*

*Jadeo y me aprieto contra él, lo que hace que me agarre la nuca y me eche la cabeza hacia atrás bruscamente.*

*—¿Me has entendido, Lauren?*

*—Sí —balbuceo sin aliento—. Lo he entendido.*

*—Bien.*

*Me libera de su implacable agarre y baja el tanga hasta mis corvas.*

*Escucho cómo abre la cremallera de sus pantalones de traje detrás de mí y percibo el sonido crujiente de un envoltorio de condón que está siendo rasgado.*

*—No te gires —ordena Raffaele, enfatizando claramente cada palabra.*

*Presiono las palmas de mis manos contra la pared y espero. Espero a lo que hará a continuación. Espero a que me libere.*

*—Inclínate hacia delante —exige y agarra mis caderas—. Dame tu trasero y separa tus piernas. Y que Dios se apiade de ti si pierdes el equilibrio con esos tacones mientras te follo.*

*Miro hacia abajo y trago saliva al ver los tacones mortalmente altos que nunca antes había visto en mis pies.*

*En realidad, no sé cómo hemos acabado en la oficina de Raffaele. Pero estamos aquí. Solos. Sin interrupciones. Expuestos.*

*Fuera está completamente oscuro y solo una discreta lámpara de pie a mi derecha baña la habitación con una débil luz.*

*Hago lo que Raffaele me ha ordenado y poco después siento su erección en mi entrada.*

*—¿Estás húmeda para mí, Lauren? —susurra en mi oído—. ¿No es esto exactamente lo que has deseado todo el día? ¿Imaginarte cómo te tomo con fuerza y te doy lo que necesitas?*

*Una risa conocedora llena la habitación cuando toca mi hendidura húmeda y se siente confirmado en su suposición.*

*—Qué chica más traviesa —me regaña con reproche—. Te pago para que hagas avanzar mis proyectos, pero en cambio solo piensas en acostarte conmigo.*

*Trago saliva de nuevo y se me corta la respiración cuando Raffaele se introduce en mí sin previo aviso.*

*—Joder, qué estrecha estás —gime y apoya su frente en mi hombro.*

*Gracias a mis tacones increíblemente altos, apenas tiene que ponerse de rodillas para tomarme desde atrás. Algo que parece excitarle enormemente. Y a mí también.*

*—Por favor... —suplico—. Sigue.*

*Raffaele levanta la cabeza y recorre con su lengua los contornos de mi oreja.*

*—¿Que siga? Ni siquiera he empezado, cariño. No tienes absolutamente ni idea de lo que estás deseando.*

*Sale lentamente de mí. Me deja sentir lo grande que es y cómo me llena por completo.*

*Pero apenas tengo tiempo de disfrutar de esta sensación embriagadora cuando ya está embistiéndome de nuevo, haciendo que todo el aire escape de mis pulmones.*

*—Mmmm —gruñe Raffaele con lujuria—. Tan cálida y húmeda. Justo como me gusta. Tu pequeño coño parece hecho para mí, Lauren. Veamos cuánto aguantas.*

*Raffaele sale de mí una vez más, solo para hundirse de nuevo inmediatamente, pero esta vez no se detiene para saborear el dulce dolor, sino que continúa con embestidas rápidas y precisas.*

*Apoyo mis manos contra la pared y me esfuerzo por amortiguar sus duras embestidas y mantener el equilibrio.*

*Raffaele folla de manera brusca e implacable. También increíblemente bien.*

*Siento cómo el orgasmo se construye en mí demasiado rápido y demasiado pronto, porque con cada penetración, su miembro frota un punto hipersensible dentro de mí que inflama mi cuerpo y me hace derretir.*

*No podré retrasar el clímax por mucho más tiempo, por más que luche contra ello.*

*Esto se siente demasiado fantástico para combatirlo.*

*—Ni se te ocurra correrte —jadea Raffaele detrás de mí y refuerza su agarre en mis caderas—. Puedo sentir cómo te contraes a mi alrededor y te apoderas de mi polla. Eres desobediente. Eres codiciosa. Y eres impaciente. Y por todo eso me las pagarás, Lauren Adams. Aprenderás a obedecerme. Y lo harás por las malas.*

*Raffaele me muerde el cuello y exploto gritando en sus brazos.*

*La lava fluye a través de mí. Me quema. Me hace arder y convertirme en un fénix que resurge de las cenizas, sin nada que oponer a este torbellino de sensaciones.*

Sin aliento, me sobresalto y miro frenéticamente a mi alrededor, desorientada.

Todavía está oscuro, pero esto no es el despacho de Raffaele. Esto es... mi dormitorio.

Y lo de antes... miro hacia abajo y descubro el camisón subido que deja al descubierto mis piernas y mi clítoris.

Lo de antes solo fue un sueño.

Un sueño condenadamente real.

Un... sueño sexual.

Un sueño sexual sobre Raffaele Grimaldi y yo.

Cierro los ojos y me dejo caer en las almohadas con un gemido.

Esto no puede ser verdad.

¿Por qué me excita hasta la médula precisamente el hombre que la mayor parte del tiempo me trata como si fuera basura y el resto del tiempo como si fuera invisible?

No se siente correcto. Y sin embargo, es exactamente lo que siento: excitación sin límites.

Con el corazón, con el alma y con mi cuerpo.

# 13

## RAFFAELE




Cuando llego a la sala de conferencias, todos los participantes de la reunión ya están presentes. La mayoría evita mi mirada y en cuanto cruzo el umbral de la puerta, se hace el silencio en la sala.

Me siento en el lugar reservado para mí en la cabecera de la elegante mesa de cristal y me sirvo agua que Beatrice ha preparado para mí.

—Empecemos —digo, omitiendo el saludo. No soporto las superficialidades. Me resultan detestables y, como no soy alguien que finge solo para adaptarse a las normas y expectativas de la sociedad, tampoco me esfuerzo en simular algo semejante.

Para mi sorpresa, Lauren se levanta. Aunque estaba al tanto de su presencia en la reunión, nadie me había informado de que hoy sería ella quien presentaría.

Lleva algo más de una semana trabajando para Grimaldi Industries y, aunque la abrume con trabajo todos los días, no esperaba que tomara la palabra en una reunión tan pronto.

O bien los demás la están utilizando como escudo, o bien ella se siente capacitada para hablar sobre el tema de hoy. Sea como sea:

se está metiendo en la guarida del león y espero por su bien que sepa lo que eso significa.

—En los próximos minutos le explicaremos el progreso del proyecto de construcción en la calle 55 —comienza, desgranando los hechos que me interesan y que me permiten evaluar lo bien que vamos con el tiempo y lo realista que es no superar el límite presupuestario.

Porque, a diferencia de la mayoría de las empresas constructoras, yo presupuesto con la intención de no exceder los costes previstos. No puede ser que calcule 20 millones de dólares para un proyecto y que al final me cueste el doble. Eso no solo es un engaño, también es una estupidez y siempre conlleva el regusto amargo de la traición de confianza y la incompetencia.

—La supervisión de la obra tiene una opinión positiva sobre la aprobación de la ejecución hasta el momento sin objeciones, por lo que hemos confirmado la fecha y la empresa para la construcción interior, y hemos liberado el presupuesto previsto para ello.

—Alto —la interrumpo bruscamente—. ¿Qué quiere decir con: *la supervisión de la obra tiene una opinión positiva*? Prefiero un lenguaje claro, señorita Adams, y no rodeos diplomáticos para problemas evidentes. ¿Qué ocurre?

—Nada —responde Lauren perpleja—. La supervisión habló con el jefe de obra, inspeccionó el edificio durante la cita programada y determinó que todo cumple con las especificaciones.

—Entonces, ¿lo han aprobado de facto? Quiero ver ese documento. Entrégamelo.

Lauren mira nerviosa sus manos y niega tímidamente con la cabeza.

—Eso no es posible.

—¿Por qué no? —pregunto con dureza—. ¿Lo han aprobado o no? ¿Sí o no? Es una pregunta sencilla, señorita Adams, cuya respuesta no debería llevar un minuto entero.

—No, no lo han hecho. La aprobación está programada para principios de la próxima semana. La reunión fue simplemente una visita para discutir los últimos detalles.

—Así que, ¿sin la aprobación de las autoridades, habéis contratado legalmente la construcción interior y activado un presupuesto de decenas de millones para ello?

Lauren traga saliva y cierra los ojos por un breve momento.

Eso significa *sí*.

Por supuesto, sé que esto no ha sido idea suya. No lleva el tiempo suficiente para saber cómo funcionan los procesos y qué secuencia es obligatorio seguir, pero ha confiado en lo que otros le han dicho sin cuestionarlo. Y eso no lo tolero.

Cualquiera con sentido común debe ser consciente de los riesgos que se han asumido aquí.

¿Cómo se puede encargar la construcción interior y confirmar una fecha de inicio sin saber si se podrá cumplir?

Las autoridades pueden decirte muchas cosas, pero el hecho es que son más impredecibles que el clima. Un día todo está en perfecto orden, al siguiente quieren que derribes el edificio. Siempre depende de con quién estés tratando y de lo satisfecha que esté esa persona con su vida en ese momento.

Lo último que debes hacer es confiar ingenuamente en lo que te dicen.

Mientras no tengas una firma con sello que confirme oficialmente sus palabrerías, la declaración no vale ni un céntimo.

Si no aprueban el edificio y exigen cambios, todo se retrasa, lo que sería un problema para el cronograma, pero aún estaría dentro del margen calculado. Sin embargo, si ya has encargado la construcción interior, debes esperar pagos de penalización considerables porque la empresa contratada bloqueó ese período para nosotros y canceló otros proyectos en consecuencia.

—Lo arreglaré —dice en voz baja.

—Eso espero. Al fin y al cabo, usted es la responsable de este problema —respondo con dureza.

Aprecio que asuma la culpa. Pero lo que no me gusta es que nadie en esta sala tenga el valor de acudir en su ayuda y compartir la responsabilidad, porque está claro que esto no es solo culpa de Lauren Adams.

—Para que quede claro: a partir de ahora, todo el equipo del proyecto de la calle 55 estará bajo mi estricta supervisión. Detecto deficiencias y debilidades significativas que van mucho más allá del propio proyecto de construcción. Desde un punto de vista profesional y humano, esta patética agrupación deja mucho que desear. En pocas palabras, la dinámica del equipo es *decepcionante*. Si vuelvo a presenciar un fiasco como el de hoy, disolveré el equipo y lo reconstituiré. Y eso tendrá consecuencias de gran alcance para todos vosotros. ¿Nos hemos entendido?

Fijo la vista en los empleados presentes y les obligo a mirarme a los ojos y asentir.

—Bien. Señorita Adams, vaya y arregle esto. Y no vuelva hasta que lo haya solucionado todo.

Lauren asiente imperceptiblemente, recoge apresuradamente sus documentos y se apresura hacia la puerta con la cabeza gacha.

Hoy lleva una blusa blanca entallada con una falda negra de tubo hasta la rodilla y tacones a juego, pareciendo una mezcla entre una diligente secretaria y una estricta profesora. Me gustaría descubrir si detrás de esa tela negra, casi transparente y brillante que cubre sus piernas, se esconde una media o unas medias con liguero, pero me prohíbo siquiera pensar en ello.

Como estos pensamientos prohibidos me irritan hasta la médula y le reprocho a Lauren que se pasee exhibiendo sus encantos sin pudor, la obligo a detenerse en el umbral de la puerta, diciéndole:

—¿Decía usted que la inspección oficial está programada para principios de la próxima semana?

—Sí, señor Grimaldi —responde ella, volviendo a entrar en la sala.

—Es demasiado tarde. Quiero que la hagan mañana.

—Pero...

—¿Pero? —gruño en tono de advertencia.

—La primera cita disponible era la próxima semana.

—Entonces encárguese de que mañana quede una cita libre. Cómo lo consiga me da igual. Le pago para que me facilite la vida, no para que me la complique. Así que gánese su sueldo y, para variar, esfuércese un poco.

En la sala de conferencias hay tanto silencio que se puede oír el claxon de los coches a docenas de pisos por debajo de nosotros. Nadie se atreve ni siquiera a respirar, por miedo a ser el siguiente.

Pero la verdad es: nadie en esta sala me interesa. Nadie excepto Lauren.

Es a ella a quien quiero. Solo a ella.

Menos mal que ella no lo sabe y haré todo lo posible para que nunca lo descubra.

Para ello, solo necesito conseguir que me odie y, a juzgar por su expresión, vamos por buen camino.

Además de dolor y decepción, ahora hay algo más en su mirada: ira.

Por fin.

Parece que mi estricta dirección finalmente está dando frutos y consiguiendo que el espíritu combativo de Lauren se manifieste.

Al menos es un comienzo.

# 14

## LAUREN




—Hola Lauren.

Levanto la mirada y descubro a Corey, que asoma la cabeza por mi minúscula oficina.

—Estamos terminando y vamos a tomar algo. ¿Te vienes?

Miro de Corey a la montaña de documentos que sepulta mi escritorio y casi lo hace colapsar, y niego con la cabeza con pesar.

—No puedo, lo siento.

—¿Segura? —insiste Corey.

—Segura —respondo suspirando—. Ya ves todo lo que tengo pendiente.

Corey frunce el ceño perplejo.

—¿De verdad piensas terminar todo eso hoy? ¿Cómo vas a conseguirlo?

Me encojo de hombros.

—Tampoco lo sé muy bien. Pero sí: tiene que salir hoy mismo.

—Vaya —silba Corey—. O eres de las que se pasan de entusiastas, o el demonio jefe la tiene tomada contigo.

—Más bien lo segundo —murmuro al recordar mi desastrosa reunión.

Corey frunce los labios y me observa pensativo. Entonces, para mi sorpresa, entra y cierra la puerta tras él.

—Me he enterado de lo que ha pasado. No te lo tomes a pecho, ¿vale? A todos nos ha asado el Gran Jefe alguna vez, aunque la mayor parte del tiempo nos trate como aire apestado y radiactivo.

—Creo que me odia —suelto sin poder evitarlo—. No entiendo qué le he hecho, aparte de decepcionarle constantemente y hacerle perder el tiempo. Pero probablemente eso ya es suficiente para colocarte en lo más alto de la lista negra de Raffaele Grimaldi.

—Eso es una tontería —contradice Corey con firmeza—. No te odia, Lauren. Si fuera así, ya te habría despedido. Estás en periodo de prueba y pueden prescindir de ti en cualquier momento. Raffaele Grimaldi no es hombre de andarse con rodeos. Si no viera valor en ti, tu precioso trasero ya estaría en la calle polvorienta, créeme.

—Simplemente no entiendo qué sentido tiene... por qué trabajo para él. Por qué estoy aquí. En esta planta. La mayor parte del tiempo ni me habla. Y cuando lo hace, solo es para reprenderme o soltarme alguna crueldad. Es tan obvio que no me quiere cerca y, sin embargo, fue él quien me contrató.

Corey se sienta en la silla frente a mí y entrelaza las manos detrás de su cabeza.

—Yo creo que el demonio jefe ve algo en ti. No hace nada sin motivo, créeme. Con él todo es cálculo. Si no le interesaras o no te valorara, serías aire para él. Te trataría con indiferencia y desinterés. Pero no lo hace. Te presiona. Te pone a prueba. Te examina. Te está poniendo a prueba, Lauren. Quiere saber hasta dónde puede llegar contigo. Quiere descubrir qué hay dentro de ti. Cuánto puedes aguantar y cómo reaccionas en determinadas situaciones.

Al escuchar las palabras de Corey, interrumpo mi trabajo y lo miro sorprendida.

—¿Cómo sabes todo eso? —pregunto asombrada, porque su afirmación me abre una perspectiva completamente nueva que no había considerado en mis reflexiones hasta ahora.

—Llevo tiempo trabajando aquí. Y como prácticamente todos nosotros, admiro en secreto a Raffaele Grimaldi por lo que representa y lo que ha logrado. A diferencia de la mayoría, tengo la

suerte —igual que tú— de trabajar en esta planta. En la misma planta que él. Así que aprovecho cada oportunidad que se me presenta para estudiarlo y analizarlo. No es nada fácil, porque el tipo es como un libro mágico con código secreto y siete sellos, pero algunas cosas se te revelan después de un tiempo.

—Corey, Corey —sonrío—. Las aguas mansas parecen ser más profundas de lo que uno piensa.

Me guiña el ojo con picardía.

—Es ventajoso que la gente te subestime. Te dejan en paz porque se sienten seguros y no ven venir el ataque. Además, es mucho más fácil salir del paso cuando la gente cree que eres tonto. Así que ahora... —se levanta y hace una sentadilla—. Me voy a emborrachar. Última oportunidad de unirte a nosotros, Adams.

—Con gusto en otra ocasión. Te lo prometo —digo y le dedico una sonrisa agradecida—. La conversación me ha sentado bien. Era justo lo que necesitaba. Gracias, Corey.

—Puedes compensármelo con una copa la próxima vez que nos acompañes. No vayas a pensar que esta sesión de psicoanálisis ha sido gratis. Al fin y al cabo, trabajamos para Grimaldi Industries. Aquí hasta respirar cuesta dinero. ¿Me has entendido?

Con su última frase, Corey imita casi a la perfección a Raffaele, lo que me hace sonreír culpablemente.

—Entendido, jefe.

—Bien. Sigue trabajando —ordena Corey y me guiña un ojo.

Poco después desaparece y me quedo sola.

Pensativa, me dejo caer en mi silla y recuerdo las palabras de Corey.

*Te presiona. Te pone a prueba. Te examina. Te está poniendo a prueba, Lauren. Quiere saber hasta dónde puede llegar contigo. Quiere descubrir qué hay dentro de ti. Cuánto puedes aguantar y cómo reaccionas en determinadas situaciones.*

Nunca lo había visto desde esta perspectiva, pero tiene bastante sentido.

Aparentemente, Raffaele ve algo en mí. Algo que quizás yo misma no percibo. Y parece que ha decidido sacarlo de mí, o en su caso, exprimirlo de mí.

Y dado que es uno de los empresarios más exitosos y brillantes que tiene este país, debería confiar en que sabe lo que hace y aceptar este juego.

Debería esforzarme y tratar de no darle más motivos para dudar de mí o para reprenderme.

Es más fácil decirlo que hacerlo, pero también es mi propia ambición seguir desarrollándome y sacar lo mejor de mí misma.

Y aunque me dolió mucho quedar expuesta ante todos los demás, en el fondo sé que su reacción fue apropiada. Debería haberlo sabido mejor. Debería haber preguntado y haber estado más atenta. En lugar de eso, confié simplemente en la palabra de alguien a quien no conozco, solo porque parecía agradable y daba una impresión competente y digna de confianza.

El hecho de que los otros miembros del equipo no me señalaran mi error demuestra una vez más que, en asuntos de negocios, al final solo debemos confiar en nosotros mismos.

Mi comportamiento fue ingenuo y llevó a una acción estúpida que podría haber costado millones a Grimaldi Industries.

Un error grave que no volveré a cometer. De eso estoy segura.

# 15

## RAFFAELE




—Son excelentes noticias. Te agradezco que me hayas informado primero y que me hayas enviado los documentos. ¿Te parece bien si voy a verte ahora mismo para echarle un vistazo? —le pregunto a Nigel Simmons, un agente inmobiliario de lujo de Newport.

—Me vendría bien. Así podría ponerlo en mi página web hoy mismo, si no lo quieres.

—Supongo que lo tomaré, pero ya sabes que siempre examino mis inversiones antes de tomar una decisión. Nos vemos en unas horas. Te avisaré en cuanto pueda estimar a qué hora llegaré a Newport.

—De acuerdo. Hasta luego.

Cuelgo y llamo a Beatrice por el intercomunicador para que venga a mi despacho.

—¿Señor Grimaldi?

—Cancele mis citas restantes para hoy y organíceme un coche que me lleve a Newport en media hora. Tengo una reunión allí a la que debo asistir sin falta hoy mismo.

Beatrice lleva trabajando para mí el tiempo suficiente como para no pestañear ante mi petición. Está acostumbrada a que mis planes cambien con poca antelación y a tener que posponer a las personas que quieren hablar conmigo.

—No hay problema. Considérelo resuelto —responde—. ¿Puedo hacer algo más por usted?

La miro pensativo, luego decido por instinto, algo que rara vez hago, y digo:

—Avise a la señorita Adams. Que me acompañe.

—Por supuesto —responde Beatrice y sale de mi despacho para ponerse manos a la obra.

Giro en mi silla de escritorio para poder mirar hacia fuera, al río Hudson, y me preparo mental y moralmente para un viaje en coche de varias horas con Lauren Adams.

Una cosa es pasar unos minutos, o incluso media hora, en una habitación con ella, sobre todo cuando suele haber otras personas presentes. Pero es algo completamente diferente estar a solas con ella durante varias horas en un espacio reducido.

Bueno, estrictamente hablando, también estará mi chófer Keith. Pero Keith es tan discreto que a veces uno se olvida por completo de que está ahí.

Me resultará difícil mantenerme alejado de Lauren, pero lo conseguiré. Como siempre.

Y después de todo, la razón por la que la llevo a Newport no se debe a mi debilidad secreta por ella, sino únicamente al hecho de que puede aprender algo allí. Algo que la ayudará a avanzar. Algo que ampliará su experiencia y enriquecerá sus habilidades.

Se trata de adquisición. Negociaciones. Inspección. Análisis de mercado. Y muy importante: networking.

Al hacer que Nigel sienta que pertenece a mi círculo íntimo, consigo las joyas inmobiliarias que se ponen a la venta en la costa antes de que salgan al mercado.

Nos movemos en una zona gris, pero mientras no se declare ilegal, estoy dispuesto a aprovecharla al máximo. Al fin y al cabo, eso es lo que hacen mis competidores. Y si quiero imponerme y

triunfar sobre ellos, tengo que ser más rápido, mejor y más astuto que ellos.

—¿Señor Grimaldi? —suena la diligente voz de Beatrice por el intercomunicador—. Está todo organizado.

Asiento satisfecho.

Entonces nada se interpone en el camino de nuestra pequeña excursión a la costa.



Lauren me espera en el escritorio de Beatrice cuando salgo de mi despacho. No me detengo, sino que paso de largo.

—¿A qué está esperando? La cita de negocios es hoy. No mañana —digo por encima del hombro mientras doblo hacia el pasillo.

Detrás de mí oigo el repiqueteo de tacones y cuando llego a los ascensores, Lauren me alcanza.

Me mira con curiosidad, pero no dice nada.

Hoy lleva una blusa azul claro y una falda a juego combinada con sandalias color crema con tiras, lo que perfecciona la impresión de un ángel que se ha extraviado del cielo a la tierra.

Su cabello rubio le cae excepcionalmente en ondas aterciopeladas sobre los hombros, en lugar de estar recogido en un moño severo como de costumbre.

Es casi como si hubiera adivinado lo que le esperaba hoy y hubiera elegido su atuendo específicamente para torturarme. Y lo está consiguiendo demasiado bien, maldita sea.

Entramos en el ascensor y cuando las puertas se cierran, me aparto un paso de ella porque me llega a la nariz un adorable aroma a violetas y jazmín, que combina perfectamente con el ángel dorado e inocente que tengo a mi lado.

Me parece una eternidad hasta que el ascensor llega finalmente al vestíbulo y las puertas de la jaula de acero se abren de nuevo.

Salgo apresuradamente y Lauren tiene dificultades para seguir mi ritmo.

Si fuera un caballero, adaptaría mi paso al suyo. Pero como soy, como a mis competidores les gusta llamarme a mis espaldas, un engendro del diablo, voy por delante y ella me sigue.

Fuera, Keith ya nos espera junto al Maybach negro con cristales tintados y nos mantiene la puerta abierta con galantería.

Por necesidad, me detengo y dejo que Lauren pase primero. En lugar de esperar a que entre y ceder al deseo de mirarle el trasero, que me encantaría amasar, morder y follar, rodeo el coche y entro por el otro lado.

Apenas nos sentamos, Keith arranca y se incorpora al ajetreado tráfico de Manhattan.

—¿A dónde vamos? —pregunta Lauren cuando giramos en dirección a la autopista.

—¿No lee los correos electrónicos? Le he enviado toda la información relevante para la reunión. Aproveche el viaje para leerla y esté preparada cuando lleguemos —respondo, mirando ostensiblemente por la ventana para no ceder a la tentación de mirar a Lauren.

—¿Por qué quiere que le acompañe?

—Porque puede aprender algo así. ¿Preferiría haber permanecido en Nueva York y haber salido puntualmente del trabajo? —pregunto con un tono cortante.

—No. Estoy agradecida por poder acompañarle. Gracias por esta oportunidad, señor Grimaldi.

Por suerte estoy mirando por la ventana y no hacia Lauren. De lo contrario, no se le habría escapado que mi malhumorada cara de póker se ha descompuesto durante un fugaz instante ante su afirmación tan afable.

¿Qué ha sido eso?

La trato con desdén y ella... ¿me *agradece*?

Esto realmente no me lo esperaba. Más bien pensaba que en el próximo semáforo en rojo saltaría del coche y dimitiría con efecto inmediato.

Al parecer su sueño de tener su propia empresa es demasiado importante como para renunciar a él a la ligera. Eso habla bien de ella. Y de mi intuición.

—Es usted demasiado amable, Lauren. No debería ser siempre tan educada y tolerante. Con eso no llegará muy lejos en el mundo de los negocios.

—¿Cómo puede saberlo? No me parece usted el tipo de persona que haya sido alguna vez amable y tolerante. Así que quedaría por ver si no sería usted incluso más exitoso de lo que ya es si, para variar, mostrara algo de humanidad y bondad.

Mi cabeza se gira rápidamente hacia Lauren, quien me mira valientemente con un destello desafiante en sus ojos.

—¿Qué pasa? ¿Nadie le ha dicho eso antes? Pues ya iba siendo hora.

—Se está pasando de la raya, señorita Adams. ¿Acaso es usted tan perfecta que puede permitirse señalar a los demás con el dedo?

—Aquí no se trata de perfección, sino de humanidad. Que usted no conozca la diferencia es triste, pero no realmente sorprendente.

—Keith —gruño entre dientes apretados—. Suba la mampara.

Keith hace lo que se le ordena, fingiendo no haber escuchado nada de la conversación entre Lauren y yo.

Apenas la mampara nos separa de él, me giro hacia Lauren.

—No está usted en posición de juzgarme, señorita Adams. Primero, no me conoce. Segundo, trabaja para mí. Y tercero, depende únicamente de mi juicio si su sueño se hace realidad o se esfuma en el aire. Así que cuide esa lengua afilada y empiece de una vez a hacer lo que se le dice. Si cuando lleguemos a Newport me avergüenza con su ignorancia, está despedida al instante. ¿Lo ha entendido?

Lauren aprieta sus labios carnosos y me lanza una mirada furiosa.

—Alto y claro —sisea.

—Bien. Y si vuelvo a oír algo tan despectivo de su boca, también está despedida. Sin preaviso. Así que piense bien si quiere volver a faltarme al respeto en mi presencia.

Saco mi móvil, lo desbloqueo y marco el número de un socio comercial que me ha pedido que le devuelva la llamada. Como de todas formas no tengo nada mejor que hacer durante las próximas horas que estar sentado en el coche, también puedo aprovechar el tiempo haciendo llamadas.

Al menos eso me distrae de la diabólicamente ardiente diablesa con disfraz de ángel sentada a mi lado, que es la primera persona en años que ha encontrado el valor para ponerse en mi camino y decirme tan abiertamente lo que piensa.

Si no estuviera tan enfadado por ello y no tuviera que controlar mi dura y palpitante erección, casi podría gustarme.

# 16

## LAUREN




El resto del trayecto lo pasamos Raffaele y yo sin dignarnos a dirigirnos ni una sola mirada.

No sé qué me ha poseído para cantarle las cuarenta. Normalmente no soy una persona impulsiva que tienda a acciones incontroladas.

Cuando interpretó como una debilidad lo que más valoro de mí misma, saltó un fusible en mi cabeza.

¿Desde cuándo es reprobable ser buena persona? ¿Ser educada? ¿Dedicar a los demás una sonrisa y algunas palabras amables?

¿Por qué debería ser eso perjudicial?

Puedo perseguir y promover rigurosamente el cierre de un negocio sin ser constantemente mala, arrogante y condescendiente, como el atractivo, enigmático y sombrío hombre que está sentado a medio metro de mí y enfrascado en una conversación telefónica.

¿Por qué cree que solo se puede tener éxito siendo un capullo?

No puedo ni quiero creerlo. Más bien creo que cada uno debe encontrar y seguir su propio camino. El camino que mejor se adapte a su carácter y personalidad.

Nunca podría imaginarme convertida en alguien como Raffaele.

Sí, vale, lo admito. En secreto lo admiro por ser tan férreo y por actuar con tanta firmeza. Es más: su forma dominante, fría y distante me pone a cien. Tanto que por las noches me asaltan continuamente sueños eróticos en los que el airado e imperioso Raffaele Grimaldi desempeña el papel principal.

Pero que él, por su parte, no se sienta ni un poco atraído por mí, se ha hecho más que evidente desde que empecé a trabajar en Grimaldi Industries.

Incluso he llegado a convencerme de que el encuentro íntimo con Raffaele frente a la puerta de mi casa en Berkeley fue simplemente parte de uno de esos sueños.

Casi un mes después de haber empezado a trabajar, Raffaele apenas se digna a mirarme y me ignora cuando no está ocupado sermoneándome o corrigiéndome.

Por las copas ocasionales con mis compañeros de trabajo, sé que frecuenta un club de caballeros elitista, al que solo tienen acceso los más ricos de los ricos y que está repleto de bellezas femeninas inmaculadas.

Seguramente se acueste con una mujer hermosa diferente en cada una de sus visitas. O con varias a la vez.

Por lo tanto, debería quitarme a este hombre de la cabeza de una vez por todas. Pero desgraciadamente, mi subconsciente no quiere saber nada de eso y me priva del sueño que tanto necesito con esos húmedos sueños.

—Hemos llegado —me informa Raffaele y sale del coche.

Por supuesto, no espera a que yo también baje, sino que se dirige directamente hacia un hombre pulcramente vestido, de unos cuarenta años, que le saluda con una ligera reverencia y unos cuantos cumplidos aduladores.

Cuando me ve, arquea las cejas sorprendido y se acerca a mí.

—Debo haber muerto en los últimos cinco minutos —dice sonriendo, lo que me hace fruncir el ceño extrañada.

—¿Cómo dice?

—Usted es un ángel, ¿verdad? Así que definitivamente estoy en el cielo. Si hubiera sabido que era tan hermoso allí, mi tiempo en la

tierra habría sido considerablemente más corto —susurra y besa el dorso de mi mano.

—Irás al infierno, donde perteneces, y definitivamente no al cielo, Nigel —gruñe Raffaele detrás de él.

—Igual que tú —replica Nigel y me guiña un ojo—. ¿Por qué no me dijiste que vendrías acompañado?

—¿Qué diferencia habría supuesto? —pregunta Raffaele irritado.

—Le habría traído un ramo de rosas a esta hermosa dama, como corresponde a un verdadero caballero, pero de eso tú no entiendes nada. Cuando regalas algo, suelen ser solo insultos, demandas y despidos.

Las comisuras de mis labios tiemblan ante la pulla de Nigel, aunque intento reprimirlo.

En vano.

Y para mi desgracia, a Raffaele no le ha pasado desapercibida mi diversión, por lo que sin duda me castigará más tarde... o ahora mismo.

—Qué bien que sepas exactamente cómo tratar a las mujeres. Pero después de tres matrimonios fallidos y dos amantes embarazadas, supongo que es lo mínimo que se puede esperar —responde con su famosa y notoria actitud serena y condescendiente —. Y para que puedas seguir pagando la manutención de tu harén, deberíamos pasar ahora a los negocios, antes de que cambie de opinión y haga fracasar el trato junto con tu generosa comisión.

Nigel parece como si hubiera mordido un limón agrio. Aunque me dedica otra sonrisa, esta vez no es ni genuina ni cordial.

Bueno... ¿qué puedo decir? Raffaele tiene un talento incomparable para disparar flechas directamente al corazón. Puedo dar fe de ello.

—La parcela está allí, a unos cincuenta metros de aquí —nos informa con voz tensa mientras avanza—. El permiso de construcción está concedido. Podrías construir sin problemas una villa con un amplio jardín, o un complejo de pisos de lujo con acceso directo al agua. Hasta ahora la propiedad ha estado en manos de la familia Ferretti. Pero debido al fracaso de la salida a bolsa de su

empresa más reciente, necesitan efectivo urgentemente, por lo que están vendiendo todo lo que promete dinero rápido.

—Señorita Adams —se dirige a mí Raffaele—. ¿Por qué cree que esta parcela es de interés para nosotros?

Me sorprende que me dirija la palabra directamente, aunque solo sea para someterme a una prueba evidente. Aprovecho cada oportunidad, cada migaja que me lanza, para demostrarle que no solo tengo corazón, sino también cabeza.

—Newport está situada casi exactamente entre Boston y Nueva York. Además, está a un paso de Nantucket. Muchos ricos huyen de la gran ciudad a este pueblecito costero porque, ya sea en helicóptero, hidroavión, jet o coche, siguen estando muy cerca de los centros económicos importantes.

—Correcto —dice Raffaele.

Mentalmente marco esta aprobación con un rotulador rojo y me propongo hacer después tres cruces bien gordas en mi calendario, para que el día en que Raffaele Grimaldi me ha mostrado algo parecido a un reconocimiento pueda quedar recogido en mis memorias y ser preservado para la posteridad.

—¿Y qué hemos aprendido sobre los permisos? —pregunta a continuación.

—Son inútiles mientras no existan por escrito y estén oficialmente certificados.

Raffaele asiente y señala con la barbilla a Nigel.

—Muéstrale los documentos. Ella los examinará mientras nosotros recorremos el terreno.

Mi corazón late inmediatamente dos compases más rápido al escuchar esta declaración.

Nunca antes me he hecho responsable por mi cuenta de documentos tan importantes y por eso no sé al cien por cien en qué debo fijarme.

Pero como no quiero parecer una fracasada, alzo la barbilla y extiendo la mano con confianza para recibir los documentos.

Ya se me ocurrirá algo. Raffaele sabe que no estoy preparada para esta tarea. Que me la confíe de todos modos solo puede

significar que me está sometiendo a otra prueba. Y si supero esta prueba con éxito o fracaso en el intento depende únicamente de mí.



—¿Su veredicto, señorita Adams? —pregunta Raffaele cuando él y Nigel regresan veinte minutos después.

—He encargado a nuestro departamento legal que se asegure por escrito de que este terreno es edificable sin restricciones y que no hay impedimentos geológicos. Ya tenemos la confirmación escrita de las autoridades de Newport. El análisis del suelo está programado para mañana por la mañana. A más tardar al mediodía, tendremos en nuestro poder todos los certificados necesarios para tomar una decisión informada. Y teniendo en cuenta su estrecha relación comercial, seguro que el señor Simmons puede concedernos este tiempo, ya que también es de su interés que este acuerdo se desarrolle de forma limpia y sin problemas, y que no surja ninguna dificultad que pudiera perjudicar la reputación de su empresa, ¿verdad?

Me dirijo a Nigel con una sonrisa dulce como el azúcar, quien a juzgar por la expresión de su cara, en este momento preferiría regalarme flechas en lugar de rosas, y le miro de manera expectante.

—Os puedo dar hasta mañana por la noche, las ocho. Pero ni una hora más. Todo está en perfecto orden con el terreno. Os estoy haciendo un enorme favor y lo presentáis como si tuviera algo que ocultar, o como si os estuviera ocultando algo. No soy suicida —se queja en voz alta, y ya no queda nada del encanto que derrochaba hace apenas media hora.

—No es nada personal —interviene Raffaele, sorprendentemente manso y amable para ser él—. Todos queremos salir ganando de este asunto. Y todo lo que hacemos es asegurarnos de que así sea. Así que mantén la calma, relájate y espera mi llamada.

Le da una palmada en el hombro a Nigel y me indica que suba al coche.

—Adiós. Ha sido un placer —me despido educadamente, aunque Nigel sigue enfurruñado y parece no tener ningún interés en volver a verme.

Subo al coche con Raffaele y respiro aliviada cuando Keith arranca y dejamos Newport atrás.

—¿Y bien, cómo se siente estar en el lado oscuro de la fuerza? —pregunta Raffaele inesperadamente, cuando me hundo en los cojines del Maybach y cierro los ojos, que abro rápidamente ante su pregunta.

—¿Qué oscuro ni qué nada? Solo estaba haciendo mi trabajo. Si no tiene nada que ocultar, entonces no tiene nada que temer. No demuestra mucha madurez que se lo tome como algo personal, aunque eso explica por qué ya se ha divorciado tres veces.

Me tapo la boca con la mano, sorprendida, y abro los ojos alarmada.

¿Acabo realmente de... *cotillear*?

—Lo siento. Eso ha sido totalmente inapropiado —balbuceo—. No debería permitirme juzgar a Nigel. No le conozco lo suficiente para eso.

—¿Ah, no?

Raffaele arquea una ceja con burla.

—¿A él no puede juzgarle, pero a mí sí? Eso significaría, a la inversa, que me conoce lo suficiente, cuando en realidad no sabe absolutamente nada sobre mí.

—Cuestión de perspectiva —contraataco, lo que hace que Raffaele levante también la segunda ceja.

—¿Cómo debo entender eso?

Me retuerzo las manos en el regazo y me maldigo una vez más por el hecho de que mi lengua, a veces, sea demasiado suelta en presencia de Raffaele y, como resultado, me meta constantemente en problemas. Como si no supiera lo que está en juego.

Y aun así, simplemente no puedo evitar enfrentarme a él. Es una locura.

—¿Señorita Adams?

—No trabajo para nadie sin haberme informado exhaustivamente antes.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que estoy al tanto de quién es usted.

—Difícilmente —resopla—. Si extrae su conocimiento de internet y los periódicos, como mucho está arañando la superficie.

—Tengo la sensación de que eso también les pasa a las personas que están cerca de usted —respondo, ganándome un ceño fruncido de irritación por parte de Raffaele—. No deja que nadie se le acerque. No sé por qué, pero estoy bastante segura de que en secreto está condenadamente solo. Ni siquiera sus miles de millones pueden compensar eso.

—Señorita Adams —sisea Raffaele y aprieta los puños sobre sus muslos—. ¿Qué le dije cuando salimos de Nueva York?

—Que no estoy en posición de juzgarle. Que trabajo para usted y que mi sueño depende de su juicio. Y... ah, sí, que me despediría si me atreviera otra vez a decirle la verdad a la cara.

—¿La verdad? ¿A eso lo llama la verdad? —resopla Raffaele con desdén.

—En la medida en que no me demuestre lo contrario, sí. Usted me parece un hombre que sabe encajar los golpes. Así que también podrá lidiar con la verdad, por desagradable que sea.

—Esa es su verdad, señorita Adams. No la mía.

—Entonces cuénteme su verdad —le replico, pero solo recibo un gélido silencio como respuesta.

# 17

## RAFFAELE




—Keith, gire a la derecha ahí delante —indico a mi chófer.

Sigue mi instrucción sin dudar ni cuestionarla. A diferencia de Lauren.

—Pero para ir a Nueva York hay que seguir recto.

—¿No me diga? —me burlo y me reclino de nuevo en el asiento.

—¿Adónde vamos?

—Tengo hambre. Y como está usted en mi coche, ahora forzosamente tiene hambre también.

Eso es solo media verdad. Porque sí, tengo hambre, pero podría haber aguantado perfectamente hasta Nueva York, donde habría indicado a Beatrice que me enviara algo a la oficina.

La parte de la verdad que le oculto a Lauren es que aún no estoy preparado para terminar nuestro tiempo juntos.

Sobre todo no ahora, cuando la he visto por primera vez en acción. Ha sido satisfactorio presenciar cómo ha ganado confianza en sí misma y ha abordado la tarea que le asigné de manera concienzuda y prudente.

También me gusta que no haya temido caer mal a Nigel. Porque ese tipejo untuoso había dejado su mirada codiciosa posada en

Lauren durante demasiado tiempo. Tanto mejor que ella haya reconocido rápidamente su verdadero *yo*.

Que Lauren rebose confianza en sí misma desde esta experiencia exitosa resulta a la vez refrescante y desafiante.

Se está arriesgando bastante en lo que a mí respecta, y eso sin que el alcohol o cualquier otra sustancia le suelte la lengua.

No, Lauren está en pleno uso de sus facultades mentales. Elige cada una de sus palabras con cuidado y las dice exactamente como las siente.

Lo alarmante no es solo que se atreva a desafiarme, sino que tenga razón.

Nunca lo admito, ni siquiera ante mí mismo, pero de vez en cuando hay momentos en los que me siento vacío y sin valor. Aunque es completamente ridículo. Soy inmensamente rico. Famoso. Temido. Puedo permitirme cualquier lujo. Comprarme todo lo que me guste. Todo, excepto... afecto genuino.

El sexo puede cumplir su propósito. Es divertido y relajante. Pero después... después viene la soledad. Las largas noches en las que se contempla en soledad el horizonte de la ciudad y uno se pregunta si el dinero y el poder son realmente todo.

Según mi familia, lo son. El dinero y el poder son los únicos elementos de la vida que importan.

Sin dinero ni poder, uno no es nadie. Te empujan de un lado a otro, te engañan y te pisotean. Eres una pieza de ajedrez pequeña, insignificante y sin voluntad en el juego de los reyes, y corres constantemente el riesgo de terminar como un peón sacrificado.

No es una buena situación, esta vida sin recursos y con miedo constante. Y sin embargo, estas personas a veces parecen mucho más felices y satisfechas que las personas de mis círculos.

Por qué es así, simplemente no logro comprenderlo.

¿Podría ser que algo tan banal como el afecto humano marque la diferencia?

—Aparque allí delante —le indico a Keith, que se detiene frente a un pequeño local en el paseo marítimo de un lugar discreto, a unos treinta kilómetros de Newport—. Le asignaré una mesa también —le informo—. Póngalo en mi cuenta.

Sin esperar su respuesta, me bajo y entro en el local.

—Buenas tardes. Dos mesas, por favor. Una para dos y otra para un solo comensal.

La camarera asigna a Lauren y a mí una mesa en la terraza, mientras Keith prefiere quedarse en el interior.

Una razón más por la que lo aprecio tanto. Es una soleada tarde de pleno verano y aunque Keith seguramente habría disfrutado sentado fuera y del buen tiempo, es lo suficientemente profesional como para mantener la distancia con Lauren y conmigo, y dejarnos nuestra privacidad.

—Así que —comienza Lauren después de que hayamos pedido nuestras bebidas—. Supongo que no es la primera vez que viene aquí.

—No —respondo.

—¿No? —repite—. ¿Eso es todo?

—Es la respuesta precisa a su pregunta. Si no le satisface o espera más información, tendrá que formular su pregunta de otra manera, señorita Adams.

—Muy bien. ¿Cómo conoce este local?

—De una excursión con amigos a Nantucket. A la vuelta, debido a un desvío, pasamos por este lugar y decidimos hacer una parada.

—¿Tiene amigos?

Bajo la carta y lanzo a Lauren una mirada de advertencia.

—¿Qué? —sonríe—. La pregunta está totalmente justificada.

—¿Por qué? ¿Porque soy tan inhumano? —contraataco y ni yo mismo puedo creer que me esté metiendo en esta discusión con ella.

—Porque no esperaba que una persona como usted creyera en el concepto de la verdadera amistad. Usted sospecha fraude y traición tras cada esquina, ¿no es así?

—Más vale prevenir que curar. Siempre hay que estar alerta, sin importar con quién se trate. Mi lema es: no confíes en nadie. Ni siquiera en ti mismo. Pero aparte de eso, conozco a Jonah, Alex y Cole desde la universidad. Si hay alguien en quien confío mínimamente, es en ellos.

—En ese aspecto, me lleva ventaja —dice Lauren pensativa, girando el tallo de su copa de vino, que el camarero acaba de servirnos.

—¿En qué sentido?

—Desafortunadamente, no puedo presumir de amistades tan profundamente arraigadas, porque siempre me he concentrado solo en mis estudios. Y en el trabajo, para poder financiarlos. Es algo que lamento, pero no sabría cómo podría haberlo gestionado de otra manera.

Dejo la carta a un lado y un atisbo de sonrisa juguetea en mis labios.

—No me diga que el terrible y solitario tipo que no deja que nadie se le acerque le lleva ventaja en cuanto a humanidad, señorita Adams. Parece que tendrá que reconsiderar su juicio sobre mí.

Lauren levanta la mirada y sonríe también.

—Para eso hace falta algo más.

—¿Ah sí? ¿Y qué sería?

—La prueba de que tiene un corazón de carne y hueso. Un corazón *propio* de carne y hueso, y no uno que le haya arrancado a otra persona.

No puedo evitar reírme a carcajadas ante su absurda insinuación, lo que parece asustarla. Pues da un respingo y sus ojos azul cielo se abren de esa forma tan encantadora, como siempre hacen cuando Lauren está nerviosa o insegura. Evidentemente pensaba que yo no era capaz de reír, o, si nos fiamos de los rumores que circulan tan persistentemente como los comentarios sobre la mafia, que había vendido mi sonrisa al diablo.

—Quizás sea mejor mantenerla en la creencia de que poseo un corazón de piedra, o mejor aún: que no tengo ninguno. Al fin y al cabo, tengo una reputación que perder, en la que he invertido mucho tiempo y esfuerzo. Así que dejémoslo así.

—¿Está seguro? —pregunta Lauren.

—Seguro. Y ahora pidamos la comida para poder regresar a Nueva York. Como hoy hemos estado fuera medio día, tengo bastante trabajo que recuperar.

—¿Va a volver a la oficina después? —pregunta Lauren sorprendida.

—Esa es mi intención, sí. Pero no espero lo mismo de usted. Para cuando regresemos, serán más de las nueve. Haré que la lleven a casa, donde podrá descansar para que mañana a primera hora pueda aclarar los últimos detalles del proyecto Newport y cerrar el acuerdo.

# 18

## RAFFAELE




—Dele su dirección a Keith —le digo cuando nos acercamos al centro de Nueva York.

Por supuesto que sé dónde vive Lauren. Al fin y al cabo, yo mismo elegí el piso y me aseguré de que fuera seguro, luminoso, moderno y con aislamiento acústico que diera a la calle.

Pero ella no tiene por qué saberlo.

Porque eso solo daría lugar a preguntas que no quiero ni voy a responder.

—No hace falta. Voy a ir a la oficina —dice Lauren, apartando la mirada de la ventana, por donde estaba mirando hasta hace un momento.

—¿Qué va a hacer allí a estas horas? —le pregunto frunciendo el ceño—. Si se le ha olvidado algo, se lo puedo llevar, si no puede esperar hasta mañana.

Mi repentina disposición a ayudar no solo me sorprende a mí, sino también a Lauren. Lo noto en el destello que cruza su mirada cuando digo eso.

—No he olvidado nada. Pero tengo trabajo que hacer.

—Como yo le asigno su trabajo, sé de primera mano que no es nada que no pueda esperar hasta mañana —respondo con severidad.

—Puede ser. Pero si usted trabaja, yo también. Quizás pueda ayudarle con sus tareas. También ha sido un día largo para usted, señor Grimaldi. No solo para mí.

—Estoy acostumbrado.

—Yo también. Aunque solo llevo unas semanas trabajando para usted, eso no significa que no haya trabajado hasta pasada la medianoche todos los días durante mis estudios.

Entrecierro los ojos y miro a Lauren por entre los finos resquicios.

—No voy a discutir esto con usted, señorita Adams.

—Y yo tampoco con usted, señor Grimaldi. Si me deja en casa, cogeré un taxi para volver a la oficina. No estoy cansada. Puedo trabajar. Y quiero trabajar.

Suspirando, cierro los ojos y me trago mi enfado por su terquedad.

No es más que una becaria y se atreve a ignorar mis instrucciones y a cuestionarlas. ¿Y yo qué hago? Dejo que suceda en lugar de tomar medidas drásticas.

Lauren Adams es la única persona en este mundo que puede tomarme el pelo. La única persona a la que permito desobedecerme. La única persona por la que rompo mis reglas.

No hace falta ser adivino para darse cuenta de que estoy en el camino equivocado y que voy directo a una catástrofe.

Pero en lugar de dar marcha atrás, sigo adelante porque la tentación es demasiado grande como para resistirse.

—Si comete algún error por estar cansada, le haré responsable —le digo, lo que le arranca una pequeña sonrisa, porque sabe que ha ganado.

—Ya lo hace de todos modos, señor Grimaldi. Esté cansada o no.

—No se le escapan ninguno de mis errores y no deja pasar ninguna oportunidad para señalármelos —responde con un tono de diversión en la voz—. No hay motivo para ello.

—Déme las gracias, señorita Adams. Es por su bien.

No entiendo por qué siento la necesidad de aclarárselo. Al fin y al cabo, quiero que me odie y me evite por mis ataques verbales. ¿Por qué demonios me justifico ante ella?

—Lo sé —responde ella, para mi sorpresa—. Me ha costado un tiempo entenderlo, pero ahora sé que detrás de sus constantes reprimendas se esconde una intención benevolente.

—¿De verdad? ¿Entonces ya no va a echarse a llorar cuando le señale sus errores? —le pregunto, dejando que el sarcasmo resuene en mi voz, porque el papel de villano despiadado me queda mucho mejor que el de oso cariñoso.

La sonrisa esbozada de Lauren se desvanece y se aleja de mí. Creo que no me va a responder, pero entonces, inesperadamente, susurra:

—Las palabras pueden hacer más daño que los golpes. Nunca entenderé por qué la gente las utiliza deliberadamente como arma. Por supuesto, podría ponerme una coraza protectora y ocultar mis sentimientos, pero entonces renunciaría a una parte de mí misma y, para ser sincera, me gusto tal y como soy. Así que prefiero derramar lágrimas porque me siento triste y herida, en lugar de dejar que me resbale porque no siento nada.

Mi mirada se posa en Lauren y se detiene en ella, aunque se ha apartado de mí.

Sus palabras resuenan en mi mente y siento como si me hubieran puesto un espejo delante en el que tengo que mirarme para darme cuenta de lo que Lauren sabe desde hace poco: no siento nada. Hace mucho tiempo que no siento nada. Por nada. Ni por nadie. Excepto por ella. Ella es capaz de derretir mi coraza protectora con un simple roce. No tengo ni idea de cómo lo hace, pero lo hace, aunque ella no lo sepa.

—La Torre Grimaldi, señor —me informa Keith y sale del coche.

Poco después, abre la puerta de Lauren.

No espero a que haga lo mismo por mí, sino que salgo del coche inmediatamente después de Lauren.

—Estoy a su disposición, señor Grimaldi —me informa mientras cierra la puerta del coche y vuelve al asiento del conductor.

—No es necesario. Cogeré uno de mis coches. Quédese libre por hoy —le respondo y me despido.

Lauren y yo entramos en el edificio, donde a estas horas ya casi no hay nadie. Subimos en silencio al ascensor y nos dirigimos a la planta superior, donde se encuentran las oficinas de la dirección.

—Bueno, ¿puedo ayudarle en algo? —pregunta ella al salir del ascensor y dirigirse hacia mi oficina.

—Por ahora no —respondo secamente y me despido con un brusco movimiento de cabeza.

Las últimas horas han sido agotadoras porque he tenido que controlarme constantemente para no ceder a mi deseo de hacer con Lauren lo que hice con ella en Berkeley, en plena calle.

Mantener el control sobre mis instintos más básicos ya es bastante difícil cuando estamos en el mismo edificio, pero es casi imposible cuando compartimos el asiento trasero y su delicioso aroma invade constantemente mi nariz.

Y luego están sus piernas pecaminosas, enfundadas en esa prenda brillante y sedosa, que no han dejado de entrar en mi campo de visión durante todo el trayecto.

Cómo me hubiera gustado sumergirme entre sus muslos para ver si llevaba medias o medias de liga.

Y qué hubiera dado para que me la chupara para relajarme.

¡Joder!

Me dejo caer en la silla de mi escritorio y me froto la cara.

Esto tiene que acabar.

¡Ya!

Lauren Adams es mi compañera de trabajo. Es un peón en mi imperio, me repito por enésima vez.

Que controle mis pensamientos no forma parte del juego, porque yo soy quien establece las malditas reglas.

Suspirando, enciendo el ordenador y me pongo a trabajar, con la esperanza de que me distraiga de este tormento.

Al menos por un rato.



—¿Señor Grimaldi? —suena detrás de mí la melodiosa voz de Lauren.

Ignoro su presencia y miro a través de los ventanales de mi oficina hacia el puente de Brooklyn, que conecta Manhattan con Brooklyn y que parece iluminado por cientos de bombillas a estas horas de la noche.

El río Hudson parece de un azul profundo, casi negro, y el tráfico marítimo, tan ajetreado por lo general, descansa a estas horas de la noche.

Nueva York, la ciudad que supuestamente nunca duerme, lo hace después de todo. Y esta constatación me resulta inmensamente tranquilizadora, porque me da permiso tácito para concederme también unas horas de sueño sin tener que sentirme culpable por ello.

—¿Señor Grimaldi? —pregunta Lauren de nuevo, esta vez justo detrás de mí.

No me muevo porque estoy demasiado cansado para hacerlo. Estoy demasiado cansado para luchar contra la atracción que siento en su presencia. Es agotador y frustrante.

Debería despedirla. Apartarla de mi vida. Olvidarla. Olvidar que alguna vez existió. Pero no puedo.

Estoy enamorado de ella. Más aún: estoy obsesionado con ella. Y cuanto más lucho contra ello, más fuerte se vuelve el deseo.

Me he dado cuenta de ello inevitablemente en las últimas horas, mientras estaba aquí sentado intentando trabajar, sabiendo que Lauren estaba a solo unas paredes de distancia.

No sirve de nada negarlo. Y el anhelo es demasiado fuerte como para reprimirlo.

Deseo que Lauren acepte mi silencio y lo interprete como lo que es: una invitación silenciosa a que me deje en paz.

Pero, por supuesto, como suele ocurrir, ella no hace lo que se le pide.

Pone su mano entre mis omóplatos y la desliza lentamente por mi espalda. El calor se apodera de mí y, con cada segundo que la mano de Lauren permanece sobre mi cuerpo, se transforma de un calor crepitante en un fuego infernal incontrolable.

Casi parece que no es su mano la que está sobre mi espalda, sino un hierro al rojo vivo que se me clava profundamente en la carne.

—¿Señor Grimaldi?

Su pregunta es poco más que un susurro.

Su tacto es delicado. Tímido, pero valiente. Vacilante, pero decidido. Sabe exactamente lo que está haciendo. Solo que no sabe lo que eso significa para ella. Es decir, que ya no hay vuelta atrás.

Me giro lentamente hacia ella y la miro fijamente, como un cazador a su presa, justo antes de matarla.

—¿Por qué no te alejas de mí? —le susurro peligrosamente en voz baja y doy un paso hacia ella, de modo que nuestros rostros casi se tocan.

En sus grandes ojos azules hay una expresión de inocencia y bondad que me vuelve loco y me roba toda la fuerza de voluntad que me queda.

—Porque no puedo —susurra con voz ronca y traga saliva—. Y porque no quiero.

—¿Entonces qué quieres? —le levanto la barbilla y la obligo a mirarme con sus ojos azules y soñadores—. ¿Qué quieres de mí, ángel caído?

Sus preciosos ojos se agrandan por el nerviosismo y el miedo que siente en mi presencia, y hacen que me ponga duro como una piedra.

—Quiero… —susurra sin aliento.

—¿Quieres...?

Respira hondo y se humedece los labios con la lengua.

—Sueño con que me posees.

Mis cejas se levantan sorprendidas por su inesperada confesión.

Pensaba más bien que sus sueños incluían mi muerte. Pero que sean... sueños sexuales es muy interesante y extremadamente excitante.

La dirijo hacia atrás, hacia mi escritorio, hasta que choca con el coxis y queda atrapada entre el tablero y mis brazos.

Mis manos agarran el borde de la mesa a derecha e izquierda de sus muslos y encierran su cuerpo entre mis brazos, mi pecho y mis lomos.

—Así que sueñas que te follo, ¿verdad? —le susurro siniestramente al oído, pasando mi lengua por sus labios carnosos sin llegar a besarla.

Lauren jadea excitada y abre ligeramente los labios con la esperanza de que le dé más que esa pequeña y inocente muestra.

—Dímelo, Lauren. ¿Sueñas con que te poseo y te hago gritar? ¿Con que introduzco mi polla centímetro a centímetro en tu coño húmedo y estrecho y me corro profundamente dentro de ti mientras me suplicas a gritos que te haga correrte?

—Sí —gime con voz ronca—. Sí, lo hago.

—Entonces cuéntamelo —recorro con mi dedo índice los contornos de sus pómulos de forma provocativa—... cómo te follo en tus sueños. ¿Lo hago con suavidad?

Ella niega con la cabeza.

—¿No?

—No —susurra.

—¿Con fuerza?

—Sí

Mi polla se estremece ante su confesión y estoy deseando saber más.

—Cuéntame tu sueño. Dime cómo lo hacemos. Y quizás... si me gusta... haré realidad tu sueño hoy.

Mi nariz roza el cuello desnudo de Lauren y respira con avidez su dulce aroma angelical, que inunda mis sentidos y es como un afrodisíaco que me sumerge en un éxtasis que bloquea todo lo que me rodea.

—No puedo… —jadea y gime en voz baja—. No puedo concentrarme cuando haces eso.

—¿Cuando hago qué? —pregunto con voz ronca y muerdo juguetonamente el lugar de su cuello donde acabo de chupar con mis labios.

—Cuando me tocas así.

—¿Cómo?

La beso apasionadamente a lo largo del cuello y siento cómo me vuelvo más impetuoso y salvaje con cada beso, porque su aroma y su sabor despiertan en mí un deseo que ansía ser saciado.

Mi mano se desliza desde su mejilla hasta su pecho derecho, que aprieto con lujuria.

Lauren y yo gemimos al unísono y su espalda arqueada me delata: quiere más.

Sin pensarlo dos veces, le desabrocho la blusa, dejando al descubierto su sujetador de encaje azul claro semitransparente y se lo quito. Mis dedos tocan el pezón derecho de Lauren, que reacciona con agradable sensibilidad a mi contacto. Los retuerzo, los pellizco y los hago rodar entre el pulgar y el índice antes de sustituir el doloroso maltrato por suaves caricias que hacen que Lauren se derrita.

Ella echa la cabeza hacia atrás y respira ruidosamente. El tormento al que la someto la vuelve loca.

Muy bien.

—Aún no me has dicho cómo lo hacemos en tus sueños, dulce ángel. Mientras no me lo digas, no podré cumplir tu sueño —le susurro al oído mientras le beso con determinación los pechos desnudos.

Lauren me agarra del pelo cuando mis labios rodean sus pezones y suelta un suave juramento que ni siquiera sabía que formaba parte de su vocabulario educado.

—Si ahora me sumerjo entre tus piernas y te saboreo... ¿estarás seca o mojada, eh? —le susurro en los pechos mientras le acaricio los muslos con la mano libre.

Le subo la falda y compruebo con satisfacción que no lleva medias, sino medias de liga, lo que me facilita el acceso a su centro del placer.

Mis dedos se deslizan por sus bragas y se sumergen en su raja, que los recibe húmeda y caliente.

—Hmmmm —ronroneo—. Lo suficientemente húmeda como para follarte directamente.

—Sí —susurra Lauren y traga saliva—. Húmeda y lista.

Masajeo su clítoris hasta que su líquido placer corre por mis manos y Lauren clava los dedos en mi pelo con tanta fuerza que tengo motivos para creer que está a punto de correrse.

De repente, la suelto y me alejo de ella.

—No —balbucea aturdida y abre los ojos horrorizada—. Por favor, no pares.

—No seguiré hasta que me digas cómo lo hacemos en tus sueños. Y como no puedes concentrarte cuando te toco, no volveré a tocarte hasta que respondas a mi pregunta de forma satisfactoria —respondo con severidad.

Levanto una ceja en señal de desafío y clavo en Lauren mi mirada implacable. No me resulta nada fácil no flaquear.

Porque su aspecto es para caerse de rodillas. Está profundamente excitada y completamente fuera de sí. Muestra su deseo de forma tan abierta y genuina que podría masturbarme aquí y ahora solo con mirarla y correrme en menos de un minuto.

Ella baja la mirada y susurra avergonzada:

—Sueño con que te pones detrás de mí y me tomas con fuerza. A veces me apoyo en la pared, otras veces estoy tumbada sobre tu escritorio.

Resoplo divertido. Vaya, vaya. La dulce angelita también tiene un lado sucio y perverso. Este conocimiento inesperado me vuelve loco de excitación.

—Qué bien que ya estés apoyada en mi escritorio —le susurro con aire amenazador mientras me acerco lentamente a ella—. Date la vuelta, vamos. Pon el torso sobre la mesa. Y súbete la falda si quieres que te haga correrte.

Lauren parpadea al oír mis palabras, como si no pudiera creer lo que está pasando. No es la única. Yo también evito a toda costa pensar con claridad, porque si no me daría cuenta de la locura que estoy cometiendo.

Lentamente y con las piernas temblorosas, Lauren se da la vuelta. Con el pecho tembloroso, apoya el torso sobre la mesa, tal y como le he ordenado, y se sube la falda por las caderas con las manos.

Me coloco detrás de ella y le acaricio con la mano plana el culo liso, suave y redondo.

—¡Ah! —grita Lauren cuando no puedo resistir la tentación de darle una fuerte palmada.

Con un movimiento fluido, engancho mis dedos índices bajo los elásticos de su tanga y lo bajo hasta la parte posterior de sus rodillas.

Luego le separo las nalgas y las amaso con rudeza, mientras mi entrepierna se frota con avidez contra su carne.

Abro la cremallera de mis pantalones y libero mi polla palpitante, que deslizo con un gemido obsceno por la caliente y hinchada raja de Lauren.

—Joder, estás mojada —jadeo, disfrutando de la humedad viscosa que la enjabona como una ducha caliente.

El sonido que hace mi polla al atravesar su pubis hace que mis cojones se contraigan de placer.

Todo mi ser quiere hundirse en Lauren de una sola vez, con un solo empujón. Quiero follarla como un animal salvaje y tomarla con tanta fuerza que la mesa se rompa bajo mis embestidas.

Pero me controlo, porque ella no es una de mis experimentadas, complacientes y curtidas amantes, sino un ángel caído con sueños y sentimientos.

En lugar de penetrarla con impetuosidad, me arrodillo y hundo la cara entre sus nalgas, donde mi lengua encuentra la entrada de su centro de placer y lo rodea juguetonamente.

Lauren jadea asustada. Al parecer, no esperaba que la lamiera así, ni siquiera que la lamiera. Pero como recuerdo perfectamente lo mucho que disfrutó de esta atención oral la última vez, se la concedo también esta vez.

Solo correr... pero esta vez no se correrá en mi lengua, sino en mi polla, profundamente dentro de ella.

Lauren gira su pelvis sobre mi boca, primero con cuidado, luego cada vez con más avidez. Su timidez y reserva iniciales han dado paso al puro placer y a una desenfrenada falta de inhibiciones, y su búsqueda del clímax ya no conoce límites.

Sigo jugando un rato más, porque me excita muchísimo saborearla y estimularla. Pero entonces me levanto, saco la cartera del bolsillo del pantalón, la tiro descuidadamente sobre la mesa junto a Lauren y saco un condón. Lo abro con los dientes y me lo pongo.

Con ansiosa expectación, pongo las palmas de mis manos sobre las de Lauren e inclino mi boca hacia su oreja izquierda.

—Última oportunidad para retirarte. Una vez que empiezo, no hay vuelta atrás, ángel del paraíso. Así que decide ahora y dime lo que quieres.

—Yo… —jadea, humedeciéndose los labios—. Te quiero. Dentro de mí.

—¿Como en tu sueño? ¿Duro y sucio?

—Sí —susurra rendida, temblando solo de imaginar cómo pienso tomarla en un momento.

Al parecer, sus sueños son bastante reales, si solo el recuerdo les provoca esa reacción. La buena noticia para ella es que en la realidad soy mucho mejor que en su fantasía. Y eso es precisamente lo que voy a demostrar ahora.

—Agárrate fuerte, angelito —le advierto mientras deslizo la lengua por el contorno de su oreja—. Va a ser intenso y apasionado.

Quito una de mis manos del dorso de la mano de Lauren y coloco mi polla en su entrada, que está maravillosamente húmeda y relajada gracias a mis caricias con los labios.

Mi glande penetra en Lauren con un empujón potente y el resto de mi polla, tensa hasta el último milímetro, lo sigue.

Se siente como una sesión de sauna combinada con un viaje al jacuzzi y un masaje relajante. Simplemente fantástico.

Como Lauren aún no está acostumbrada a mí, mi erección se comprime de forma casi dolorosa al entrar en su coño.

Disfruto cada segundo del camino y llego al final demasiado rápido. Nunca antes la maldita frase "el camino es el destino" había

encajado mejor que en este momento.

Respirando con dificultad, me quedo dentro de ella hasta el fondo antes de retirarme lentamente y repetir el procedimiento.

Esta vez, Lauren ya está un poco más dilatada, por lo que me resulta más fácil deslizarme dentro de ella.

Después de la tercera vez, está lista para que intensifique mis movimientos.

Normalmente no soy tan considerado y atento, pero no soy capaz de follar a Lauren como si fuera un caparazón sin contenido.

Está llena de vida y amor. Llena de esperanza y fe en lo bueno de las personas. Y por mucho que condene y deteste todo eso, no se lo voy a quitar. No voy a apagar su luz con mi oscuridad. Es demasiado pura para eso. Demasiado inocente. Demasiado buena.

—¡Ah!

Lauren grita cuando la penetro con fuerza y su pelvis golpea el borde de la mesa.

—Te lo advertí, Lauren —le susurro entre dientes—. Querías que fuera duro y ahora no puedes soportarlo.

—Sí —susurra sin aliento—. Sí, lo quiero.

—Bueno, si tú lo dices —murmuro con esfuerzo y la empujo un poco más fuerte.

Mis caderas golpean su suave trasero y desatan un concierto de placer que llena toda la habitación.

Lauren jadea bajo mis embestidas y quiere levantarse, pero la agarro con fuerza por el cuello y la empujo de nuevo contra la mesa.

—¿Quién te ha dicho que te muevas, eh? Te vas a portar bien y vas a dejar que te folle hasta que haya terminado contigo y me corra dentro de ti —le susurro con severidad.

Lauren gime en voz baja y se acurruca contra mí. Le gusta que yo lleve la voz cantante. Ya me lo imaginaba. ¿Por qué si no iba a soñar conmigo? Desde luego, no porque sea el prototipo del sexo tierno y cariñoso.

Ella lo quiere duro. Lo necesita salvaje. Y yo puedo darle exactamente eso. Satisfacerla. Hacerla volar. Y a mí con ella.

—Así está bien. Sé una buena chica y abre bien las piernas para mí —sonrío cuando sus piernas amenazan con ceder.

La sostengo con mis manos y sigo bombeando dentro de ella sin descanso.

Sus pechos rozan la mesa y su clítoris se estimula aún más con el borde sobre el que está apoyada.

No aguantará mucho más, y yo tampoco.

Pero este interludio tampoco está pensado para eso. A los dos nos importa encontrar la redención. La redención del tormento que nos ha acompañado durante todo el día, porque nuestra inevitable cercanía nos ha llevado inevitablemente al éxtasis.

—¿Quieres correrte? —le pregunto con voz apagada, porque el ritmo y la intensidad con la que la penetro hacen que mi corazón se salga del pecho—. ¿Quieres correrte y gritar para mí?

—Dios, sí —gime Lauren prolongadamente—. Yo... quiero. Lo necesito.

—Entonces ven. O lo haré yo —le advierto, y desplazo mi peso hacia los talones para rozar directamente su punto G.

Poco después, un temblor recorre su cuerpo y, tras veinte segundos, no es más que un ser indefenso que suplica clemencia aturdido.

La fuerza de su clímax la golpea de forma inesperada y tan violenta que sus piernas se doblan y solo mis brazos la sostienen sobre ellas.

Sigo bombeando dentro de ella. Interrumpo cada uno de sus gritos con una embestida y la follo hasta que su último grito se apaga. Solo entonces me permito soltar y encontrar también mi liberación.

# 19

## LAUREN




Sin aliento, cierro de golpe la puerta de mi piso y me apoyo temblorosa contra ella.

Mis piernas vuelven a fallarme y me deslizo indefensa, con la espalda contra la puerta, hasta el suelo.

Todo en mí late, pulsa y tira. Siento unas agujetas como las que solo conozco del gimnasio. Pero normalmente aparecen uno o dos días después. El hecho de que ya las sienta ahora, tan poco después de nuestro salvaje encuentro sexual, despierta en mí un oscuro presentimiento de cómo me sentiré mañana cuando me despierte.

Todavía no puedo creer lo que ha ocurrido esta noche.

Lo hemos hecho. Raffaele, él... él se ha acostado conmigo. Aunque difícilmente esa sea la expresión correcta para lo que hemos hecho.

No fue un romántico sexo de flores entre sábanas de seda.

Fue un duro polvo sobre la mesa de la oficina.

Prohibido. Reprochable. E increíblemente caliente.

La estimulante satisfacción que hace flotar mi cuerpo como en nubes de algodón, impide que pueda pensar con claridad.

Me encuentro en algún lugar entre la pura felicidad, la consternación sin límites y la completa incredulidad.

Lo nuestro nunca debería haber ocurrido. Raffaele dijo que jamás se acuesta con empleadas. Y sin embargo lo ha hecho. Ha roto su propia regla. Por mí.

Ni siquiera me atrevo a pensar en las consecuencias que esto traerá. Y que mañana posiblemente me quedaré en la calle porque me despedirá sin previo aviso.

Disfruto de este aplazamiento solo porque hoy no se le ha presentado la oportunidad de hacerlo.

Porque cuando ambos recuperamos más o menos el aliento y él se refrescó en el baño contiguo a su oficina, yo me escapé.

Sí, es cierto. Me escapé.

Me subí las bragas, me bajé la falda y me di a la fuga.

Por qué, ni yo misma lo sé exactamente.

Quizás porque me avergonzaba. Y porque tenía miedo. Miedo al *después*. Y luego estaría también el fulminante orgasmo que me desbordó y me superó completamente.

La situación simplemente me sobrepasó y sentí la urgente necesidad de escapar de ella.

Simplemente no pude reunir hoy la fuerza para enfrentarme a Raffaele.

Sé que esto no es ni maduro ni apropiado, pero dadas las circunstancias, me lo perdono y aplazo la reprimenda para mañana.

Por hoy definitivamente he tenido suficiente.

Me impulso sobre mis pies, me quito los zapatos y me preparo un baño caliente. Además, cojo una botella de vino tinto de la estantería. Prescindo del vaso. Hoy es definitivamente uno de esos días en los que se bebe directamente de la botella. Y hasta que esté vacía.



Ir a la Torre Grimaldi a la mañana siguiente me resulta especialmente difícil.

A pesar de la botella de vino que me bebí, pasé la mitad de la noche despierta, reviviendo una y otra vez el sexo con Raffaele.

Me he preguntado cómo pudo ocurrir y más aún: *por qué* ocurrió.

¿Por qué Raffaele rompió su férrea regla por mí?

¿Por qué se ha vuelto íntimo conmigo? Y ya por segunda vez.

No importa cómo le dé vueltas, siempre llego a la misma conclusión: yo no soy nadie. Y él... él lo es todo. Encarna poder, riqueza y belleza en abundancia.

¿Por qué se interesa un hombre como él por una mujer como yo?

Algo así quizás ocurre en las películas, pero no en la vida real.

Y sin embargo, mi dolorida vulva es la mejor prueba de que las películas pueden cobrar vida.

Cuando entro en el edificio, me cuesta poner un pie delante del otro. Estoy atormentada por unas agujetas asesinas, adolorida y todavía muy sensible.

Además, las mariposas en mi estómago hacen que me sienta como en un vuelo parabólico.

Con la mirada baja, me dirijo a las puertas de entrada frente a los ascensores y secretamente espero que mi tarjeta de empleada haya sido desactivada durante la noche y me nieguen el acceso.

Pero no ocurre nada por el estilo.

La luz verde parpadea y la puerta transparente de cristal se abre.

Respiro aliviada y espero al siguiente ascensor.

Mi nerviosismo aumenta cuando salgo en el piso superior y me dirijo a mi puesto de trabajo, que se encuentra no muy lejos de la oficina de Raffaele.

Pero consigo llegar allí sin ser vista y encender el ordenador. Conteniendo la respiración, busco en mi bandeja de correo electrónico mi carta de despido.

Pero tampoco allí hay indicios de posibles consecuencias que el sexo con Raffaele podría haber acarreado.

En cambio, mi calendario me indica que tengo una reunión en diez minutos. Con Raffaele.

Por suerte, habrá otras diez personas presentes, así que no tendré que estar a solas con él.

Sé que no puedo posponer esto eternamente, aunque solo sea porque inmediatamente después de la reunión tengo que aclarar los detalles del terreno en Newport e informar a Raffaele para que pueda tomar una decisión.

Pero hasta entonces me queda algo de tiempo para volverme loca alternativamente y pensar en la dura polla de Raffaele, que encendió un fuego artificial de lujuria dentro de mí.

Aparto enérgicamente este último pensamiento y recojo mis documentos. Entonces me dirijo a la sala de conferencias y me siento en uno de los asientos libres.

Cuando Raffaele entra en la sala unos minutos más tarde, no me dirige ni una mirada.

Incluso cuando me dan la palabra y expongo algunos hechos sobre el progreso de un proyecto de construcción, me ignora.

Ninguna pregunta. Ninguna corrección. Ningún... nada.

Me trata como si fuera aire. Como un fantasma. Como alguien que no es digno de su atención.

Y aunque debería alegrarme, porque es mucho mejor que taladrarme con su mirada o pedirme explicaciones, me duele.

Me siento utilizada y barata.

Pero, ¿qué esperaba?

¿Que Raffaele me regalara rosas? ¿Que me declarara su amor? ¿Que me recibiera con una amplia sonrisa, me abrazara y besara tiernamente mi cabeza?

Difícilmente.

Raffaele Grimaldi trata a las personas como basura. Las utiliza para sus propósitos y las desecha cuando ya han cumplido su función.

Es un empresario implacable que no conoce ni escrúpulos ni clemencia.

Ha conseguido de mí lo que quería. Y con eso he terminado para él.

Quizás cree que todavía puede beneficiarse profesionalmente de mi presencia, lo que probablemente sea la razón por la que no me

ha despedido. *Todavía* no.

Pero después de haberme entregado a él anoche y haber reducido mi valor a mi apariencia, no debería sorprenderme estar pagando las consecuencias ahora.

Por mucho que me gustaría estar enfadada con Raffaele y de hecho lo estoy, a pesar de saber que no debería: sólo puedo culparme a mí misma.

La situación en la que me encuentro ahora es el resultado de mis decisiones y acciones.

Podría haber dicho que *no*. Podría haberle pedido que me dejara en casa y mantenerme alejada de Raffaele.

En cambio, me fui con él a la oficina, sabiendo perfectamente que probablemente no encontraríamos a nadie allí y estaríamos solos.

Y después de trabajar en silencio durante dos horas, me debilité. Fui a su despacho y me ofrecí a él.

Me ofrecí a él porque el impulso de estar cerca, sin poder tenerlo, sin poder sentirlo, se volvió abrumador.

Estar en el mismo edificio que Raffaele es soportable. De alguna manera. Pero encontrarse durante horas en su proximidad directa, atrapada en un espacio reducido y luego experimentar cómo sale de detrás de su fachada inaccesible y, aunque solo sea por un momento, muestra su verdadero *yo*, ha desatado mi anhelo y provocado una pérdida total de control.

—Eso es todo. Póngase a trabajar y manténgame informado —se despide Raffaele con un tono gélido, se levanta y abandona la sala.

Estaba tan sumida en mis pensamientos que ni siquiera me di cuenta de que la reunión había llegado a su fin.

Pensativa, observo a Raffaele mientras se marcha y luego me animo a comenzar con el proyecto Newport. La distracción es probablemente la mejor medicina en este caso.

# 20

## RAFFAELE




—¿Señor Grimaldi?

El chasquido del intercomunicador me hace detenerme en medio de mi conversación telefónica.

—¿Qué ocurre?

—La señorita Adams está aquí para entregarle los documentos de la evaluación de Newport y para comentar con usted los resultados —me informa Beatrice.

—Que pase —respondo y retomo mi conversación telefónica.

Pocos segundos después, la puerta de mi despacho se abre tímidamente y Lauren aparece en el umbral con expresión insegura.

No interrumpo mi conversación por ella, sino que con mi mano libre le hago un gesto para que entre y luego la extiendo para recibir los documentos.

Lauren me los entrega e intenta tomar asiento, pero le indico que permanezca de pie.

—Henry, dame un momento, ¿vale? Quédate en línea. Vuelvo enseguida —le digo al director de mi sede en Londres y silencio la llamada.

—Estos son los documentos sobre...

—Sé lo que es —corto a Lauren y les echo un vistazo rápido—. ¿Pero qué se supone que debo hacer con este informe interminable? ¿Dónde está el resumen? No más de media página y, más importante aún, ¿dónde está su recomendación?

—¿Mi... *recomendación*?

Pongo los ojos en blanco irritado.

—Sí, señorita Adams. Su recomendación. Pensaba que dominaba nuestro idioma. Le confié este proyecto para que me dijera si debemos adquirir el terreno o no.

—Yo pensaba... bueno, pensaba que *usted* tomaría la decisión —balbucea Lauren sorprendida.

—Y así es. Basándome en *su* recomendación, *su* evaluación y la información *que usted* ha recopilado. Pero todo eso debe estar resumido de forma concisa en una página y acompañado de una recomendación inequívoca que sea *Sí* o *No*. Si tuviera el lujo del tiempo para revisar todo este expediente, podría haberlo hecho yo mismo.

Lauren asiente avergonzada e intenta coger el expediente, pero lo aparto y la miro inquisitivamente.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—Su recomendación, ¿cuál es? Se le ha acabado el tiempo, señorita Adams. No le queda tiempo para rehacer los documentos. Así que dígame aquí y ahora cuál es su decisión.

—Lo compraría —responde con plena convicción.

—¿Sin reservas?

—Sin reservas.

La examino severamente y asiento.

—Bien. Entonces llame a Nigel y ponga todo en marcha.

La sorpresa se desliza en su mirada hasta hace un momento tan decidida, y sus uñas pintadas de un rosa discreto rascan nerviosamente su delicada piel.

—¿No quiere revisar mi trabajo?

—Me acaba de decir que compraría el terreno sin reservas. ¿Por qué debería comprobarlo? ¿Acaso no confía en su propio juicio, señorita Adams?

Ella se muerde el labio inferior y mira al suelo.

Me cuesta no imaginar cómo se sentirían esos labios sobre los míos. Porque aunque anoche tuvimos sexo aquí, sobre este escritorio, no nos besamos. Al menos no en la boca.

No llegamos a eso porque Lauren se escabulló cobardemente en lugar de demostrar fortaleza y enfrentarse a mí.

Deberíamos haber hablado de lo ocurrido. Yo habría *querido* hablar de ello.

Pero me negó esa posibilidad al marcharse mientras yo me aseaba rápidamente en el baño.

Su huida es una respuesta clara a nuestro desliz nocturno. Lo considera un error. De lo contrario, no se habría ido sin decir una palabra al respecto. Y los errores, al menos en mi universo, no se repiten.

—Bueno... —me saca de mis pensamientos—. Soy nueva en este negocio. Podría cometer errores de los que solo me daría cuenta más tarde.

—¿Como anoche?

Mi voz corta el aire con su filo y aunque no quería sacar este tema, no puedo evitarlo ante semejante oportunidad.

Los ojos de Lauren adoptan una expresión incómoda con mi pregunta, y puedo ver cómo se mueve su garganta al tragar.

—No —susurra y se coloca un mechón suelto detrás de la oreja —. Quiero decir... sí.

—¿Qué es entonces, *Sí* o *No*? ¿Fue anoche un error?

—No lo sé —suspira y su postura se tensa notablemente bajo mi mirada, que permanece fría y distante sobre ella.

—¿Ocurrió contra su voluntad?

—No —exclama Lauren indignada—. Por Dios, no. Lo quería. Todo.

—Bien. Entonces acordemos que sucedió y que no volverá a repetirse. Y ahora disculpe, señorita Adams, tengo trabajo que hacer.

—¿Podemos hablar de ello? —pide—. ¿Con calma?

—Como ya he dicho: sucedió porque ambos lo quisimos y lo permitimos. Y estamos de acuerdo en que fue algo puntual. ¿Qué

más hay que hablar?

Lauren respira hondo y me mira como si quisiera decir algo más. Le doy tres segundos. Cuatro. Cinco.

Se acabó. Cinco segundos son suficientes para decidir si se quiere decir algo y, en tal caso, *qué* se quiere decir.

Giro en mi silla, le doy la espalda y vuelvo a mi conversación telefónica.

—¿Henry? ¿Por dónde íbamos?



—Beatrice, haga venir a Lauren Adams a mi despacho —digo de pasada a mi asistente personal.

Hay discrepancias en uno de los proyectos que ella supervisa y quiero aclararlas con una persona de mi confianza.

Bueno, quizás *confianza* sea demasiado, pero al menos no *des*confío de Lauren Adams.

Puede que sea nueva y que aún esté en fase de adaptación y aprendizaje, pero no me engaña. No me oculta nada ni encubre errores.

Los errores que comete, aunque le resultan tremendamente embarazosos, los asume. Y con eso, en el equipo que gestiona este proyecto de construcción, es prácticamente la única.

Ya le he dado a entender al departamento de personal, después de aquella desastrosa reunión hace unas semanas, que deseo cambios y espero que se implementen lo antes posible. Pero mientras tanto, para lo que quiero saber, me centro en la persona del equipo que con mayor probabilidad me dirá la verdad.

—La señorita Adams ya ha abandonado la oficina —me informa Beatrice cuando estoy a punto de volver a mi despacho.

Me detengo bruscamente y me giro hacia Beatrice.

—Apenas son las siete.

—Soy consciente de ello, señor Grimaldi. Pero uno de los compañeros celebra hoy su 30 cumpleaños. Por eso muchos de los invitados han terminado excepcionalmente antes.

—¿Quién? —siseo entre dientes.

—Corey Jenkins, el...

—Sé quién es Corey Jenkins —la interrumpo—. ¿Está usted también invitada?

Beatrice asiente.

—Sí, lo estoy. Pero ya he avisado de que me uniré más tarde, en cuanto usted no me necesite más aquí.

—¿Cuánta gente asistirá a esta fiesta y dónde se celebra? —pregunto, consciente de que así atraigo la atención y la sospecha de Beatrice.

Por suerte, no tiene el valor de preguntarme por qué quiero saberlo.

En su lugar, responde en tono neutral:

—Aproximadamente veinte compañeros. Nos encontramos en el *Golden Shark* y después quizás salgamos de marcha.

—¿Un jueves? —pregunto con exageración.

Beatrice se encoge de hombros y sonríe.

—Solo se vive una vez. Y ninguno de nosotros se hace más joven, como demuestra claramente el cumpleaños de Corey. Además, mañana es viernes, así que el fin de semana está prácticamente a la vuelta de la esquina.

—Ahora que conozco vuestros planes, exigiré aún más de usted mañana. Es consciente de ello, ¿verdad?

La sonrisa de Beatrice se hace aún más amplia y aunque me esfuerzo por mantener una expresión seria, mis comisuras se contraen ante su divertida mueca.

—No esperaba otra cosa, señor Grimaldi.

—Bien. Entonces váyase ahora, para que al menos hayan valido la pena las torturas que le haré pasar mañana. Puede transmitirle lo mismo a la señorita Adams.

# 21

## LAUREN




—Estos dolores de cabeza acabarán conmigo —murmuro en voz baja, porque cualquier cosa que supere el tono de susurro hace que mi cabeza esté a punto de explotar.

Anoche celebramos el 30 cumpleaños de Corey y... bueno... la fiesta se nos fue un poco de las manos. Todo comenzó de forma bastante inocente con unas copas en el *Golden Shark*, pero no nos quedamos solo con esas pocas copas. Por desgracia, como ahora puedo reconocer.

En realidad, nunca me emborracho. Y dejarme llevar por tonterías tampoco es propio de mí.

Pero digamos simplemente: lo necesitaba.

La situación con Raffaele me supera y me está costando muchísima energía.

No puedo lidiar con que en un momento tengamos sexo y al siguiente nos tratemos de usted y actuemos como si nunca hubiera pasado nada.

Me habría gustado hablar con Raffaele sobre lo ocurrido con toda tranquilidad, pero soy consciente de que perdí mi oportunidad en el momento en que salí huyendo de él.

Eso fue definitivamente la prueba definitiva de que no estoy a la altura de la situación. Que no estoy a la altura de un hombre como *él*. Y que no puedo tener una diversión desenfadada y sin complicaciones.

Pues... y esto es lo que tengo ahora.

Atravieso el pasillo, me apresuro hacia mi escritorio y enciendo el ordenador.

Con el mayor sigilo posible, dejo mi bolso, cojo la bolsa de la compra y abandono de nuevo mi puesto. Al hacerlo, echo discretamente un vistazo por encima del hombro para asegurarme de que estoy completamente sola. Luego giro hacia el baño de señoras de la planta ejecutiva y respiro aliviada.

Lo he conseguido.

Para mi vergüenza, debo confesar que no he pasado por casa desde ayer por la mañana. Nosotros, es decir, algunos compañeros y yo incluida, hemos estado de juerga toda la noche. Nos quedamos en el *Golden Shark* hasta que cerró sus puertas poco después de la una de la madrugada y después seguimos la fiesta en un club hasta que este también dio por terminada la noche a las cinco y media. Después, como colofón final, desayunamos en un restaurante cercano. Un desayuno para la resaca, por así decirlo.

En realidad, habría tenido tiempo suficiente para pasar rápidamente por casa antes de empezar a trabajar, ducharme y ponerme ropa limpia.

Pero para mi desgracia, durante mi segundo café en el restaurante, descubrí que Raffaele me había citado en su despacho a las siete y media de esta mañana.

Normalmente, rara vez está en la oficina antes de las nueve, porque a menudo se reúne con conocidos y socios comerciales para un desayuno de negocios en la ciudad, o atiende citas externas importantes desde el principio del día.

Que me convoque tan repentinamente una mañana de viernes es inusual. Sobre todo porque el aviso llegó justo después de las diez de la noche de ayer. Por correo electrónico. Una razón más por la que no lo vi hasta esta mañana.

Así que no me quedó más remedio que pasarme por un supermercado abierto las 24 horas que también tiene sección de ropa, comprarme algo medianamente presentable a regañadientes y dirigirme a toda prisa a la oficina para ducharme y cambiarme allí.

Como la Torre Grimaldi está a solo unas pocas manzanas del restaurante y del supermercado, era claramente la mejor estrategia en vez de volver a casa en plena hora punta y arriesgarme a llegar tarde a la cita con el jefe.

Para que mi plan funcionara, solo tenía que conseguir llegar al baño de señoras de la planta ejecutiva lo más desapercibida posible, porque allí no solo hay tres elegantes retretes, sino también dos cabinas de ducha no menos elegantes.

Y justo eso es lo que voy a aprovechar ahora.

Me quito rápidamente la ropa sudada y abro el grifo de la ducha. El agua caliente cae sobre mí y elimina las huellas de la noche anterior: la sal de mi piel. El humo de mi pelo. Y el sabor a café de mi lengua.

Me enjabono rápidamente y elevo una plegaria al cielo por lo bien equipado que está este baño de jefes.

Champú y gel de ducha con buen aroma, loción corporal perfumada, toallas e incluso secador, peine, desodorante y cepillo están a disposición.

Lástima que no tenga tiempo de aprovechar este lujo, porque bajo ninguna circunstancia quiero hacer esperar a Raffaele.

Me seco el cuerpo, me seco el pelo apresuradamente y abro la cabina de ducha para ponerme la ropa que he colgado en el gancho de fuera, para que no se moje.

Pero justo cuando voy a cogerla, me sobresalto asustada y grito en pánico, porque alguien empieza a hablar a mis espaldas.

Mi cabeza duele con el movimiento brusco y me recuerda vívidamente por qué normalmente apenas bebo.

—¿No tiene casa, señorita Adams?

Con el corazón latiendo salvajemente, me giro hacia la voz profunda, rebosante de sarcasmo.

¡Raffaele!

Está apoyado a pocos metros de mí, con los brazos cruzados sobre el pecho, junto a la puerta, y me observa con una expresión acechante en sus ojos oscuros.

—Sí —logro decir jadeando, porque mi corazón late tan fuerte y rápido en mi pecho que apenas puedo respirar—. Pero anoche no estuve allí.

Es la verdad y, sin embargo, un error fatal.

Pero solo me doy cuenta cuando ya lo he dicho y la mirada de Raffaele se ensombrece, de modo que sus ojos brillantes me recuerdan a una tormenta amenazadora y destructiva.

Se separa de la pared y se acerca a mí.

—Así que anoche no estuvo en casa.

Niego con la cabeza y miro al suelo sintiéndome atrapada, donde las puntas de sus zapatos entran en mi campo de visión.

—¿Dónde estaba entonces, señorita Adams? —susurra en mi oído —. ¿Se dejó follar bien por Corey? ¿O le regaló una mamada por su cumpleaños?

Jadeo indignada y aparto la vista de los zapatos de Raffaele.

—Nada de eso. Corey y yo solo somos compañeros —le contradigo—. Y aunque hubiera pasado algo entre nosotros, no sería asunto suyo.

—¿Ah no? —susurra Raffaele mientras desliza su dedo índice por mi brazo desnudo, con el que sujeto casi espasmódicamente la pequeña toalla que cubre mi cuerpo—. Pues yo opino todo lo contrario.

Agarra con brusquedad mi pelo húmedo, obligándome a echar la cabeza hacia atrás.

No me da tiempo a tomar aire cuando Raffaele ya está presionando sus labios contra los míos, conquistándome con un beso ardiente y fogoso.

Gimo, sorprendida y complacida a la vez, lo que Raffaele aprovecha para introducir su lengua por la abertura de mis labios y sumergirse profundamente en mí.

Como todo en este hombre, también este beso es testimonio de dominio, poder y provocación.

Exige una sumisión absoluta y no me queda más remedio que concedérsela. No porque quiera, sino porque no tengo elección.

Su agarre en mi pelo es férreo. Sus labios sobre los míos, despiadados. Y su lengua, que rodea la mía, solo espera para atacar.

Además, con este beso Raffaele anula mi razón. Y es plenamente consciente de ello. Sabe que soy cera en sus manos y que puede hacer conmigo lo que se le ocurra. No me resistiré porque anhelo demasiado su presencia y su afecto como para rechazarlo.

—Si quieres que alguien te folle, será conmigo —murmura con voz ronca cuando se aparta momentáneamente de mi boca para recuperar el aliento—. Y si sientes la necesidad de chupársela a alguien, también será a mí.

Presiona sus labios una vez más sobre los míos, antes de que tenga la oportunidad de responder, haciéndome olvidar todo lo que me rodea excepto a él y sus ardientes besos.

De haber sabido lo increíblemente bien que besa este hombre, mis sueños probablemente habrían sido mucho más húmedos y sucios.

Debería haberlo imaginado. Al fin y al cabo, sus labios se sintieron fenomenales sobre mi clítoris. ¿Por qué no también sobre mi boca?

Estoy tan absorta en su posesivo y dominante beso que no me doy cuenta de la mano libre de Raffaele, que se desliza bajo mi toalla y se dirige decididamente hacia mi centro, hasta que ya está entre mis piernas.

—Así es. Abre bien las piernas para mí —gruñe contra mis labios y, sin previo aviso, comienza a frotar mi perla—. Si estuviéramos en mi casa ahora, te arrastraría a esa ducha, abriría el agua, te presionaría contra la pared y te follaría hasta que se agotara la última gota de agua caliente. Y después... —sopla provocativamente en mi oído—. Después dejaría que me la chuparas hasta el orgasmo.

Jadeo ahogadamente y siento cómo me excito aún más con su obsceno lenguaje sucio.

—Pero desgraciadamente, ambos tenemos que trabajar ahora. Así que te doy exactamente un minuto para correrte. Un minuto y ni

un segundo más. A partir de —mira su reluciente Rolex, como para dejarme claro que habla en serio—... ya.

Sus dedos frotan ávidamente mi sexo, mientras sus labios buscan los míos y abusan de ellos sin piedad.

La lengua de Raffaele me devora en cuerpo y alma. Saborea mis sentidos y mis pensamientos. Me lanza a un delirio en el que solo importa una cosa: mi clímax.

Hago girar mi pelvis contra su mano, gimo suavemente cuando introduce dos de sus dedos en mí y comienza a masturbarme, y apoyo impotente mis manos en la pared de azulejos detrás de mí para mantener de alguna manera el equilibrio.

—Veinte segundos —me advierte—. Mejor que te des prisa.

Estimulada por la adrenalina que inunda mi cuerpo con sus palabras y el miedo de tener que pasar el resto del día en este estado de suspensión, aparto mis manos de la pared, las hundo en el pelo de Raffaele y me robo un beso desinhibido y animal, mientras siento sus dedos profundamente en mi centro.

—Cinco —jadea Raffaele—. Cuatro, tres, dos...

—Ahhhh —se me escapa cuando la primera ola de placer me arrolla y arrastra mi cuerpo—. Síííí... —sollozo—. Oh, Dios... yo... sí... sí... esto es... esto es tan bueno.

Disfruto de las olas que se hacen cada vez más grandes y me dejo llevar. Me dejo arrastrar. Permito que me lleven y pierdo el control, la orientación y toda noción del tiempo en este océano infinito de satisfacción.

Solo cuando las olas van disminuyendo lentamente y recupero el aliento, abro los ojos parpadeando y vuelvo poco a poco en mí.

—Tenemos que trabajar en tu rapidez. Eso fue claramente demasiado lento —me reprende Raffaele con su estilo frío y distante, y me suelta después de asegurarse de que puedo mantenerme en pie sin su ayuda.

Se reajusta el bulto de su entrepierna y se yergue en toda su estatura.

—Debería haberlo hecho ya en Berkeley —murmura y va al lavabo para lavarse las manos.

—¿El qué? —pregunto, todavía bastante sin aliento.

—Besarte.

—¿Significa eso...?

—Me debes un orgasmo. Y como ahora tengo que pasar todo el día así... —señala su entrepierna endurecida—, serán dos. Esta noche, a las diez en mi casa. Te desquitarás chupándomela. Y después te follaré. Cómo, eso ya lo pensaré. Y ahora vístase y venga a la sala de conferencias, señorita Adams. No tolero los retrasos, ¿entendido?

Se dirige a la puerta y solo entonces me doy cuenta de que hay una llave en la cerradura, que ahora gira con un clic para volver a abrir la puerta.

Debe ser una especie de llave maestra que da acceso a todas las habitaciones de este edificio.

Resulta increíble que me haya entregado a este juego prohibido sin saber si existía el peligro de ser descubierta en cualquier momento.

Raffaele Grimaldi no solo folla mi cuerpo, sino también mi cerebro, por lo que parece.

—Y, señorita Adams —se detiene en el movimiento y me lanza una mirada de advertencia—. Que quede claro: sus orgasmos me pertenecen. A nadie más. Lo mismo ocurre con su boca. Está reservada exclusivamente para mí y mis deseos. Espero que nos entendamos.

# 22

## LAUREN




*UNAS SEMANAS DESPUÉS*

—Ahora vuelvo —le susurro a Raffaele, que está inmerso en una conversación con importantes socios comerciales.

Asiente, lo que supongo significa que estoy dispensada. Me alejo del grupo tan discretamente como me es posible.

Estamos en el cóctel de recepción de un club de ajedrez elitista, donde el ajedrez queda relegado a un segundo plano, ya que aquí y ahora se trata principalmente de hacer contactos.

Me sorprendió que Raffaele me pidiera acompañarle. Aunque, eso no es del todo correcto. Raffaele Grimaldi no *pide*, da instrucciones. Por eso su invitación no fue formulada como una pregunta, sino como un hecho irrefutable.

No estoy segura de qué pensar al respecto.

Aunque justifica su invitación con argumentos como que puedo apoyarle en este evento y al mismo tiempo establecer contactos valiosos, en secreto me pregunto si hay algo más detrás de lo que Raffaele está dispuesto a admitir.

Desde que lo visité hace unas semanas por la noche en su ático de Upper Manhattan y pasamos la noche juntos, algo ha cambiado entre nosotros. No es que hayamos hablado de ello, pero el hecho de que ahora nos veamos casi regularmente, que nos follemos hasta perder el sentido y que cuando visito a Raffaele en su casa, a menudo me quede toda la noche —y precisamente porque él así lo quiere— habla por sí solo.

No tengo ni idea de si lo que tenemos es para Raffaele una simple aventura, o si siente algo más por mí. Es imposible descifrarlo. Es un libro sellado con siete sellos y una cara de póker que le ganaría millones de dólares en una mesa de juego.

Y como pasamos la mayor parte del tiempo que estamos juntos ocupados llevándonos mutuamente a alturas vertiginosas, apenas hay oportunidad para analizar su comportamiento, como a las mujeres tanto nos gusta hacer.

Debería estar satisfecha con lo que tengo. Después de todo, no solo trabajo para uno de los magnates más exitosos de Estados Unidos, también me acuesto con él y así disfruto de sus habilidades únicas no solo en lo profesional, sino también en lo personal.

Pero por mucho que disfrute las noches con él, deseo más que eso. Me encantaría descubrir quién es el hombre que se esconde detrás de esa máscara perfectamente ajustada. Pero no me atrevo a pedirle a Raffaele más que su cuerpo, porque temo humillarme de nuevo ante él.

La fascinación que siento por este hombre desde que lo conocí ha aumentado prácticamente hasta lo inconmensurable desde que nos hemos acercado. Si no fuera completamente absurdo, casi diría que estoy enamorada. Pero lo considero imposible. Después de todo, apenas conozco a este hombre. ¿Y cómo se puede amar a alguien de quien no se sabe casi nada?

Abandono la suntuosa sala donde se celebra la recepción y entro en el tranquilo vestíbulo, desde donde un pasillo conduce hacia los aseos.

Hace un calor extremo hoy y tengo la impresión de que el maquillaje de mi rostro se está derritiendo, por lo que prefiero refrescarme.

Empujo la pesada puerta de madera, pintada en verde caza y adornada con ornamentos dorados, y entro en una habitación que parece sacada de los primeros años veinte.

Al parecer, en este club de ajedrez elitista les gusta lo retro, porque también en la sala principal uno tiene la sensación de estar participando en una vieja película en blanco y negro.

Frente al imponente espejo ovalado, dejo mi bolso y lo abro. No cabe mucho en él, pero es suficiente para los polvos, el colorete y el pintalabios.

Estoy justo secándome el brillo de la frente con un pañuelo de papel cuando la puerta se abre de nuevo y un hombre con traje se desliza a través de ella.

—Disculpe, pero este es el baño de señoras —le señalo educadamente su error, pero cuando se gira hacia mí, mi sonrisa desaparece de golpe.

—Hola Lauren —sonríe con malicia—. Así que nos volvemos a ver.

Se acerca a mí y pone sus manos heladas sobre mis hombros. Me quedo inmóvil, como una estatua de sal. Incapaz de moverme.

George Kerrington. Es él. Sin duda.

—Sigues siendo tan hermosa como entonces —me susurra al oído, pero a diferencia de los toques juguetones de Raffaele, su cercanía no hace que me humedezca, sino que me revuelve el estómago.

—Por lo que veo, ahora trabajas para Raffaele Grimaldi. Así que has cambiado de sector, ¿eh? ¿O eres para él lo que fuiste durante mucho tiempo para mí?

George enrolla uno de mis mechones de pelo alrededor de su dedo y tira de él.

—¿Te has quedado sin palabras al volver a verme? —pregunta con una risa arrogante—. Y yo que pensaba que te alegrarías. Después de todo, somos viejos amigos y lo pasamos bien juntos, ¿no es así?

Trago saliva y miro paralizada al espejo, desde donde me devuelve la mirada la sonrisa triunfal de George.

Que nos encontremos aquí y ahora no es casualidad. Simplemente no lo creo. Hay una razón. George Kerrington siempre tiene una razón para aparecer en algún sitio. Y rara vez es motivo de alegría.

—¿Qué quieres? —susurro sin voz, cuando por fin logro recuperarla después de lo que parece una eternidad.

—¿Qué quiero de ti?

El dorso de su dedo índice se desliza insinuantemente por mi brazo desnudo.

—Lo mismo que quería de ti entonces.

Mis fosas nasales se dilatan al recordar el falso juego de George y de inmediato siento náuseas.

—Pero como lamentablemente estoy aquí por negocios, tendré que exigir algo más que tu cuerpo.

—¿Y por qué crees que te lo voy a dar?

Su diabólica sonrisa se hace aún más amplia ante mi pregunta.

—Muy sencillo, cariño: porque si no, Raffaele Grimaldi descubrirá quién eres en realidad. Le contaré que ha invertido el dinero de su noble, elitista y respetable fundación en una pequeña y barata puta. Y ambos sabemos lo que eso significaría para ti, ¿verdad? Tu carrera terminaría antes de haber empezado y tu reputación quedaría arruinada para siempre. Grimaldi se sentirá engañado y humillado, y te hará la vida imposible. Es bien sabido que apenas puede controlar su mal genio. Y sería una pena que precisamente tú fueras su víctima, ¿no crees?

—No soy una puta —consigo pronunciar con esfuerzo, deseando encontrar por fin la fuerza para librarme de George.

—¿Ah, no? ¿Acaso niegas haber trabajado como escort y haberte ganado un dinero extra con sucias mamadas en los baños?

—Yo nunca he hecho eso —le espeto.

—Eso *dices tú*. Pero yo afirmo lo contrario. Y como si hubiera sabido entonces que algún día me sería útil, resulta que casualmente poseo fotos que lo demuestran. Fotos inequívocas. Fotos *tuyas*, Lauren.

Aprieto los labios con tanta fuerza que toda la sangre desaparece de ellos.

Sí, es cierto. Me financié la carrera trabajando como escort. Durante años salí con tipos ricos y repugnantes, y tuve que permitir que me manosearan porque creían que con dinero se podía comprar todo.

Me ofrecieron mucho dinero para acostarme con ellos después de las cenas de negocios a las que les acompañaba, o al menos para hacerles una felación. Pero me negué. Nunca crucé ese límite.

Con una excepción: George.

Y como si no hubiera sufrido ya bastante por ese error, parece que la vida quiere castigarme de nuevo por ello.

—¿Qué fotos son esas? —pregunto con el corazón acelerado.

—¿Recuerdas la noche en el *Red Velvet*? ¿Mi cumpleaños?

Contengo la respiración al recordar aquella noche, lo que hace que George resople con satisfacción.

—Me hiciste una mamada en el asiento del conductor para celebrarlo y fuiste lo bastante tonta como para dejarte fotografiar haciéndolo.

George desbloquea su móvil y gira la pantalla hacia el espejo. Lo que veo hace que las lágrimas de rabia y vergüenza acudan a mis ojos.

Heridas hace tiempo cicatrizadas se abren de nuevo y los reproches ya olvidados resuenan alta y claramente en mi cabeza.

Fui estúpida. Estúpida y enamorada.

La primera y única regla que nos dieron en la agencia de escorts de lujo *Blossom* fue: *nunca te enamores de un cliente*.

Pero yo hice exactamente eso.

Era joven e inexperta. Y George era todo lo que siempre había deseado en un hombre. Era exitoso. Guapo. Seguro de sí mismo. Y encantador. En su presencia me sentía como alguien especial. Naturalmente le creí cuando me dijo que se sentía atraído por mí y que podía imaginar algo más conmigo.

Cometí el error de confiar en él. De entregarle mi corazón. Y... mi cuerpo.

Que utilizaba la misma táctica con mis compañeras, porque tenía una apuesta con sus cínicos amigos sobre quién podía ligarse a más escorts de lujo sin pagar por ello, lo descubrí mucho más tarde.

—Ah —suspira—. Me encantan estas fotos. Son increíblemente calientes y me recuerdan lo malditamente talentosa que es tu bonita y húmeda boca.

Guarda el móvil de nuevo en su chaqueta y chasquea los dedos.

—Ah, sí... y si crees que estas son las únicas fotos, te equivocas. Eras demasiado hermosa como para resistirme a inmortalizar nuestros momentos juntos. Y por cierto, sigues siéndolo: impresionantemente hermosa.

Aparta mi pelo detrás de mis hombros y apoya su cabeza contra la mía. Su cercanía hace que se me erice el vello de la nuca. Aunque por repulsión, no por excitación.

—¿Qué quieres? —pregunto con voz débil, odiándome por ello.

¿Por qué no puedo ser fuerte? ¿Apartar su mano de mi hombro y decirle que se largue?

—La oferta de Grimaldi Industries para el nuevo aeropuerto de Aspen. Quiero las cifras, Lauren.

—¿Por qué?

George se ríe.

—Eres demasiado lista para hacerme esa pregunta. Te doy 48 horas para entregarme los documentos. Si dejas pasar este plazo, Raffaele Grimaldi sabrá la verdad sobre ti y tu falso juego.

Aprieto los puños y siento cómo mis uñas se clavan profundamente en mi piel. Curiosamente, este dolor me centra y hace que por fin salga de mi estado de shock.

—El punto de encuentro es Kennedy Garden. El banco de la entrada sur. A las 7 de la tarde. Sé puntual y discreta.

Con estas contundentes palabras, George abandona la habitación y respiro aliviada. Pero el alivio no dura mucho, porque la comprensión de lo que me está obligando a hacer me provoca escalofríos.

George me está exigiendo que traicione y robe a Raffaele.

Quiere que le consiga las cifras de la oferta para el codiciado proyecto del aeropuerto en la lujosa estación de esquí invernal de Colorado. El motivo es obvio. Él, o quienquiera que sea con quien trabaja, quiere presentar una oferta más baja para dejar fuera a Grimaldi Industries y asegurarse el contrato.

Aunque no estoy directamente encargada de este proyecto, he oído hablar de él y sé que se trata de un acuerdo de miles de millones.

¿Y ahora debo impedir que se realice filtrando información confidencial a la competencia?

Esto es una locura y contradice todos los valores morales que defiendo. Y sin embargo, es la única oportunidad de salvarme a mí misma y mis sueños.

# 23

## RAFFAELE




Aunque finjo no notar su ausencia, mi mirada se dirige casualmente todo el tiempo hacia el arco por el que Lauren ha desaparecido hace diez largos minutos.

¿Qué está haciendo tanto tiempo?

¿Se habrá enredado en alguna conversación que la retiene? Aunque en realidad, el evento está teniendo lugar aquí en el salón, así como en la terraza, y no en el pasillo.

A menos, claro, que haya ido a los aseos y se haya encontrado con alguien en el camino.

Estoy a punto de desligarme de la conversación para ir a buscarla cuando su delicada figura entra en la sala. Nuestras miradas se encuentran y aunque Lauren sonríe, noto de inmediato que algo no va bien.

Conozco su sonrisa al derecho y al revés, porque soy adicto a ella. Sin una sonrisa de esta mujer, mi día no está completo. Necesito su sonrisa como el aire que respiro, porque ilumina la oscuridad que me rodea y me capacita para sentir algo.

—¿Dónde estaba, señorita Adams? —le susurro para que solo ella pueda oírlo.

—Me he refrescado un poco.

—¿Tanto tiempo?

Me mira y su expresión, normalmente suave y afectuosa, ha sido reemplazada por una máscara pétrea.

—Tuve que esperar.

Una mentira descarada. Porque aparte de ella, nadie más ha entrado en esta sala desde que la abandonó. Nadie excepto... George Kerrington. Aunque difícilmente él visitaría los aseos de señoras.

Aunque pensándolo bien, no sería algo impropio de él. Porque George aprovecha cualquier oportunidad para descargar su exceso de testosterona.

Durante un tiempo, fue miembro del mismo club de caballeros que yo frecuento desde hace años. Pero como no respetó las reglas y acosó a una de las mujeres que trabajaban allí, lo expulsaron hace algún tiempo.

Es uno de esos tipos que se sobrevaloran y se interponen en su propio camino. La arrogancia que le hace flotar por la vida es también lo que una y otra vez le hace caer.

Si este tipo fuera solo la mitad de arrogante y presuntuoso de lo que es, quizás podría tomarlo en serio como competidor.

—¿Está bien si me voy del evento antes de tiempo? No me siento bien. Probablemente he comido algo que no me ha sentado bien.

Su pregunta me pone en alerta y ahora estoy seguro de que algo realmente no va bien.

Me disculpo con mis interlocutores y llevo a Lauren a un rincón tranquilo.

Mira nerviosa a su alrededor, como si estuviera buscando algo o a alguien.

—¿Qué ocurre, Lauren? Hace un cuarto de hora estabas perfectamente y de repente te encuentras mal. No me lo creo. Así que deja de mentirme y dime qué ha pasado.

—*Nada* ha pasado —miente.

Resoplo con desprecio. Es una pésima mentirosa. Esa es una de las desventajas de ser tan honesta, amable e inocente como Lauren.

No puede fingir. Y no puede esconderse de personas como yo, que somos maestros de la transformación.

—Escucha, Lauren. Es muy simple: si no quieres decírmelo voluntariamente, eso no me impedirá averiguarlo de todos modos. Y lo haré a *mi* manera.

Sus fosas nasales se dilatan ante mi amenaza y puedo ver un brillo de miedo que asciende a sus ojos.

Es una lástima que este evento haya tomado un giro tan desagradable, porque en realidad tenía planeado llevarme a Lauren conmigo y pasar la noche con ella.

Lo que a primera vista puede parecer un simple affaire, para mí es secretamente mucho más que eso. Es la mayor concesión que jamás he hecho a una mujer.

Aparte de Lauren, ninguna otra mujer ha entrado en mi piso. Ni siquiera mi madre.

Es mi refugio. Mi fortaleza. Mi ancla.

Incluso a Alex, Jonah y Cole los veo fuera de mi casa, porque mi hogar es sagrado para mí.

El hecho de que le permita a Lauren entrar, moverse libremente por él e incluso dejarla dormir en mi cama es, para mí, la prueba irrefutable de que he caído rendido ante esta mujer.

Considero el amor como una enfermedad. Y no creo que uno encuentre la felicidad en otra persona, porque uno mismo es responsable de ella. Pero cuando estoy con Lauren, el ruido dentro de mí se detiene. La inquietud llega a su fin y la sonrisa regresa a mi alma. La oscuridad se disipa y el sol brilla tan intensamente que me ciega.

El hecho de que esta noche termine en una discusión y que esta discusión no me deje indiferente me demuestra lo peligroso que es abrirse a alguien. Al permitir que Lauren se colara en mis pensamientos y en mi corazón, ahora estoy infectado. Infectado con esta enfermedad de amor. Y el problema es que no hay una medicina eficaz contra ella.

Precisamente por eso siempre había evitado contagiarme. Porque no quería arriesgarme a perecer por ello.

Ahora estoy aquí, rompiéndome la cabeza por lo que aflige a Lauren y preguntándome qué puede ser tan grave como para que me mienta, aunque sabe que no se puede esconder nada de mí y que castigo infracciones como esta de manera dura e implacable.

Todo en mí quiere retenerla. Sacudirla. Extraerle la verdad a presión. Pero tiene suerte de que estemos en un evento público importante y no pueda permitirme una discusión acalorada con ella aquí.

—Si quieres irte, vete —digo entre dientes apretados—. Pero debes saber que no tolero mentirosos en mi vida. Así que si abandonas este evento sin decirme la verdad, lo nuestro termina en el momento en que cruces esa puerta. Y no volveré a recaer contigo, te lo juro.

Lauren cierra los ojos por un momento al oír mis palabras. Cuando los abre de nuevo, nadan en ellos lágrimas, como el mar que besa el horizonte en la distancia.

—Lo siento —susurra, y creo que la he convencido con mi amenaza. Pero en lugar de abrirse a mí, Lauren se da la vuelta con hombros temblorosos y... se va.

Atónito, la veo alejarse, esperando que se detenga y regrese.

Pero no lo hace. Ella continúa caminando y la distancia entre nosotros aumenta, hasta que finalmente desaparece de mi campo visual.

Me quedo unos segundos más en el mismo sitio, porque dentro de mí surge la esperanza de que pudiera volver. Porque simplemente no puedo y no quiero creer que realmente se ha ido. Esperaba cualquier cosa, menos esto.

Había supuesto que lo que se desarrolló entre nosotros era más importante para ella que una mentira, de la que sabe que no puede ocultarme eternamente.

Pero Lauren ha tomado su decisión. Ha elegido *la* mentira *por encima de* mí.

Con eso, los dados están echados y no hay vuelta atrás.

Saco mi móvil y reprimo con ira el amargo sentimiento de decepción que se extiende en mi interior tras su marcha.

—¿Vincenzo? Tengo un encargo para usted. Nos vemos en una hora. El mismo lugar de siempre.

# 24

## LAUREN




Son las siete en punto de la tarde, cuando llego a la entrada sur de Kennedy Garden y busco el banco donde he quedado con George.

De hecho, ya está sentado en el punto de encuentro y, a pesar de la hora avanzada, lleva gafas de sol.

Si su objetivo era pasar desapercibido, definitivamente ha fracasado con ese atuendo. El sol ya se ha escondido tras los árboles y además de él, nadie más pasea por aquí con gafas de sol.

Me acerco a él con el corazón latiéndome con fuerza y me siento a su lado, sin mirarlo.

George extiende la mano esperando recibir un pendrive, pero se queda con la mano en el aire.

No he traído nada parecido.

—¿Qué significa esto? —ladra irritado cuando se da cuenta de que su intento de chantaje ha fracasado—. ¿Dónde están los documentos del aeropuerto de Aspen? ¿De verdad quieres tirar por la borda tu futuro profesional y atraer la ira de Grimaldi sobre ti? No te creía tan estúpida, Lauren.

Me recuesto en el banco y me esfuerzo por dar una impresión relajada, para no darle a George la satisfacción que tanto anhela.

—*No* soy estúpida, George. *Fui* estúpida, sí. Fui estúpida cuando caí en tu trampa y me enamoré de ti. Pero he aprendido la lección, créeme.

—¿Ah, sí? Entonces supongo que a una mujer tan inteligente como tú no hace falta explicarle lo que va a ocurrir a continuación, ¿verdad? —George se gira hacia mí y se inclina hacia delante—. Voy a destruirte.

Trago saliva ante sus palabras, porque sé lo despiadado que es cuando muestra su verdadera cara. No hay duda de que podría cumplir esta amenaza. Pero hay un salvavidas. Y a ese precisamente me aferro ahora.

—Yo no lo haría si fuera tú. Porque si le pasas a Raffaele esas fotos, en las que se te reconoce tan claramente como a mí, sabrá que *tú* tuviste a *su* amante antes que él, y todos sabemos lo posesivo que es Raffaele Grimaldi. Te odiará por ello y entonces no solo *yo* seré destruida por él, sino también tú. Arruinará tus negocios. Todo lo que has construido. Y sólo para darte una lección. ¿Cómo era eso del famoso temperamento de Raffaele? Se volverá contra *mí*, sí. Pero a *ti* te golpeará mucho más fuerte. Así que piensa de nuevo quién de los dos es el estúpido aquí.

—Eres una pequeña zorra miserable —sisea George entre dientes apretados—. Estás fanfarroneando. Raffaele Grimaldi nunca se involucra con las mujeres con las que trabaja. Cuando quiere follar, va al *Soirée Symphony*. Sin excepción. Todo el mundo lo sabe.

—Arriesga si quieres —le desafío, inclinándome hacia él con actitud combativa. No volverá a humillarme ni a intimidarme—. No tienes nada que perder, excepto... todo.

George se levanta bruscamente y se sube las gafas de sol a la cabeza. Me lanza una mirada furiosa y aprieta los músculos de la mandíbula con tanta fuerza que debe dolerle.

—No hemos terminado, Lauren. Te lo juro. Te arrepentirás amargamente de haberte enfrentado a mí.

Con sus palabras llenas de odio, se me pone la piel de gallina por el miedo y agradezco llevar una americana que oculta esta delatora reacción a George.

Me está amenazando. Y sus amenazas rara vez son vacías. Lo sé por experiencia propia, porque no sería la primera chica de compañía que destruye.

Cuando una de mis ex compañeras decidió destapar su miserable juego, la silenció. Con todos los medios a su alcance.

Antes de eso, Jessica era una joven feliz con sueños y metas. Después quedó vacía. Un cascarón bonito, vacío, agotado y desilusionado. Abandonó Carolina del Norte y regresó al pueblo de Minnesota de 3.000 habitantes del que procedía, con la esperanza de poder olvidarlo todo allí.

¿Lo habrá conseguido realmente?

Probablemente nunca lo sabré.

Mientras recuerdo todo esto, George se gira furioso y se aleja a zancadas, sin dignarse a mirarme una vez más.

En realidad, debería sentirme aliviada. Victoriosa. No soy lo bastante ingenua como para creer que esto ha sido ya el final.

George no se rendirá sin luchar. Se le ocurrirá algo nuevo para hacerme daño. Es solo cuestión de tiempo.

Y como no quiero que Raffaele se vea involucrado en esto, he tomado una decisión trascendental.

He dimitido.

Antes de salir de la oficina esta tarde, dejé mi carta de dimisión en el departamento de recursos humanos. Aunque la oficina ya estaba cerrada, a primera hora de mañana recibirán mi dimisión y tomarán nota de ella.

No llegaría tan lejos como para afirmar que he *mentido* a Raffaele sobre mi pasado. Nunca hemos hablado de ello. Nunca me lo ha preguntado.

Si lo hubiera hecho, quizás le habría contado. Quizás no.

Sinceramente, no lo sé. Es una parte de mi pasado de la que no estoy orgullosa. Aunque no me acosté con esos hombres por dinero, ni les ofrecí otros servicios sexuales, me vendí a ellos. Mi tiempo. Mi compañía. A mí misma.

Podría haber trabajado perfectamente en una cafetería o en un restaurante. Pero eso, incluso con horarios mucho más largos, solo habría generado una minúscula fracción del dinero que me

proporcionó el trabajo de acompañante. Así que opté por el dinero rápido y me convencí de que no tenía otra opción.

Quizás entonces tampoco la tuviera, aunque se dice que siempre hay alternativas.

Sea como sea, ya no puedo cambiarlo. No puedo reescribir mi pasado con todos sus errores ni hacer que nunca haya ocurrido.

Ella me pertenece. Es una parte de mí que debo aceptar y con la que tengo que aprender a vivir.

Y lo haré. Lo conseguiré. De eso estoy segura.

Volveré a empezar de nuevo en algún lugar, lejos de aquí, y veré qué tiene la vida preparado para mí.

Eso significa que probablemente tendré que renunciar a mi sueño de tener mi propia empresa de citas, pero ya se me ocurrirá algo más. No hoy, ni mañana, pero algún día. Y hasta entonces, buscaré un trabajo que me produzca satisfacción y alegría.

Seguir trabajando para Raffaele es impensable en este momento y bajo estas circunstancias. Porque no es solo el temor persistente a la venganza de George y el daño que podría causarle a Raffaele. También está el hecho de que le mentí a Raffaele en el club de ajedrez.

Me dio a elegir: la verdad o el final.

Elegí el final. Y ahora tengo que vivir con las consecuencias que eso conlleva.

Por supuesto, sé que con eso se refería a *nosotros* y no al trabajo. Pero, ¿cómo puedo separar eso después de todo lo que ha pasado entre nosotros? ¿Cómo puedo olvidar lo que tuvimos? ¿Cómo podría seguir adelante como si nada?

Imposible. Completamente impensable.

Ayer pasé la mayor parte del tiempo sentada en mi diminuta oficina mirando fijamente la pared. Pensando en cómo continuar a partir de ahora. He descartado por completo la idea de traicionar y robar a Raffaele.

En el primer momento, cuando George me sorprendió aquella noche hace dos días, sí lo consideré, pero tan pronto como mi razón volvió a imponerse sobre mi miedo y mi pánico, supe que nunca lo haría.

No voy a robarle ni a Raffaele ni a nadie más. No está en mi naturaleza engañar y, sin importar cuánto me perjudique: me mantendré fiel a mí misma y a mis valores.

# 25

## RAFFAELE




Vincenzo sube a mi coche y me saluda con un brusco gesto de cabeza.

—¿Qué tienes para mí? —voy directo al grano—. Espero que merezca la pena.

—Lo merece —responde impasible mientras me entrega una carpeta.

La tomo, la abro y lo primero que veo es una foto de Lauren entrando en el Kennedy Garden, a unos quince minutos de la oficina.

Saco el montón de fotos de la carpeta y las examino con el ceño fruncido.

Lauren caminando por el parque. Lauren acercándose a un banco. Lauren sentándose en el banco.

—Ahora viene lo interesante —señala Vincenzo, indicando la siguiente foto, que muestra un primer plano de la persona sentada junto a Lauren en el banco.

—Kerrington —exclamo—. George Kerrington. Esto no es casualidad.

—No, no lo es —confirma Vincenzo mi suposición—. La citó allí porque quería que le entregara algo.

—¿Qué?

—Documentos. Documentos sobre un proyecto de aeropuerto en Aspen.

Bajo las fotos y miro a Vincenzo.

—¿Documentos de la licitación en Colorado? —pregunto atónito y furioso a la vez.

Vincenzo saca un reproductor y pulsa Play.

*—¿Dónde están los documentos del aeropuerto de Aspen? ¿Realmente quieres arruinar tu futuro profesional y atraer la ira de Grimaldi? No te creía tan estúpida, Lauren.*

Es indudablemente la voz de George Kerrington. Y esta grabación demuestra sin lugar a dudas que estaba intentando acceder a través de Lauren a nuestra oferta para el proyecto del aeropuerto en Colorado. Probablemente para presentar una oferta más baja y así asegurarse el contrato.

—¿Le dio la información?

—No.

Con la respuesta de Vincenzo, mis facciones se relajan mínimamente. No porque Kerrington no pudiera robarnos, sino porque Lauren no me traicionó. Que ella le entregara voluntariamente los documentos, o porque él le pagara, me parece impensable. Lauren no es así. No, él debe tener algo contra ella. Debe estar presionándola con algo.

—Hace dos días en el evento del club de ajedrez... —se me ocurre de repente—. George Kerrington también estaba presente. Supongo que abordó a Lauren allí y la presionó. Eso también explicaría por qué de repente parecía tan nerviosa y pálida, y quería irse a casa a toda costa.

—Es bastante posible —Vincenzo está de acuerdo conmigo—. Me he permitido investigar la conexión entre la señorita Adams y el señor Kerrington. Gracias a la conversación entre ambos, también sabía qué buscar. Eso ha acelerado un poco las cosas.

—¿Así que has encontrado algo?

Vincenzo asiente.

—Pero no te va a gustar.

—Suéltalo —siseo impaciente.

Vincenzo me mira un momento y luego, suspirando, saca un segundo sobre de su chaqueta.

—No fue fácil conseguirlo. Si no lo buscas específicamente, no lo encuentras.

Me entrega el sobre y lo abro enérgicamente. Aparece un perfil. Un perfil de Lauren.

Altura, color de pelo, color de ojos, complexión, edad, profesión, intereses y... *valoraciones*. Valoraciones de clientes.

—¿Se prostituía? —pregunto perplejo.

—No. Al menos no directamente. Nada de sexo ni otros favores. Solo acompañamiento. Excepto...

—¿Excepto? —gruño fuera de mí por la ira.

—No fue barato conseguir esta información, pero una de las chicas que trabajaba con la señorita Adams en aquel entonces estaba dispuesta a hablar a cambio de dinero en efectivo.

—¿Y qué dijo? —pregunto impaciente, arrojando furioso el sobre al salpicadero frente a mí.

—Que el señor Kerrington era uno de los clientes de la señorita Adams y que ella cayó en su trampa. Creyó que él la amaba. Mientras tanto, él y sus amigos tenían una apuesta sobre quién podría seducir y convencer a más escorts de la agencia para tener sexo gratuito en un plazo de tres meses. Así que es posible que...

—Que ese cabrón tenga fotos comprometedoras de Lauren con las que ahora la está chantajeando. Una puta como colaboradora cercana de Raffaele Grimaldi sería inadmisible para la empresa y para mí, piensa él.

—Es muy posible, sí. Sin embargo, deberías saber que la señorita Adams le habló de vosotros cuando él amenazó con enviarte la información sobre su pasado, porque ella no le proporcionó los detalles de la oferta que pedía.

Una jugada inteligente por parte de Lauren. Con eso le dio a entender sutilmente a Kerrington que, si cumplía su amenaza, no solo la hundiría a ella, sino también a sí mismo.

—Gracias, Vincenzo —digo y le entrego a mi hombre para los trabajos sucios un sobre lleno de dinero en efectivo.

Vincenzo me hace un gesto afirmativo con la cabeza, sale del coche y segundos después ha desaparecido en la oscuridad.

Me quedo un momento mirando los documentos que me ha conseguido. Luego arranco y llamo a Beatrice mientras conduzco. A pesar de lo avanzado de la hora, responde después del primer timbrazo.

—¿Señor Grimaldi?

—Cite a Lauren Adams mañana a las ocho en mi despacho. Necesito hablar con ella. A solas. Sin interrupciones.

—De acuerdo, señor Grimaldi. Me ocuparé de ello —dice Beatrice —. ¿Puedo hacer algo más por usted?

—Eso es todo por el momento —respondo y cuelgo.

Me encantaría ir directamente a casa de Lauren para pedirle explicaciones ahora mismo. Pero es tarde y no me fío de mí mismo en mi estado actual. Estoy enfadado, por no decir fuera de mí.

¿Cómo se atreve George Kerrington a engañarme y tomarme el pelo?

¿En serio cree que se habría salido con la suya?

Eso no solo es estúpido, sobre todo es un deseo suicida.

Por lo visto a este cabrón no le importa demasiado su vida. Entonces tampoco tendrá problema con que se la arrebate.

Eso es exactamente lo que pienso hacer.

Voy a castigarlo. Arruinarlo. Y destruirlo.

Pagará solo por el intento de engañarme. Y por haber presionado y chantajeado a Lauren.

Resoplo lleno de odio y golpeo con la palma de la mano el volante de mi Maserati.

Kerrington pagará con sangre por haber usado a Lauren. Por haberse procurado un orgasmo a través de ella. Por haberla tocado. Pagará por haberse cruzado alguna vez en su camino y por haberla mirado, aunque solo fuera de pasada, maldita sea.

Voy a enterrar a George Kerrington con mis propias manos. Y lo haré mientras está plenamente consciente.

# 26

## LAUREN




Es extraño no ir a trabajar esta mañana y debo confesar que me entristece.

Suspirando, me levanto, me ducho y, en lugar de mi traje de ejecutiva, me pongo un chándal y una camiseta.

El lujo de no hacer nada solo puedo permitírmelo mientras se prepara el primer café. Ahora que he dimitido, también tendré que dejar este piso. Es parte del acuerdo que terminé anoche.

En mi carta de renuncia, solicité poder utilizar el piso hasta fin de mes y que, si fuera necesario, se dedujera el coste de mi salario.

Eso me da al menos un poco de margen para pensar en mis próximos pasos, revisar ofertas de trabajo y enviar solicitudes.

Ahogo la pena que me ha robado el sueño y que también me tiene firmemente atrapada esta mañana abriendo el portátil y, con mi taza de café, me pongo a buscar soluciones para mi situación actual.

El problema es: no tengo ni idea de cómo seguir. Ni siquiera sé en qué estado buscar. Lo cierto es que quiero dejar Nueva York porque aquí todo me recuerda a Raffaele. Duele increíblemente saber que lo que había entre nosotros, fuera lo que fuese, ha

terminado para siempre. Le echo de menos. Mi cuerpo, mi alma, mi corazón, todos lo hacen.

Y si me quedo en Nueva York más tiempo, esto nunca cambiará. Dentro de mí siempre existirá la tenue esperanza de cruzármelo por algún lado y poder echarle un vistazo. Y por mucho que lo desee, sé que esa alegría se vería reemplazada en el mismo instante por un dolor amargo. ¿Por qué? Porque saber que puedo verlo pero no tenerlo me mataría.

No espero que Raffaele se ponga en contacto conmigo otra vez.

Después de despedirme aquella noche y abandonar precipitadamente el evento en el club de ajedrez, Raffaele me ha hecho sentir claramente las consecuencias de mi decisión. Lo noté porque la relación de confianza, casi amistosa, que se había desarrollado entre nosotros en las últimas semanas ha dado paso al comportamiento gélido, despectivo y distante de hace unos meses.

Cada paso que dimos juntos hacia adelante... fue en vano. Estamos de nuevo al principio, si no peor.

Raffaele me puso ante una elección y yo decidí.

La única manera de no derrumbarme por esta decisión es concentrarme en mi futuro. Un futuro sin él.

Sorbo por la nariz y miro al techo para que las lágrimas que se acumulan en mis ojos desaparezcan de donde vinieron. A las profundidades de mi alma.

¿Por qué duele tanto? ¿Por qué me destroza tanto perder a Raffaele?

¿Quizás porque en las últimas semanas pude echar un vistazo detrás de su fachada fría e inaccesible? No muy a menudo, pero lo suficiente como para darme cuenta de que lo que se esconde detrás es cualquier cosa menos despiadado, mezquino y sin escrúpulos.

Raffaele Grimaldi tiene corazón, aunque sepa ocultarlo del resto del mundo.

Suspirando, me pongo a trabajar y reprimo los pensamientos sobre el hombre que intenta dominarlos con todas sus fuerzas.

Como no tengo intención de dejar el piso muy pronto, hago un pedido online en un supermercado cercano y pago un poco más para que me lo entreguen a domicilio en la próxima hora. Así al

menos tendré suficiente comida en casa para los próximos días, para poder acurrucarme en el sofá y lamer mis heridas lejos del ruidoso y despiadado mundo exterior.

Después de completar el pedido, aviso en recepción de que espero una entrega en breve y que envíen al repartidor directamente arriba. Luego vuelvo a mi investigación.

Cuando suena el timbre una hora más tarde, estoy tan absorta en mi búsqueda de trabajo que me sobresalto.

—Ya voy —grito y salto del sofá.

Abro la puerta y lo primero que veo es la bolsa con comida que llena el marco de la puerta. Pero justo cuando voy a cogerla, la tiran con fuerza al suelo y me empujan hacia atrás dentro de mi piso.

Caigo al suelo y golpeo bruscamente mi rodilla contra el parqué.

—Oh... ¿te has hecho daño? Lo siento mucho —resuena sobre mí una voz impregnada de sarcasmo y burla que hace que todas las alarmas empiecen a sonar.

No necesito mirar para saber quién es el intruso.

Basta con oír su voz para identificarlo sin lugar a dudas.

George.

—Gracias por ponérmelo tan fácil —se ríe y aparta de una patada los alimentos que han rodado desde el umbral hasta mi piso—. Solo tuve que darle cien dólares al repartidor para que me dejara tu compra y me diera así vía libre para entrar en tu piso. ¿No es increíble? Todo el mundo se queja de que la vida es cada vez más cara, pero comprar a la gente es cada año más barato.

George se remanga la camisa y se inclina hacia mí sonriendo.

—Te dije que nos volveríamos a ver. Podrías mostrar algo más de alegría. ¿O debería decir mejor *anticipación*? Al fin y al cabo, ahora tú y yo vamos a divertirnos.

Mi corazón tropieza ante sus siniestras palabras y un mal presentimiento se extiende dentro de mí.

—Gracias a ti, he perdido un trato extremadamente lucrativo. Y ahora vas a disculparte por ello, Lauren. Puede que no pueda tener el proyecto del aeropuerto de Grimaldi, pero a cambio le quitaré otra cosa: a su pequeña y sucia puta. Porque eso es lo que eres, ¿verdad?

Abre la hebilla de su cinturón y después desabrocha el botón y la cremallera de sus pantalones.

Que George es un bastardo retorcido lo sé al menos desde que su pérfido juego quedó al descubierto aquella vez. Pero, ¿cuán desesperado y enfermo tiene que estar alguien para llegar al punto de entrar en casa de otra persona para abusar de ella?

Por mucho que quisiera creer que solo pretende intimidarme, esto es serio.

George me ha asaltado en mi piso para vengarse de mí. Y cuando ahora saca su miembro semierecto de los pantalones y empieza a frotarlo, muere también la última chispa de esperanza en mí de que solo quisiera meterme miedo.

—Ven aquí, zorra —ordena—. Ponte de rodillas y abre tu maldita boca.

—No —susurro, casi sin voz y paralizada por el miedo.

Estas cosas no pasan de verdad. No a mí.

Pasan en los periódicos. Y en las noticias. Pero no aquí. A mí. En mi propio piso.

—Puedes hacerlo por las buenas o por las malas, Lauren. De una forma u otra: no saldrás de aquí hasta que estemos en paz. Y con los millones que he perdido por tu culpa, esto va a durar un buen rato. Así que relájate y empieza de una vez, ¿a qué estás esperando?

—Tengo que ir a trabajar —intento salvarme—. Se preguntarán dónde estoy.

George suelta una carcajada sonora.

—¿Al trabajo? ¿Te refieres al trabajo que has dejado? Quizás no deberías haber entregado tu tarjeta de empleada precisamente al recepcionista más charlatán de Grimaldi Tower. ¿Mencioné ya lo barato que resulta hoy en día ganarse a la gente con un poco de dinero de bolsillo?

Con la declaración de George se me hiela la sangre en las venas.

Lo sabe.

Sabe que he dimitido.

Sabe que nadie llamará para preguntar por mí. Y que nadie vendrá a ver cómo estoy.

Sabe que puede hacer conmigo lo que quiera sin que nadie se interponga en su camino.

Estoy atrapada. Y como George es mucho más grande y musculoso que yo, no voy a poder salir de esta tan fácilmente.

# 27

## RAFFAELE




—Buenos días, señor Grimaldi —me saluda Beatrice cuando entro en la antesala de mi despacho poco antes de las ocho.

—Buenos días. ¿Dónde está mi cita de las ocho? —respondo de mal humor porque no veo a Lauren por ninguna parte.

—Ella... aún no ha llegado —dice Beatrice disculpándose.

—Eso ya lo veo. Tengo ojos en la cara —gruño.

—Lo que quiero decir es que aún no ha llegado a su puesto.

—Entonces llámela, Beatrice. ¿De verdad tengo que explicarle cómo hacer su trabajo?

Una de las razones por las que aprecio tanto a Beatrice es que nada puede alterarla. Ni siquiera mi mal humor, que no es precisamente una rareza. Ella sabe cómo manejarlo.

—Ya lo he hecho, señor Grimaldi. Pero su móvil está apagado.

Con la última frase de Beatrice me pongo en alerta. ¿El teléfono de Lauren está apagado? ¿Por qué?

Si no hubiera ocurrido aquel incidente con George Kerrington, probablemente solo estaría enfadado por su falta de seriedad ante esta información.

Pero Lauren no es poco fiable. Se toma su trabajo muy en serio y *siempre* está localizable. A cualquier hora del día. El hecho de que ahora no esté ni en la oficina ni disponible por teléfono me hace sospechar que algo no va bien.

—Búsqueme la dirección exacta de su piso y envíemela al móvil. Inmediatamente —grito por encima de mi hombro mientras me apresuro hacia los ascensores.

Puede que esté exagerando, pero crecí en Calabria, el bastión de la mafia, donde incidentes de este tipo son presagios de muerte.

No creo que George Kerrington llegue tan lejos como para matar a Lauren por un acuerdo fallido, aunque se trate de miles de millones. Kerrington no posee una empresa constructora. Solo ha actuado como intermediario para uno de mis competidores y, en caso de que se hubiera aprobado el proyecto, habría recibido una comisión de decenas o cientos de millones.

No hay motivo para asesinar a alguien por eso, especialmente cuando Kerrington está lejos de ser pobre.

Aun así, no me fío un pelo de ese tipo. Es un miserable pedazo de mierda con un ego inflado. Y los hombres con grandes egos y pequeñas pollas tienden a cometer estupideces imprudentes.

Por su bien, espero que no le haya hecho nada a Lauren, sea lo que sea. De lo contrario, *yo* seré quien cometa un asesinato hoy.

Al llegar al aparcamiento subterráneo, le pido al guarda las llaves de mi SUV Lamborghini y me pongo en marcha.

Mientras tanto, Beatrice ya me ha enviado la dirección de Lauren, que introduzco rápidamente en mi sistema de navegación. Aunque yo mismo elegí el piso para ella en nuestro catálogo basándome en las fotos y el equipamiento, y por tanto sé en qué parte de Manhattan se encuentra, nunca he estado allí personalmente. Y cuando nos hemos visto en las últimas semanas, siempre ha sido en mi casa, porque allí es más discreto.

El tráfico que hay en Nueva York hoy casi me vuelve loco. Estoy tan impaciente y furioso que lo que más desearía sería embestir a todos los demás fuera de la carretera.

Pero desafortunadamente no estamos en Italia, donde tal comportamiento a veces es bastante común, sino en los Estados

Unidos, donde te rodea una caravana policial más rápido de lo que puedes contar hasta tres.

Cuando finalmente llego al edificio de Lauren, le lanzo las llaves al conserje y corro al vestíbulo.

—Raffaele Grimaldi. Necesito ver urgentemente a Lauren Adams —le grito al recepcionista atónito mientras paso, sin molestarme en identificarme.

Debería saber a quién tiene delante. Al fin y al cabo, este edificio me pertenece, lo que le convierte en mi empleado y a mí en su jefe.

Con pasos enérgicos me acerco a los ascensores y entro. Gracias a Beatrice, sé a qué planta debo ir.

Golpeando nerviosamente con el pie, miro el indicador digital rojo del ascensor, que, como todo en esta maldita ciudad, va demasiado lento.

Cuando por fin se abren sus puertas, no necesito mirar los números de los pisos para localizar el de Lauren.

La oigo antes de verla a ella o a los alimentos esparcidos por el suelo.

Lauren está gritando.

Son gritos de pánico, de miedo, que salen desde lo más profundo de su alma y me ponen en máxima alerta.

En tres zancadas llego a su puerta, que está cerrada.

Golpeo salvaje y furiosamente.

—¿Lauren? ¡Soy yo! Abre. ¡Abre la puerta inmediatamente!

Silencio.

Los gritos cesan.

Luego oigo un estruendo y a alguien gritar.

Pero esta vez no es Lauren quien grita, sino un hombre.

Hay un clic y medio segundo después, la puerta se abre una rendija, solo para volver a cerrarse inmediatamente. Pero soy más rápido, meto el pie en la rendija y la abro de una patada con el otro pie.

En un instante evalúo la situación.

Lauren está en el suelo. Su pelo está despeinado. Su cara, pálida como la tiza. Su camiseta está rasgada y su rostro muestra marcas rojas. George está justo detrás de ella, sujetándola por el tobillo.

Debe haberla agarrado por los pies y tirado al suelo cuando me abrió la puerta.

Sus pantalones están abiertos y su asquerosa polla erecta cuelga fuera de ellos.

Veo rojo. Rojo intenso. Tan rojo que puedo visualizar la sangre que mana del cuerpo de George y se extiende en un enorme charco por el suelo.

—Te voy a matar —grito con una voz que nunca antes había escuchado de mí mismo. Está tan llena de odio y rabia que George, al oírla, suelta inmediatamente el tobillo de Lauren y su polla se encoge.

Antes de poder contenerme, ya me he abalanzado sobre él. Lo golpeo apuntando a su cabeza, a su estómago y a sus costillas, de modo que cae al suelo como un saco mojado.

Débil y aturdido, yace ante mí.

Si Lauren no estuviera aquí, ahora mismo lo ataría y lo torturaría bestialmente durante horas y lo castraría. Cuando creces en una familia mafiosa, sabes cómo causar los peores tormentos incluso con un cuchillo y un tenedor.

Le sacaría las entrañas a George y le cortaría su miembro, que después le metería profundamente en la garganta para que se asfixiara con él.

Como no quiero traumatizar más a Lauren, me limito a darle una patada tan fuerte en los testículos que nunca más se le ocurrirá violar a una mujer, porque es muy posible que después de esta patada nunca vuelva a conseguir una erección.

Furioso, me pongo en cuclillas y rodeo su garganta con mi mano.

Gimotea, lloriquea y suplica clemencia. Eso no sirve de nada. Mi odio hacia él es más grande que cualquier razonamiento. Aprieto y disfruto escuchándolo jadear. Observando cómo le arrebato la vida.

Lentamente, el aire abandona sus pulmones y el color de su rostro cambia de rojo a blanco y luego a azul.

—Raffaele —oigo sollozar a Lauren detrás de mí—. Lo vas a matar.

—El mundo no lo echará de menos —siseo entre dientes apretados y presiono aún más fuerte.

—Pero tú irás a la cárcel por ello. ¡Por favor! No destruyas tu vida por él. No lo merece.

—Pero tú sí —respondo y cierro los ojos, porque el impulso de apagar su luz para siempre se vuelve abrumador.

Ha tocado a Lauren. Ha intentado violarla. Joder, quizás incluso ya lo ha hecho y he llegado demasiado tarde.

Si es así, no lo enviaré al más allá de esta manera tan agradable. Entonces sufrirá. Días. Semanas. Yo voy a...

—Raffaele —suena la suave voz de Lauren en mi oído—. Estoy bien. De verdad. Él no ha... no lo ha conseguido... así que...

—¿No te ha violado? —pregunto con voz temblorosa.

—No. Probablemente lo habría hecho si tú no hubieras venido. Pero me has salvado.

Lauren envuelve mis hombros con sus brazos y me obliga así a elegir entre ella y ese cabrón.

Por necesidad, lo suelto y coloco mis manos sobre las de Lauren.

George jadea teatralmente por aire, se encoge como una cochinilla asustada y llora como un bebé.

Menudo fracasado.

—Ahora llamaré a la policía y me aseguraré de que pase el resto de su vida tras gruesos muros de hormigón. Y ese resto de vida será muy breve. Porque en las cárceles a veces ocurren accidentes trágicos. Las personas resbalan y caen sobre cuchillos. O se golpean la cabeza contra la pared de la ducha. Otros se ahorcan en su celda porque ya no soportan la humillación de ser follados por el culo por sus compañeros de celda —susurro con voz temblorosa de ira—. Bienvenido a tu nueva vida, Georgey. ¿O debería decir mejor: bienvenido a mi infierno?

# 28

## LAUREN




—Venga, señorita Adams, la sacaré de aquí —dice Keith, de quien no tengo ni idea de cómo ni cuándo ha entrado en mi piso, mientras respondo a las preguntas de la policía.

Estoy experimentando todo como si estuviera dentro de una burbuja. Como si flotara sobre mí misma y me observara desde arriba. Mi espíritu está desconectado de mi cuerpo y todo sucede con retraso.

Además, he perdido completamente la noción del espacio y del tiempo. Se siente como un lapso en blanco.

Recuerdo la aparición de George en mi piso. Nuestra pelea. Cómo me agarró del pelo e intentó obligarme a hacerle una felación. Recuerdo haberme resistido con todas mis fuerzas, tras lo cual me golpeó en la cara e intentó arrastrarme por la camiseta hasta el sofá. Recuerdo los golpes frenéticos de Raffaele en la puerta. Cómo aproveché el momento de sorpresa de George y lo empujé lejos de mí. Y recuerdo haber dado un salto hacia la puerta y haberla abierto antes de que George apareciera detrás de mí para volver a cerrarla y derribarme.

Luego todo se vuelve borroso. Recuerdo que Raffaele entró como un toro furioso y se abalanzó sobre George. Le dio una paliza, casi lo mata. Si no hubiera intervenido, lo más probable es que George ya no estaría entre los vivos.

¿Con sinceridad? Quizás sea mala persona por pensarlo, pero su muerte no me habría entristecido. La única razón por la que no permití que Raffaele terminara con él fue porque no quería verlo en la cárcel por asesinato.

En algún momento llegó la policía. Hicieron preguntas. Muchas preguntas. Y con la policía llegaron otras personas a mi piso. Personas que no conozco. Abogados. Los abogados de Raffaele. Y el jefe de policía.

Raffaele me llevó al dormitorio y me asignó a uno de los abogados, quien me guió hábilmente durante el proceso de interrogatorio. Mientras tanto, Raffaele me puso una manta sobre los hombros y me miró con esa mirada intensa e impenetrable que sustituyó el frío en mí por un agradable calor.

Luego desapareció.

En su lugar, ahora está Keith. El chófer de Raffaele y, al parecer, algo más que eso.

—¿Dónde está Raffaele? —susurro mientras me levanto.

Mis piernas aún tiemblan. Es dudoso que alguna vez dejen de hacerlo.

—El señor Grimaldi ha ido a la comisaría para dar su declaración. Me ha ordenado que la lleve a un lugar seguro.

—¿A un lugar seguro? —repito como un eco, porque la información en este momento llega con retraso a mi mente.

—Sí, señorita Adams. Ahora la llevaré a casa del señor Grimaldi. Ya está todo arreglado.

¿A casa de Raffaele?

Pensaba que lo nuestro había terminado.

Pensaba que ya no quería saber nada de mí.

Pensaba que lo había perdido para siempre.

Los pensamientos inundan mi cabeza como las olas golpean la cubierta de un barco durante una tormenta en el océano.

Me arrollan, me desequilibran, y antes de que pueda recuperarme, ya llega la siguiente ola y todo vuelve a empezar.

No entiendo por qué Raffaele vino a verme.

¿Por mi dimisión?

¿Quería hablar conmigo *de eso*?

¿O se trata de algo completamente distinto?

Cualquiera que fuera o sea la razón, le estoy profundamente agradecida. Sin su aparición y su intervención, ahora sería un destrozo físico y emocional.

No creo que jamás me hubiera recuperado de las consecuencias de una violación. Incluso si las cicatrices físicas sanan, el alma nunca lo haría. Es imposible borrar los recuerdos. La humillación permanecería. La rabia. La impotencia. La vergüenza. El miedo.

Keith me sostiene mientras salimos de mi dormitorio y atravesamos la sala de estar hacia la puerta del piso.

Raffaele y George han desaparecido. De hecho, quedan pocas personas presentes. Gente con trajes blancos.

—La policía científica —me informa Keith, que ha seguido mi mirada.

—¿Tendrá Raffaele problemas? —susurro con voz ahogada.

Me defendió, sí, pero casi mata a George en el proceso. No estoy segura de si se castiga, ni cómo se castiga algo así.

—El señor Grimaldi lo arreglará todo. No se preocupe por él, señorita Adams. Sabe lo que hace —dice Keith con tal convicción en la voz que no solo *quiero* creerle, sino que lo hago.

Exhausta, me desplomo contra la pared del ascensor mientras bajamos al aparcamiento subterráneo. Me siento como si llevara un año sin dormir. Todo arde. Todo duele. Y todo se siente pesado como el plomo.

—Venga. Por aquí —dice Keith con voz paciente y me lleva hasta un lujoso SUV con cristales tintados.

Haciendo uso de mis últimas reservas de energía, tomo asiento en el puesto trasero y cierro los ojos.

No me entero de nada durante el trayecto al ático de Raffaele.

Solo cuando Keith se aclara la garganta y toca suavemente mi hombro, vuelvo a despertar.

—Siento tener que despertarla, señorita Adams, pero hemos llegado.

—No pasa nada —murmuro adormilada y me obligo a esbozar una pequeña sonrisa—. Gracias por su ayuda, Keith.

—Es mi trabajo, señorita Adams.

—Ambos sabemos que es mucho más que eso. Raffaele confía en usted. Y él no confía en nadie. Así que para él es más que un simple empleado, y viceversa.

Keith sonríe pensativo, pero deja mi comentario sin responder.

Me deslizo del asiento trasero y me dirijo con él al ascensor.

He estado aquí a menudo en las últimas semanas. Sin embargo, no pensaba que esto volvería a repetirse.

Ahora estoy aquí. En el ascensor hacia el ático de Raffaele.

De camino al lugar donde él quiere que esté.

Estoy demasiado cansada para cuestionar el motivo. Todo lo que quiero ahora mismo es ducharme para lavarme de encima lo ocurrido y dormir para olvidarlo.

Al menos durante unas horas.

El tiempo suficiente hasta que la realidad me alcance y tenga que enfrentarme a ella.

# 29

## RAFFAELE




—¿Dónde está? —pregunto al entrar en mi ático cinco horas más tarde.

—Está durmiendo, señor Grimaldi. En su dormitorio —me informa Keith, a quien he encargado que no pierda de vista a Lauren hasta que yo regrese y pueda hacerme cargo de ella personalmente.

—Gracias, Keith —digo, apretando su hombro en señal de apoyo.

Un gesto simple, pero absolutamente inusual para mí y, por tanto, una expresión de profunda gratitud.

Normalmente me limito a estrechar la mano de las personas y, incluso en eso, soy extremadamente selectivo. Quien recibe un apretón de manos mío se ha ganado mi respeto y reconocimiento. Quien es despachado con un brusco asentimiento de cabeza tiene que ganárselo primero, siempre y cuando no haya perdido ya su oportunidad.

—Si necesita ir a la Torre Grimaldi, me quedaré aquí con gusto —se ofrece Keith.

—Lo agradezco. No será necesario. Ya he puesto en marcha todo lo necesario. De lo demás se ocuparán ahora mis empleados. He cancelado todas mis citas para hoy.

Keith gruñe afirmativamente y se toca la frente.

—A su disposición en cualquier momento, señor Grimaldi.

Asiento y salgo del salón para ir al dormitorio donde está Lauren.

Abro la puerta con cuidado y me detengo. Lauren está hecha un ovillo en mi cama de casi tres metros de ancho y parece irremediablemente perdida en ella. Su frente está arrugada, lo que indica que está siendo acosada por pesadillas.

Las persianas automáticas han sido bajadas, por lo que la luz del sol de la tarde tiene que abrirse paso por debajo de ellas.

Apoyado en la puerta, lucho conmigo mismo. Aunque siempre tengo un plan y sé qué hacer, en este momento no tengo ni idea de cómo debo comportarme.

¿Es apropiado acostarme a su lado? ¿O debería mantener la distancia después de lo que le ha ocurrido?

El impulso de estar cerca de ella es casi abrumador. En la comisaría y más tarde en la Torre Grimaldi, miraba el reloj cada dos segundos porque quería estar con Lauren de una vez. Ahora estoy aquí y, aunque me alivia enormemente poder comprobar por mí mismo que está a salvo, siento una inquietud interior que me atrae hacia la cama como una cuerda invisible.

Tímidamente, me siento en el borde de la cama y miro a Lauren.

¿He fallado? ¿Debería haber sabido que George se vengaría de ella? ¿Debería haber contratado protección personal?

Aunque me enteré del chantaje apenas anoche, de ayer a hoy no hice nada para garantizar la seguridad de Lauren.

¿Por qué?

Porque no pensé que George estaría tan loco y tendría tan pocas ganas de vivir.

Me sobrevaloré a mí mismo y le subestimé a él.

Un error fatal. Y para el vástago de una de las principales dinastías mafiosas de Calabria, imperdonable.

Aunque estamos en Nueva York y no en Calabria, los coches también explotan aquí. La gente también es estrangulada y disparada aquí.

¿Por qué me sentí intocable? ¿Por qué creí que nadie se atrevería a atacarme?

Quizás me he ablandado. O mi debilidad por Lauren ha nublado mi mente y mi juicio.

Sea como sea, esto no volverá a pasarme. Haré de George un ejemplo que dará un significado completamente nuevo al término *disuasión*.

—¿Raffaele? —murmura Lauren adormilada, abriendo los ojos parpadeantes.

—Estoy aquí —susurro y me sorprendo por la suavidad que hay en mi voz.

Sea lo que sea lo que esta mujer me hace: me resulta incomprensible.

No soy un hombre que se sienta al lado de la cama de una mujer y acaricie su mano. Que vele por ella. Y que la mime con palabras y miradas tiernas.

Y sin embargo, ahora mismo estoy haciendo exactamente eso.

—¿Estás bien?

Me detengo y miro fijamente su muñeca, que está cubierta de huellas dactilares rojas y azules de la mano de George.

Acaba de vivir la pesadilla absoluta de cualquier mujer y me pregunta a *mí* si estoy bien. ¿A *mí*?

—Tienes que parar —murmuro desanimado.

—¿Parar qué?

—De ser tan increíble.

—No soy increíble —susurra Lauren.

—Sí lo eres. Eres increíblemente adorable. Increíblemente empática. Increíblemente cálida. E increíblemente hermosa.

—Y si así fuera... ¿por qué debería parar? Esas no son características malas, ¿verdad?

Resoplo resignado y paso con cuidado el pulgar sobre una de las marcas azules en su muñeca.

—Depende de cómo se mire —respondo rechinando los dientes.

—¿A qué te refieres?

—Que seas tan increíble hace difícil resistirse a tu encanto y no enamorarse de ti. Y como considero que el amor es una enfermedad para la que no hay antídoto ni vacuna, eso es bastante malo para mí.

Los ojos de Lauren, hasta ahora somnolientos, se agrandan, como siempre hacen cuando algo la sorprende.

—¿Acabas de decir... quiero decir…? ¿Estás insinuando que...?

—¿Que me he enamorado de ti?

Miro al techo, emito un sonido resignado y sacudo ligeramente la cabeza.

—No tengo idea de cómo pudo pasar, pero sí. Entiendo, por supuesto, que no se puede amar a alguien como yo por eso no espero que correspondas mis sentimientos. Tomaré de ti lo que pueda conseguir. Y si...

—¿Alguien como tú? —me interrumpe Lauren y se incorpora—. ¿Te refieres a alguien tan insoportable, sabelotodo, frío, condescendiente e impredecible como tú?

Levanto una comisura de la boca y casi me habría reído si la situación no fuera tan incómoda para mí.

Odio sentirme débil. Toda mi vida he hecho todo lo posible por ser superior y mantener el control. ¿Y para qué? ¿Para encontrarme ahora en manos de una mujer que tiene el poder de aplastarme con eso?

—Ambos sabemos que eso es solo una fachada, Raffaele.

—No lo es.

—Sí. Sí lo es —me contradice—. Protegerías con tu vida a las personas que te importan. Lo has demostrado hoy. Habrías matado a George Kerrington porque me hizo daño. Habrías ido a prisión por mí.

—Tengo muy buenos abogados —objeto—. Me habrían sacado. El riesgo era calculado.

Lauren me lanza una mirada de reproche y me callo, porque ambos sabemos que tiene razón.

Habría matado a George Kerrington. Si hubiera estado a solas con él, lo habría torturado bestialmente antes y luego le habría arrebatado la vida lentamente.

Es muy posible que después lo hubiera reanimado, solo para volver a matarlo. Pero, ¿esa fantasía me convierte en alguien que merece ser amado? A mi juicio, no.

—No eres como eres sin motivo, Raffaele. Creo que no lo has tenido fácil. Y que el hecho de que seas el cabeza de la familia Grimaldi desde la repentina muerte de tu padre hace cinco años pesa mucho sobre ti.

—Muchas personas luchan con problemas. Eso no es ni una excusa ni una justificación —contraataco.

—Puede ser. Pero no todos descienden de la dinastía Grimaldi, y cualquiera que se haya interesado aunque sea un poco en su historia sabe lo que eso significa. Así que no hay nada por lo que debas disculparte, ni tienes que justificarte ante mí. ¿Por qué? ¿Por esperar lealtad absoluta, honestidad y perfección de tus empleados y de quienes te rodean?

—Por hacerlos sangrar y sufrir cuando no cumplen con esas expectativas.

—Ese es tu nivel de exigencia. El mismo que te impones a ti mismo. Quien quiere trabajar para ti lo sabe. Y quien no pueda soportarlo, es libre de marcharse.

—Te he hecho llorar. Varias veces —le recuerdo.

—Sí, lo has hecho. Y sí, de vez en cuando podrías ser algo más suave en tu forma de expresarte. Pero al final es *mi* problema si me tomo tus críticas como algo personal, en lugar de aprender de ellas y hacerlo mejor la próxima vez. Eres el mejor en tu campo, Raffaele. Y eso tiene un motivo. Si fuera fácil llegar a donde tú estás, la gente no se pelearía por trabajar contigo. Todos quieren aprender de ti. Y la primera lección es precisamente que nada se regala. Que el camino es pedregoso y duro. Y que cualquier error, cualquier negligencia, cualquier imprudencia puede significar el fin. Grimaldi Industries no es el Monopoly. No hay ninguna tarjeta de *sales de la cárcel*.

Aprieto los labios e intento mantenerme serio. Pero Lauren realmente no me lo pone fácil.

—Así que si estás tan férreamente convencida de que soy digno de amor, ¿significa eso que, en teoría, podrías imaginar sentir algo por mí?

—¿En teoría?

Lauren se arrodilla y ladea la cabeza. Sonríe, algo contagioso que también me hace sonreír. Otro síntoma repentino e incontrolable de esta obstinada e incurable enfermedad llamada *amor*.

—A riesgo de mostrar todas mis cartas... me siento atraída por ti desde la primera vez que te vi. Y especialmente desde que trabajamos juntos y he tenido la oportunidad de ver ocasionalmente detrás de tu muro protector, ese afecto inicial se ha transformado en algo mucho más intenso.

—¿Qué tan intenso? —pregunto con cautela.

Lauren acaricia mi mejilla con la palma de su mano y me mira. Me pierdo en sus soñadores ojos azul cielo y desearía permanecer en ellos para siempre.

—No eres el único al que le ha pasado. Yo también estoy infectada —susurra y se inclina para besarme.

Aunque quisiera, no podría resistirme a esta tentación. Especialmente después de que Lauren me ha confesado que no estoy solo con mis sentimientos. Así que cedo a la tentación y la disfruto plenamente.

Hay algo diferente en este beso. Algo lo distingue de los besos apasionados e impetuosos que hemos intercambiado en las semanas anteriores.

Este beso no tiene nada de salvaje. Es lento. Cauteloso. Y sensible.

Convierte nuestras palabras en sentimientos y los expresa de la manera más íntima.

—Siento haber dimitido —susurra Lauren contra mis labios—. Y además hay algo más que deberías saber.

De hecho, ya sé desde hace tiempo que dimitió ayer. Me enteré cuando estuve antes en la Torre Grimaldi para poner en marcha la destrucción de George.

Y también sé por qué lo hizo.

—Te financiaste los estudios básicos trabajando como escort —digo y me aparto un poco de ella.

—¿Cómo…? —balbucea.

—Te dije que tarde o temprano lo descubro todo. En el evento te comportaste de repente de forma extraña, así que mandé investigar.

Lauren asiente y su sorpresa inicial se transforma en comprensión evidente. Sabía que yo lo descubriría. Tarde o temprano.

—Nunca crucé la línea hacia la prostitución, aunque habría sido extremadamente lucrativa. La única excepción...

—Fue George Kerrington. Estoy al tanto de la apuesta. No tenemos que hablar de ello a menos que quieras.

Lauren me observa pensativa.

—¿Qué?

—¿Eso es todo lo que tienes que decir al respecto? Pensé que te enfurecerías.

—Ya lo hice. Cuando me enteré. De todos modos habría destruido a George. La única diferencia es que después de lo sucedido hoy, no solo voy a destruirlo, sino a borrarlo por completo.

Lauren se frota los brazos con un escalofrío.

—¿Vas a matarlo?

—Eso no sería un castigo apropiado, porque lo liberaría. No —resoplo furioso—. A partir de hoy tendrá que estar constantemente mirando por encima de su hombro porque no sabrá qué pasará a continuación. Y como no dispondrá de medios económicos para protegerse, llevará una vida llena de miedo. Como el miedo que te hizo sentir a ti. Solo que mil veces peor.

Lauren exhala sonoramente.

—¿Soy mala persona por no intentar disuadirte?

Le dedico una sonrisa esbozada.

—Eres mi luz en la oscuridad. Eres la bondad en mi corazón. Y eres el rayo de sol que toca mi alma. ¿Qué podría haber de malo en eso?

—¿De verdad? —pregunta insegura.

—¿Cuándo vas a dejar de cuestionarme, eh? —replico y arqueo una ceja con escepticismo—. No tientes a la suerte, señorita Adams. Que esté rendido a tus pies no significa que vaya a permitirte todo.

Lauren se ríe por lo bajo y se acurruca contra mi pecho.

—Gracias. Por todo lo que has hecho por mí.

Beso su coronilla.

—Si alguien debe dar las gracias, soy yo. Gracias por ser capaz de amarme. Por ver más en mí de lo que yo veo. Y por no rendirte conmigo.

—¿Qué hay de mi —Lauren duda—... trabajo secundario de entonces?

—¿Qué pasa con eso?

—Lo oculté. En la solicitud para la beca de la Fundación Grimaldi y en general... no fui honesta porque me avergonzaba y tenía miedo de que me juzgaran por ello.

—Te dedicabas a un trabajo legal y tomaste una decisión económicamente inteligente al ejercer un empleo en el que tenías que trabajar poco para ganar mucho dinero. En sentido estricto, debería alabarte por ello.

—¿Pero?

Le acaricio la espalda y suspiro.

—Pero a cualquier hombre con el que hayas salido, me gustaría... —me detengo porque mis fantasías sangrientas amenazan con tomar el control de mi pensamiento y dirigir mis acciones hacia un plano emocional, lo que no es aconsejable—. Me gustaría poder deshacerlo. Pero no puedo. Así que tendré que vivir con ello. Y como no tengo intención de dejarte marchar nunca más, el saber que me pertenecerás el resto de mi vida me facilita este propósito —habla el lado racional en mí. Lo que mi lado emocional pretende decir, prefiero no expresarlo.

Lauren se muerde el labio inferior al oír mis palabras y lucha contra las lágrimas. Supongo que aún tendré que acostumbrarme a hacer llorar a las personas de felicidad y no de dolor con mis palabras. Definitivamente se siente mejor que herir a Lauren con mis comentarios.

—¿Y si otros hombres de aquella época quieren dejarme en evidencia? Aunque no me acosté con ninguno de ellos, salí con ellos —objeta—. Podría perjudicarte a ti y a la reputación de Grimaldi Industries.

—Eso no va a ocurrir —digo con firmeza.

—¿Por qué no?

—Porque nadie se atreverá a acercarse a ti cuando haya terminado con George. Será un escarmiento que perdurará por los siglos de los siglos. Te lo prometo. Por mi vida.

# 30

## LAUREN




*UNAS SEMANAS DESPUÉS*

De camino a la sala de conferencias en la planta 23, paso por la sala de descanso, donde algunos empleados están reunidos frente al gran televisor de pantalla plana, escuchando con interés la conversación de los presentadores del canal de noticias.

—Las acusaciones contra Kerrington Inc. son graves —dice Janet Ericson con voz seria a su copresentador—. Acuerdos ilegales de precios, sobornos a políticos destacados y vínculos con dictadores y rebeldes en países en guerra. Todo esto es solo la punta del iceberg, si consideramos que George Kerrington actualmente se enfrenta a un juicio por intento de violación junto con coacción y extorsión. Aunque la identidad de la persona perjudicada se mantiene confidencial, sabemos que las pruebas contra el jefe de Kerrington Inc. son abrumadoras.

Su copresentador asiente con expresión seria y luego coloca un dedo en el botón de su oreja izquierda, a través del cual está conectado con la dirección.

Su boca forma una *O* de sorpresa y levanta el dedo para indicarle a Janet que se detenga.

—Acabamos de enterarnos de que Grimaldi Industries ha adquirido todas las acciones de Kerrington Inc. que estaban en caída libre, lo que convierte a Grimaldi en el accionista mayoritario. Así, Raffaele Grimaldi asume oficialmente el control de la empresa en crisis —dice con voz emocionada.

Un murmullo de asombro llena la sala de descanso, seguido de comentarios frenéticos.

Naturalmente, todos se preguntan por qué Raffaele está interesado en esta empresa. La respuesta a esta pregunta probablemente nunca la sabrán. Al menos no la respuesta que yo conozco.

Raffaele alegará que aprovechó el bajo precio de las acciones para hacer una ganga. O bien desmantelará la empresa y venderá sus partes con beneficio, o la recuperará y la dirigirá según sus propias ideas.

De cualquier manera, acaba de despojar a George Kerrington de su poder y su reputación. El dinero que Raffaele ha gastado en las acciones, George tendrá que utilizarlo de inmediato para pagar las reclamaciones de sus acreedores y abogados. Y... su multa. Porque es seguro que le espera una fuerte multa de millones por sus delitos económicos. Su culpa está probada. Las pruebas son abrumadoras e inequívocas. Raffaele se ha encargado de ello.

Castigar a George por su delito contra mí no le ha bastado. Quería verlo por los suelos. Arruinarlo. Humillarlo. Quitarle su orgullo, su arrogancia, su poder, su libertad y su independencia financiera.

Ya lo ha conseguido, aunque el juicio ni siquiera ha comenzado.

Respiro profundamente y me obligo a seguir caminando.

Cuando llego a mi destino, la sala de conferencias, Raffaele se acerca a mí desde la dirección opuesta.

Nuestras miradas se encuentran y aunque ninguno de nosotros dice nada, nos comunicamos.

*Gracias*, es lo que mis ojos intentan transmitirle.

*Te lo prometí*, es lo que Raffaele me responde.

Con su traje negro italiano de diseño a medida y sus zapatos de cuero perfectamente a juego, parece invencible. Su postura recta y segura rezuma confianza, y su expresión facial ligeramente severa e impenetrable pone a cada uno a su alrededor en su lugar.

—Señorita Adams —me saluda con voz distante y fría.

—Señor Grimaldi —respondo y entro tras él en la sala, donde ya están presentes todos los demás participantes de esta reunión.

Tomo mi lugar en el lado derecho de la mesa, mientras Raffaele se sienta en la cabecera.

Teclea algo en su móvil y cuando nadie dice nada ni se mueve, levanta la vista frunciendo el ceño.

—¿A qué están esperando? ¿Acaso tenemos tiempo que perder últimamente?

Apresuradamente, uno de los compañeros de compras se levanta y comienza su presentación.

Me cubro la boca con la mano y oculto mi sonrisa detrás de ella.

Raffaele probablemente nunca cambiará en lo que respecta a su comportamiento frío, estricto e imperioso. Es parte de su personalidad y una de las razones por las que es igualmente celebrado y temido. Probablemente sea precisamente esta mezcla lo que lo hace tan intocable.

Hemos acordado mantener nuestra relación en secreto ante el público. Al menos hasta que complete mi año de prueba y funde mi propia empresa, suponiendo que supere mi bautismo de fuego.

Porque mi condición, bajo la cual he consentido la relación con Raffaele, es que me trate como a todos los demás. No quiero un trato especial solo porque compartamos cama y alberguemos sentimientos el uno por el otro. Quiero ser reprendida y castigada por mis errores igual que mis colegas.

No es sorprendente que esta condición no suponga ningún desafío para Raffaele. Simplemente tiene que ser él mismo.

Sin embargo, he notado que últimamente elige sus palabras con más cuidado. Piensa más sobre *qué* dice y *cómo* lo dice.

Sigue siendo estricto, directo e implacable, pero ya no es tan hiriente y cruel como lo era hace unos meses.

Al parecer, mi luz, que él insiste firmemente en que poseo, realmente está influyendo en su oscuridad. Con cada día que pasa, esta se aclara un poco más.

Con cada día que avanza nuestra relación, consigo sumergirme un poco más profundamente en la vida interior de Raffaele. Mi comprensión de las exigencias y expectativas que se imponen a los miembros de la familia Grimaldi crece. El padre de Raffaele y, a su vez, el padre de este dirigían un régimen estricto, rico en tradiciones y conservador, que Raffaele pensaba que debía continuar exactamente igual para preservarlo.

Que esto no tiene por qué ser necesariamente así surge de las largas conversaciones que mantenemos y que a veces se extienden hasta altas horas de la madrugada.

Aún nos queda un largo camino por delante, pero como lo recorreremos juntos, no solo me alegro del destino que nos espera en algún lugar lejano, sino también de cada paso de nuestro camino, incluidos todos los desvíos que afrontaremos cogidos de la mano.

El objetivo no es cambiar a Raffaele. Me he enamorado del hombre que es. Querer cambiarlo sería simplemente equivocado.

Más bien, quiero mostrarle mi visión del mundo para que, a través de nuestro intercambio abierto y honesto, pueda ver qué posibilidades existen más allá de sus ideas y experiencias.

Lo hermoso de nuestro mundo es que es tan colorido y diverso cuando uno se abre a él y encuentra el valor para dejarse llevar.

—Señorita Adams —un gruñido irritado me arranca de mis pensamientos—. Su invitación especial ha sido concedida. ¿Me permite?

Reprimo una sonrisa y aparto mi silla.

—Por supuesto, señor Grimaldi. Disculpe.

—¿Qué exactamente? ¿Que no estaba atenta, o que desperdicia mi tiempo haciéndome esperar? ¿Puedo preguntar qué es más importante que esta reunión?

—En realidad, estaba pensando en mi pareja. Me ha dado fuerte, por lo que mis pensamientos giran constantemente en torno a él —respondo con culpabilidad, tras lo cual la perfecta cara de póker de

Raffaele se descompone por un momento y da paso a una sonrisa cariñosa y pícara.

—Si no quiere hacer esperar eternamente a su novio esta noche, debería empezar ya con su presentación, señorita Adams. De lo contrario, aún estaremos aquí mañana por la mañana. Y eso seguramente desagradaría a su novio.

—Sí, definitivamente lo haría —respondo sonriendo y me dirijo a la pantalla, donde mi presentación cobra vida—. Entonces, empecemos.

# EPÍLOGO




*9 MESES DESPUÉS*

*LAUREN*

—Un momento —grito cuando suena el timbre de la puerta mientras me pongo los pendientes.

Después de que George Kerrington entrara en mi antiguo piso hace unos meses, no me sentía ni cómoda ni segura allí. Raffaele lo previó y tomó precauciones por su parte. Me consiguió un nuevo piso con los más altos estándares de seguridad e insistió en integrarlo en mi contrato laboral.

*Esta es mi condición para nuestra relación*, dijo. *Tengo enemigos y si no quieres que esté constantemente preocupado por tu seguridad, acéptalo. Al menos hasta que algún día demos el paso de vivir juntos.*

Sobre todo su última frase se me ha quedado grabada en la memoria.

*Al menos hasta que algún día demos el paso de vivir juntos.*

Suena como si Raffaele realmente fuera en serio con lo nuestro. No es que lo dude, pero hay días en los que no puedo creer que mi

felicidad sea real. Que realmente haya encontrado al hombre de mis sueños. Y que precisamente quiera estar *conmigo*.

En esos días, me ayuda recordar esa frase para calmar mis nervios y devolver la sonrisa a mi rostro.

Hoy no necesito ese recordatorio.

Hoy es un día muy especial. Uno de los mejores y más hermosos días de mi vida.

Hoy es mi primer día oficial como directora ejecutiva y fundadora activa.

Hoy *SoulSync* ha comenzado su actividad.

El registro de la marca se completó la semana pasada y todas las formalidades se concluyeron dentro del plazo establecido.

Ya no hay nada que se interponga en el camino de mi sueño de tener mi propia empresa, excepto que ahora depende de mí hacerlo realidad.

Raffaele me ha dado esta oportunidad y voy a aprovecharla, no solo cumpliendo sus expectativas sobre mí y sobre la empresa, sino superándolas.

Ese es mi compromiso conmigo misma.

Durante el último año, he podido aprender mucho, por no decir todo, de él. Así que tengo las mejores condiciones para revolucionar el mercado de las citas con *SoulSync*. Eso es exactamente lo que pretendo hacer.

Afortunadamente, no tengo que hacerlo sola porque tengo un compañero a mi lado que me apoya, que cree en mí y a quien puedo pedir consejo cuando no sé qué hacer.

Precisamente este compañero está ahora frente a la puerta de mi piso para llevarme a celebrar el día.

Cuando abro la puerta con ímpetu, Raffaele está apoyado despreocupadamente en el marco y me examina sin disimulo de pies a cabeza.

—Vaya, vaya —gruñe y coloca sus manos en mis caderas—. No tenía ni idea de que la nueva directora ejecutiva de Nueva York fuera tan sexy.

Me acerca a él y posa sus labios sobre los míos de forma posesiva.

Suspirando, me abro a él y disfruto del prolongado y exigente beso que me roba.

—¿Te importa si entro un momento antes de que nos vayamos? —susurra en mi oído.

—¿No llegaremos tarde? —pregunto extrañada.

—Yo nunca llego tarde, Lauren. En todo caso, son los demás los que llegan demasiado pronto —responde imperturbable y con tal confianza en sí mismo que inmediatamente le crees.

—¿Y por qué motivo quieres entrar? ¿Olvidaste algo la otra noche? No he encontrado nada.

Me empuja hacia atrás dentro de mi piso y una sonrisa diabólica se forma en su rostro marcado e irresistiblemente atractivo.

—*Yo* no he olvidado nada. Pero *tú* estás a punto de olvidar algo. Vas a olvidar *todo*. Todo, excepto a mí. Todo, excepto al hombre que se hunde profundamente en ti y te hace llegar al orgasmo. Todo, excepto al hombre al que perteneces. Y que te *pertenece*. Todo, excepto *tu* hombre. Todo, excepto *a mí*.

*RAFFAELE*

Lauren es más hermosa de lo que puedo soportar. Tanto por dentro como por fuera.

Me hechiza cada día más y a estas alturas ya he aceptado que una parte de mí le pertenece ahora. Sólo porque también una parte de *ella me* pertenece a mí. Así se equilibra la relación de poder y me resulta más fácil aceptar la pérdida de control a la que estoy expuesto cuando ella está cerca.

Como ahora.

En realidad, solo quería llevarla a cenar para celebrar juntos el nacimiento de su propia empresa.

Ahora que está frente a mí con ese vestido de seda con estampado de leopardo y esos stilettos negros, una pequeña fiesta privada con dos invitados me resulta tan tentadora que no puedo hacer otra cosa que ceder a la tentación.

Empujo a Lauren hacia su piso y contra la pared del salón. Mi mano se desliza ávidamente bajo su vestido y sube por su muslo. Lo levanto y le indico que lo enrolle alrededor de mi cadera.

—Un polvo rápido y sucio para calmar el hambre y luego nos vamos, lo prometo —murmuro en su oído y estoy a punto de rasgar sus bragas cuando Lauren posa su mano sobre mi brazo y lo aparta.

Sorprendido, me separo de ella y levanto su barbilla.

—¿Ocurre algo?

—Hoy es *mi* día, ¿verdad? —susurra seductoramente y sonríe con ensoñación—. Así que lo haremos a *mi* manera. Siéntate en el sofá y abre tus pantalones —ordena—. Ahora.

Su exigencia dominante me pilla desprevenido. Normalmente le encanta que la dirijan y ceder el control durante el sexo. Que ella marque el ritmo nunca ha ocurrido antes.

Debo confesar que este lado suyo, hasta ahora oculto, me pone condenadamente cachondo.

Camino hacia atrás hacia el sofá, mientras abro lascivamente la cremallera de mis pantalones y saco mi polla. Durante todo ese tiempo no aparto la mirada de Lauren ni un segundo.

—Así que quieres follártela, ¿eh? —gruño excitado y me detengo frente al sofá.

Provocativamente, deslizo mi mano arriba y abajo por mi polla.

—Si es así, ven y tómala antes de que lo haga yo mismo. Como sabes, eres mi fantasía favorita y más efectiva para masturbarme, nena.

Un escalofrío recorre el cuerpo de Lauren cuando cierra los ojos al escuchar mis palabras y traga saliva.

—¿Qué pasa? ¿Has perdido el valor? —la provoco con un tono sarcástico en mi voz, destinado a incitarla y sacar su lado salvaje.

—¿Qué parte de: *siéntate en el sofá* no ha entendido, señor Grimaldi? —dice con severidad, cuando vuelve a abrir sus ojos azul cielo nublados por el deseo y exhala temblorosamente.

Se acerca a mí con un contoneo de caderas y me da un empujón en el pecho, haciéndome caer en el sofá que tengo detrás.

Antes de que pueda recuperarme de este ataque, ya está montándose sobre mí y enterrando su rostro en mi cuello para

repartir besos y mordiscos ardientes.

Su clítoris húmedo enjabona mi polla, demostrando ser una vez más el lubricante más erótico del mundo.

—Dime qué debo hacer —pido sin aliento—. ¿Puedo tocarte?

—Puedes dejarte follar por mí, señor Grimaldi —susurra prometedoramente y toma mi erección en su mano para introducirla en su interior con una lentitud tortuosa.

Gimiendo con deleite, echa la cabeza hacia atrás y presiona su pelvis contra mis caderas hasta que el último centímetro de mi virilidad se hunde en ella.

Respiro pesadamente y tengo que contenerme para no recuperar el control, porque el deseo me vuelve loco de ansia.

Lauren se desliza los tirantes del vestido por los brazos, de modo que la prenda cae por su torso y deja al descubierto sus pechos desnudos y turgentes. Suspirando satisfecha, coloca sus manos en mis hombros y comienza a cabalgarme.

—Tócalos —exige con voz ronca y pasa del paso lento a un trote intenso.

*Nada me gustaría más, nena*, pienso y me pongo manos a la obra.

Envuelvo sus hermosas tetas con mis manos y llevo mi boca a sus pezones. Devoro hambrientamente sus seductoras curvas y disfruto de no tener que hacer nada más que estar sentado y dejar que me monte como a un semental salvaje.

—Joder, te quiero tanto —se me escapa, pero curiosamente esta confesión, que lleva tiempo rondando mis pensamientos, una vez pronunciada no se siente menos verdadera que en mi cabeza.

Es cierto. Quiero a Lauren Adams. Desde lo más profundo de mi corazón.

—Dilo otra vez —exige entre gemidos, y se contrae alrededor de mi polla ante mi confesión.

—Te quiero —jadeo sin aliento—. Te quiero.

—Ahhh... Dios.

Un grito se escapa de la garganta de Lauren y, antes de darme cuenta de lo que está pasando, se corre y se ve tan increíblemente encantadora haciéndolo que su imagen, junto con el placer supremo

que me proporciona su coño, hacen que yo también me deshaga y me entregue a mi clímax.

Maldiciendo en voz alta, me corro dentro de Lauren y marco a la mujer que amo con mi ardiente fluido, que la llena, se mezcla con el suyo y se derrama de ella sobre mi regazo.

—Joder —resoplo sin aliento y escondo mi cara entre sus pechos sudorosos y tentadoramente brillantes—. Eso ha sido increíble.

Lauren se reclina y me indica que la mire.

—¿Lo has dicho en serio? —susurra y contiene la respiración llena de tensión.

—¿El qué? —me hago el tonto.

—Ya sabes qué.

—¿Que te quiero? Sí. Lo he dicho en serio. Llevo sintiendo esto desde hace tiempo y he estado esperando el momento adecuado para decírtelo.

—Para alguien que no le gusta hablar de sentimientos y que a veces niega tener alguno, esa es una afirmación bastante audaz —señala ella.

—Audaz pero acertada —respondo encogiéndome de hombros—. Además, sé que tú *también* me quieres. Eso hace que el riesgo sea asumible.

Lauren arquea una ceja con una sonrisa burlona.

—Y yo que pensaba que íbamos a cenar juntos. Por lo visto ya te has tomado tu ración diaria de arrogancia sin mí.

—¿Por qué arrogancia? Solo estoy repitiendo lo que he oído —contesto despreocupadamente.

—¿*Lo que has oído*? —pregunta Lauren sorprendida.

—Sí, Lauren. Lo que he oído. ¿Sabías que hablas en sueños? Cuentas las cosas más maravillosas e incluso respondes a preguntas que te hago. Respuestas que tienen sentido.

Lauren jadea sobresaltada.

—Eso... eso es... ¿quéééé?

—Que me quieres, me lo vienes diciendo desde hace unos tres meses. Al principio, tengo que admitir que estaba bastante sorprendido por ello pero debo confesar que me he acostumbrado extraordinariamente rápido y a veces me quedo despierto hasta

altas horas de la noche para no perderme tu confesión. Simplemente no puedo escucharlo lo suficiente.

La boca de Lauren se abre y su expresión atónita me hace reír.

—¿Qué? ¿Pensabas que pondría mis cartas sobre la mesa sin conocer las tuyas? A estas alturas deberías conocerme mejor.

—Eres absolutamente imposible —exclama indignada y divertida a la vez.

—¿Me quieres a pesar de todo?

—Eso ya lo sabes por lo visto.

—Aun así, me gustaría oírlo de ti. Y precisamente, mientras estés plenamente consciente. Como ahora.

Lauren me lanza una sonrisa traviesa y se inclina hacia mi oído.

—Te quiero, Raffaele Grimaldi. Te quiero. Te quiero. Te quiero. ¿Es suficiente?

Giro la cabeza para que nuestros labios se rocen.

—Nunca será suficiente pero por suerte tampoco tiene que serlo. Pasaremos el resto de nuestras vidas recordándonoslo el uno al otro.

—¿Es eso lo que deseas? —murmura Lauren y me besa.

—Sí. Eso y a ti.

—Qué coincidencia. Porque yo deseo eso y *a ti* —responde con voz ronca y llena de deseo.

—¿Entonces tenemos un trato, señorita Adams?

—Sí, lo tenemos, señor Grimaldi.

—Entonces deberíamos sellar este trato oficialmente ahora mismo. Porque ya sabes: sin un sello oficial, un trato no vale nada.

La aparto de mi regazo hacia el sofá, me tumbo sobre ella con una sonrisa de anticipación y doblo su pierna derecha para hundirme en ella con un movimiento fluido.

—¿Se siente como un *te quiero*? —susurro sobre sus labios y los recorro con mi lengua.

—Sí —jadea ella y rodea mi cuello con sus brazos—. Así es. Y vaya que sí.



Consigue ahora tu **capítulo extra exclusivo y gratuito** de esta historia. Haz clic **AQUÍ** para descargarlo o utiliza este código QR:

MIS NOVELAS DE UN VISTAZO

¿Conoces ya mi **serie Titan Racing**? Aquí puedes encontrar de un vistazo los 5 volúmenes de esta apasionante serie de Formula 1. A los fans de Drive to Survive les encantará.

**La serie Titan Racing:**

Titan Racing 1
**Nunca te enamores del jefe**
(Allegra & Hunter)

Titan Racing 2
**Nunca beses al adversario**
(Riley & Dante)

Titan Racing 3
**Nunca te cases con el multimillonario**
(Dakota & Grayson)

Titan Racing 4
**Nunca te acuestes con el enemigo**
(Kenzie & Cesare 1)

Titan Racing 5
**Nunca tengas un bebé con el director general**
(Kenzie & Cesare 2)



**Papá por sorpresa :**
**Un bebé con el doctor millonario**



**La serie Colorado College:**
**(Hockey sobre el hielo & New Adult)**

Volumen 1:
**Amor prohibido sobre el hielo**
(Jordan & Carly)

Volumen 2:
**Besos prohibidos sobre el hielo**
(Chase & Ruby)

Volumen 3:
**Segundo chance sobre el hielo**
(Ryder & Bella)



**La serie Los irresistibles abogados multimillonarios de Nueva York:**
**(Boss Romance)**

Volumen 1:
**Salvada por el multimillonario**
(Damian & Grace)

Volumen 2:
**Seducida por el abogado**
(Landon & Violet)

Volumen 3:
**Enamorada del jefe rival**
(Jameson & Kennedy)



**La serie Los hermanos Sloane**
**(Eishockey Romance)**

Volumen 1:
**Shelby - Hielo Ardiente**

Volumen 2:
**Caiden - Corazón Congelado**

Volumen 3:
**Elliott - Juego Apasionado**



**Touchdown de Amor**
**(Football Romance)**

Volumen 1:
**Enamorada del Quarterback**

Volumen 2:
**Tentada por el Wide Receiver**

Volumen 3:

**Deseada por el Running Back**

Volumen 4:
**Besada por el Tackle**

Volumen 5:
**Odiada por el Center**

Para no perderte ninguna novedad, **sígueme en Amazon** haciendo clic en "Seguir" junto a mi foto de autor. Sólo te llevará 5 segundos. También puedes **suscribirte a mi boletín** y recibir un relato gratis.

**Puede encontrar todas mis novelas AQUÍ.** También puedes escanear este código QR.

# LIBRO Y CAPÍTULO GRATIS

LIBRO Y CAPÍTULO GRATIS

Como agradecimiento por tu fidelidad, te regalo una novela corta exclusiva y algunos capítulos extra de mis novelas. Simplemente haz clic en el enlace para descargarlos, o alternativamente, escanea el código QR.

**Suscríbete aquí y empieza a leer ahora:**

HAGA CLIC AQUÍ

o escanea este código QR:

**También puedes encontrarme en las redes sociales:**

**Ava en Instagram**: avaavery.autorin

**Ava en Facebook:** www.facebook.com/avaavery.autorin

**Ava en TikTok**: @avaavery.books

# ANTES DE PARTIR

¿Te ha gustado esta historia?

Me encantaría que dejaras una reseña en Amazon. No importa la extensión. Agradeceré cualquier reconocimiento hacia mis novelas.

Muchas gracias por tu tiempo.

Hasta pronto.

*Ava*

**Derechos de portada**

Cover & Design by *Ava Design*.

depositphotos.com, konradbak, 248790276

**Pie de imprenta:**

Ava Avery

c/o WirFinden.Es

Naß und Hellie GbR

Kirchgasse 19

65817 Eppstein

**Contacto:**

avaavery.romane@gmail.com